Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 13



SEXO Y MENTIRAS

EROTISMO FRENTE A HIPERSEXUALISMO



UrKultur

Sumario

El sexo de los ángeles
o la sociología del *eros*

Sebastian J. Lorenz

La eterna discusión sobre "el sexo de los ángeles". Como el inacabado debate sobre la "sexualidad humana". No es que el sexo sea algo "angelical" –aunque a veces nos parezca estar en el cielo-, ni algo "demoníaco" –aunque en otras ocasiones nos haga descender a los infiernos-, sino algo "natural", inherente a la condición humana, a nuestras relaciones sociales y condicionado, además, por nuestras complejidades biológicas. Al fin y al cabo, los conflictos y desencuentros sobre los valores sexuales imperantes y las conductas eróticas permisibles tienen un punto en común con las disputas políticas, religiosas o sociales. En épocas de crisis, como la actual, la sexualidad se nos presenta como una vía de escape de las fuertes tensiones sociales. El mundo de la sexualidad adquiere un gran valor simbólico.

El reino de la sexualidad posee también su propia política interna, sus propias desigualdades y sus formas de opresión específica. Al igual que ocurre con otros aspectos de la conducta humana, las formas institucionales concretas de la sexualidad en cualquier momento y lugar dados son productos de la actividad humana. Están, por tanto, imbuidas de los conflictos de interés y la maniobra política, tanto los deliberados como los inconscientes. En este sentido, el sexo es siempre político, pero hay períodos históricos en los que la sexualidad es más intensamente contestada y más abiertamente politizada. En tales períodos, el dominio de la vida erótica debe ser, de hecho, renegociado y reinterpretado.

Paradójicamente, durante las últimas décadas se ha producido una explosión de prometedores escritos políticos y ensayos sobre el sexo. En los años cincuenta del siglo pasado, el entonces joven movimiento por los derechos de los homosexuales iniciaba su andadura y prosperaba, a la vez que las fuerzas represivas hacían redadas en establecimientos de ocio y se aprobaban leyes anti-homosexuales. En los últimos años se han desarrollado nuevas comunidades erótico-sexuales, nuevas alianzas políticas y analíticas sobre la sexualidad, al tiempo que la sociedad ha experimentado una profunda transformación hacia una mayor permisividad ante las conductas sexuales que antes se percibían ajenas a la normalidad e, incluso, fuera de la legalidad.

Ciertos rasgos persistentes del pensamiento sexual inhiben el desarrollo de una teoría total sobre la sexualidad. Tales supuestos están tan profundamente enraizados en la cultura occidental que raramente son cuestionados. Por tanto, tienden a reaparecer en diferentes contextos políticos, adoptando nuevas expresiones retóricas, pero reproduciendo los mismos axiomas fundamentales. Uno de ellos es el esencialismo sexual: la idea de que el sexo es una fuerza natural que existe con anterioridad a la vida social y que da forma a ciertas instituciones. El esencialismo sexual está profundamente arraigado en el saber popular de las sociedades occidentales, que consideran al sexo como algo eternamente inmutable, asocial y transhistórico. Dominado durante más de un siglo por la biología, la medicina, la psiquiatría y la psicología, el estudio académico del sexo ha reproducido el esencialismo. Todas estas disciplinas clasifican al sexo como una propiedad de los individuos, algo que reside en sus hormonas o en sus psiques. El sexo puede, indudablemente, analizarse en términos biológicos, psicológicos o fisiológicos, pero dentro de estas categorías científicas, la sexualidad no tiene historia ni determinantes sociales significativos.

La *Historia de la Sexualidad*, de Michel Foucault, ha sido el texto más influyente y emblemático de una nueva escuela de pensamiento sobre el sexo. Foucault critica la visión tradicional de la sexualidad como impulso natural de la líbido por liberarse de las limitaciones sociales. Foucault argumenta que los deseos no son entidades biológicas preexistentes, sino que, más bien, se constituyen en el curso de prácticas sociales históricamente determinadas. Foucault hace hincapié en los aspectos de la organización social generadores de sexo, más que en sus elementos represivos, al señalar que se están produciendo constantemente sexualidades nuevas, y señala la existencia de una falta de continuidad importante entre los sistemas de sexualidad, basados en el parentesco y las formas más modernas.

El nuevo pensamiento sobre la conducta sexual le ha dado al sexo una historia y creado una alternativa constructivista/nominalista al esencialismo sexual. El supuesto de que la sexualidad se constituye en la sociedad y en la historia y que no está unívocamente determinada por la biología subyace a todos los trabajos de esta escuela. Ello no significa que las capacidades biológicas no sean prerrequisitos de la sexualidad humana, significa simplemente que ésta no puede comprenderse en términos puramente biológicos. Los cuerpos y los cerebros son necesarios para las culturas humanas, pero ningún examen de estos puede explicar la naturaleza y variedad de los sistemas sociales. El cuerpo, el cerebro, los genitales y el lenguaje, todos son necesarios para la sexualidad humana, pero no determinan ni sus contenidos, ni las formas concretas de experimentarlo, ni sus formas institucionales. Más aún, nunca encontramos al cuerpo separado de las mediaciones que le imponen los significados culturales.

Debido al énfasis que puso en las formas en que se producía la sexualidad, Foucault ha sido muy vulnerable a interpretaciones que niegan o minimizan la realidad de la represión sexual en el sentido más político. Foucault aclara repetidamente que no niega la existencia de la represión sexual, sino que la inscribe dentro de una dinámica más amplia. La sexualidad en las sociedades occidentales ha sido estructurada dentro de un marco social estrechamente punitivo y se ha visto

sujeta a controles formales e informales muy coactivos y coercitivos. Es necesario reconocer los fenómenos represivos sin caer por ello en las suposiciones esencialistas del lenguaje de la líbido, y es importante el estudio de las prácticas sexuales represivas, aunque las situemos dentro de una totalidad diferente y empleando una terminología más sutil.

El nuevo pensamiento sobre el sexo ha puesto el énfasis en la idea de que los términos sexuales deben referirse a sus contextos históricos y sociales propios, además de un cauto escepticismo frente a las generalizaciones. Pero es importante poder señalar agrupamientos de conducta erótica y tendencias generales en la diserción sobre el erotismo. Además del esencialismo sexual, existen otras escuelas ideológicas con influencia en el pensamiento sobre el sexo. Entre ellas, la que insiste en la negatividad sexual, la que reflexiona sobre la valoración jerárquica de los actos sexuales, la teoría del peligro sexual y la que peca de la ausencia de un concepto de variedad sexual.

A estas podríamos añadir una corriente "espiritualista" (el sexo como la fuerza mágica de la naturaleza), heredera del pensamiento tradicionalista de Julius Evola (*Metafísica del sexo*) y otra "eros-naturalista" de la que hablaremos más adelante. Una simbiosis entre estas dos últimas podría resumirse así: en principio, no se existe más que como hombre o como mujer (sin que ello suponga la exclusión de otras conductas psico-sexo-sociales), y su inevitabilidad es subrayada mediante la teoría de la polaridad de los sexos, ying/yang, entre los que se produce un campo de atracción magnética, dualismo que explica tanto el hechizo del amor como lo absurdo de la guerra entre lo masculino y lo femenino; ambos extremos, virilidad y feminidad, se complementan y realizan en su propia naturaleza, adquiriendo absoluta plenitud en el dulce abrazo sexual, ejerciendo su función auténticamente liberadora.

Finalmente existen, incluso, teorías que hacen uso del falaz recurso a una primigenia sociedad pagana en la que la homofilia y la pedofilia se utilizaban como ritos de iniciación e incoporación de los jóvenes a la vida comunitaria adulta. Una exusa anticuada para justificar la homosexualidad y el sexo intergeneracional institucionalizado.

Las culturas occidentales han considerado generalmente al sexo como algo peligroso que puede llegar, incluso a ser destructivo o perversivo, como una fuerza negativa de la naturaleza. La mayor parte de la tradición cristiana mantiene que el sexo es en sí pecaminoso (aunque ello no implique la condena de los sacerdotes homosexuales y pederastas). Puede redimirse si se realiza dentro del matrimonio para propósitos reproductores, y siempre que los aspectos más placenteros no se disfruten demasiado y en la forma tradicional. A su vez, esta idea descansa en la suposición de que los genitales son una parte intrínsecamente inferior del cuerpo, mucho menos sagrada que la mente, el "alma", el "corazón" o incluso la parte superior del sistema digestivo. El sexo es culpable mientras que no demuestre su inocencia. Prácticamente toda conducta erótica se considera negativa, a menos que exista una razón específica que la salve. Las excusas más aceptables son el matrimonio, la reproducción y el amor.

Las sociedades occidentales modernas evalúan los actos sexuales según un sistema jerárquico de valor sexual. En la cima de la pirámide erótica están solamente

los heterosexuales reproductores casados. Justo debajo están los heterosexuales monógamos no casados y agrupados en parejas, seguidos de la mayor parte de los demás heterosexuales. El sexo solitario flota ambiguamente. Las parejas estables de lesbianas y gays están en el borde de la respetabilidad, pero los homosexuales y lesbianas promiscuos revolotean justo por encima de los grupos situados en el fondo mismo de la pirámide. Las castas sexuales más despreciadas incluyen normalmente a los transexuales, travestís, fetichistas, sadomasoquistas, trabajadores del sexo, tales como los prostitutos, las prostitutas y quienes trabajan como modelos en la pornografía y la más baja de todas, aquellos cuyo erotismo transgrede las fronteras generacionales.

Un estigma punitivo mantiene en bajo status a algunas conductas sexuales y, de hecho, constituye una sanción contra quienes las practican. Las raíces de la fuerza de este estigma se encuentran en las tradiciones religiosas occidentales, pero la mayor parte de su contenido contemporáneo es resultado del oprobio médico y psiquiátrico. Los viejos tabúes religiosos procedían en un principio de formas de organización social, basadas en el parentesco. Su función era la disuasión de uniones no apropiadas y la difusión de relaciones adecuadas. Las leyes sexuales derivadas de los pronunciamientos bíblicos tenían por objetivo impedir el encuentro de compañeros con relaciones incorrectas: consanguinidad (incesto), entre el mismo género (homosexualidad), con otra generación (pederastia) o la especie equivocada (bestialismo). Cuando la medicina y la psiquiatría lograron adquirir un amplio poder sobre la sexualidad, les preocuparon menos los compañeros incorrectos que las formas de deseo sexual no apropiadas. Mientras que los tabúes contra el incesto caracterizaban de forma óptima a los sistemas de organización sexual basados en el parentesco, el cambio hacia el énfasis en los tabúes contra la masturbación era más conveniente a los nuevos sistemas organizados en torno a las cualidades de la experiencia erótica.

Sin embargo, la condena psiquiátrica de las conductas sexuales, a diferencia de la cristiana, utiliza conceptos de inferioridad mental y emocional, en vez de categorías de pecado sexual. Las prácticas sexuales de más bajo status son denigradas y tachadas de enfermedades mentales o de síntomas de una defectuosa integración de la personalidad. Además, los términos psicológicos empleados vinculan las dificultades de funcionamiento psicodinámico con diversas formas de conducta erótica. Igualan el masoquismo sexual a los caracteres de la personalidad autodestructiva, el sadismo sexual con la agresión emocional y el homoerotismo con la inmadurez.

La mayoría de los sistemas de enjuiciamiento sexual -ya sean religiosos, psicológicos, feministas o socialistas- intentan determinar a qué lado de la línea está cada acto sexual concreto. Sólo se les concede complejidad moral a los actos sexuales situados en el "lado bueno". Por ejemplo los encuentros heterosexuales pueden ser sublimes o desagradables, libres o forzados, curativos o destructivos, románticos o mercenarios. Mientras no viole otras reglas, se le concede a la heterosexualidad la plena riqueza de la experiencia humana. Por el contrario todos los actos sexuales del “lado malo” son contemplados como repulsivos y carentes de cualquier matiz emocional. Cuanto más separado esté el acto de la frontera más regularmente se le muestra como una funesta experiencia.

Pero algunas conductas cercanas a la frontera están comenzando a rebasarla lentamente. Las parejas no casadas que viven juntas, la masturbación y ciertas formas de la homosexualidad se mueven hacia la respetabilidad. Incluso, en algunas sociedades europeas occidentales, se están elevando al rango de modelo sexual a imitar, o cuando menos, a admirar. La mayor parte de las conductas homosexuales, aunque sea políticamente incorrecto pensarlo y expresarlo públicamente, permanecen todavía en el lado negativo, pero si la homosexualidad se formaliza en parejas monógamas, la sociedad está empezando a reconocer que posee también la riqueza de la interacción humana. La homosexualidad promiscua, el sadomasoquismo, el fetichismo, la transexualidad y los encuentros que traspasan la barrera generacional son todavía vistos como ajenos al amor, al afecto o a la trascendencia.

A la mayor parte de la gente le resulta difícil comprender que cualquier cosa que a ellos pueda gustarles hacer sexualmente puede serle totalmente repulsiva a otra persona, y que lo que pueda repelerles será quizá el placer más apreciado de otra. A nadie tiene por qué gustarle, ni nadie está obligado a hacer un acto sexual concreto para poder reconocer la libertad de otra persona para realizarlo, y que esta diferencia no indica ninguna ausencia de buen gusto, ni de salud mental, ni de inteligencia en ninguna de las partes. La mayor parte de la gente toma sus experiencias sexuales por un sistema universal que debe o debería funcionar para todo el mundo.

Esta idea de una única sexualidad ideal es característica de la mayoría de los sistemas de pensamiento sobre el sexo. Para la religión, el ideal es el matrimonio procreador. Para la psicología, la heterosexualidad madura. Para la biología, un instinto natural entre seres de la misma especie y distinto género. Para el feminismo progre, la libertad sexual de la mujer y el retraimiento masculino del hombre. Aunque su contenido varía, el formato de una única norma sexual se reconstituye continuamente en otros marcos retóricos. Es igualmente objetable insistir en que todo el mundo deba ser homosexual, lesbiana, o polígamo, como creer que todo el mundo deba ser heterosexual o estar casado, aunque este último grupo de opinión está respaldado por un poder social y cultural considerablemente mayor que el primero. Progresistas que se avergonzarían de mostrar su chovinismo cultural en otros temas, lo exhiben rutinariamente en lo referente a las diferencias sexuales.

La organización sexual moderna posee un carácter que la distingue de todos los sistemas preexistentes. En Europa Occidental y en los Estados Unidos, la industrialización y la urbanización remodelaron a las poblaciones rurales y campesinas convirtiéndolas en una nueva fuerza de trabajo industrial y urbana. Generó además nuevas formas del aparato estatal, reorganizó las relaciones familiares, alteró los roles de género, hizo posibles nuevas formas de identidad, produjo desigualdades sociales nuevas y creó nuevos campos para el conflicto político e ideológico. También dio origen a un nuevo sistema sexual caracterizado por tipos distintos de personas, poblaciones, estratificación y conflictos político-sexuales. El moderno sistema sexual contiene varias de estas poblaciones sexuales, estratificadas por medio del funcionamiento de una jerarquía ideológica y social.

La homosexualidad es el mejor ejemplo de este proceso de estratificación erótica. La conducta homosexual ha estado siempre presente entre los humanos, pero en las diferentes sociedades y épocas ha sido recompensada o castigada, buscada o

prohibida, en forma de experiencia temporal o vital. La reubicación del homoerotismo en estas cuasi-étnicas comunidades sexuales fuertemente nucleadas es, en parte, consecuencia de las transferencias de población provocadas por la industrialización. A medida que los trabajadores emigraban a trabajar en las ciudades aumentaban las oportunidades para la formación de comunidades voluntarias. Los hombres y mujeres con inclinaciones homosexuales, que habrían vivido aislados y vulnerables en la mayor parte de las aldeas preindustriales, comenzaron a reunirse en pequeños rincones de las grandes ciudades.

Además de organizar a homosexuales y prostitutas en poblaciones localizadas, la "modernización del sexo" ha generado un sistema de etnogénesis sexual continua. También comenzaron a formarse otras poblaciones de disidentes eróticos, las comúnmente llamadas "perversiones" o las "parafilias". Actualmente otros grupos están intentando emular los éxitos de los homosexuales. Los bisexuales, los sadomasoquistas, los individuos que prefieren los encuentros intergeneracionales, los travestidos y los transexuales están en etapas distintas de formación de comunidades y de adquisición de identidad. No es que las perversiones estén proliferando más que antes, sino más bien, están intentando adquirir espacio social, poder económico, recursos políticos y algún alivio jurídico a su "herejía sexual".

En ausencia de una teoría total sobre el sexo más articulada, la mayor parte de los progresistas han recurrido como guía al feminismo. Pero las relaciones entre feminismo y sexo son muy complejas. Debido a que la sexualidad es un nexo de las relaciones entre los géneros, una parte importante de la opresión de las mujeres está contenida en y mediada por la sexualidad. El feminismo ha mostrado siempre un gran interés por el sexo, pero se han dado dos líneas básicas de pensamiento feminista sobre la cuestión. Una tendencia, más conservadora, ha criticado las restricciones impuestas a la conducta sexual de las mujeres, pero también ha denunciado el alto precio que se les hace pagar por ser sexualmente activas. Esta tradición de pensamiento feminista ha reclamado una liberación sexual que alcance tanto a las mujeres como a los hombres. La segunda tendencia, más socialista, ha considerado la liberalización sexual como una mera extensión de los privilegios masculinos a las mujeres, incluso como una afirmación de esta consideración para la feminidad y una negación –o restricción- de la misma para la masculinidad. Estas corrientes comparten, al fin y al cabo, un tono similar al del discurso antisexual del liberalismo conservador, pues se trata más bien de un tipo de reivindicaciones sociológicas que de propuestas de vivencia y liberación de la plenitud sexual.

Por otro lado, la posición más "moderada" se centra en los problemas del "consentimiento". Los radicales sexuales de todo tipo han exigido la legitimación legal y social de toda conducta sexual voluntaria. Tanto los conservadores, como los progresistas y las feministas les han criticado por haber omitido deliberadamente los problemas sobre "los límites del consentimiento" y de las "restricciones estructurales a este consentimiento". Aunque existen ciertamente problemas profundos en el discurso político sobre el consentimiento, aunque existen ciertas limitaciones estructurales a la elección sexual, estas críticas han sido erróneamente utilizadas en los debates. Porque, reconociendo la gran variedad de conductas sexuales en nuestra sociedad moderna, el "consentimiento" en la libre elección adulta de la relación

sexual y el "respeto mutuo, sea uni, bi o multilateral", cualquiera que sean las formas, deberían ser las piedras angulares de todo debate.

En fin, la sexualidad es política. Está organizada en sistemas de poder que alientan y recompensan a algunos individuos y actividades, mientras que castigan y suprimen a otros y otras. Al igual que la organización capitalista del trabajo y su distribución de recompensas y poderes, el moderno sistema sexual ha sido objeto de lucha política desde que apareció en occidente. En la cultura occidental, el sexo se toma, incluso, demasiado en serio. Todo lo que deriva del sexo se ha mitificado y mistificado. El problema es que antes se criminalizaba a los "disidentes sexuales" (entiéndase, desviaciones y perversiones de la "sexualidad natural"), y ahora se hace lo mismo con la heterosexualidad libremente elegida y consentida, pues a la misma se le suponen ciertas conductas "hipermasculinas" indignas e impropias de una sociedad moderna.

Una postura sobre el sexo debería reflexionar sobre esta conducta humana como uno de los ámbitos de enriquecimiento personal, de comunicación con otro u otros seres con objetivos comunes (sea el placer, la compañía, el afecto, la procreación), de vivencia de la plenitud erótica, sin más cortapisas que aquel consentimiento respetuoso del que hablábamos antes y ciertos límites dirigidos a la protección de los menores y a la deserción de ciertas aberraciones no-humanas o in-humanas. Esta postura tiene raíces anti-cristianas, pues le arrebata al sexo su sentido pecaminoso, así como su exclusiva permisividad –sólo coito pene-vagina- entre parejas adultas heterosexuales vía matrimonial, haciendo hincapié en el desenvolvimiento de la sexualidad a través del placer y del erotismo. Pero también es anti-igualitaria, pues no todas las conductas sexuales son iguales, como tampoco lo son los seres que las practican y, en consecuencia, el tratamiento jurídico y social no puede ser el mismo. Como también se opone a los fenómenos del hipersexualismo –una forma del materialismo y consumismo capitalistas que hacen del sexo algo comercial y más trascendente que otros valores- y del hiperfeminismo –un fundamentalismo que sobrevaloriza y prioriza lo femenino (incluido lo cuasi-femenino) con el objeto de desvirilizar lo masculino-. En todo caso, la sexualidad es algo que pertenece a la esfera privada, sea o no compartida, pero que los poderes públicos no deben regular ni manipular, ni siquiera opinar sobre la misma.

Con todo, ¿qué trascendencia social tiene, por ejemplo, que alguien decida masturbarse con su teléfono móvil? ¿O mantener una relación sexual "multitudinaria"? ¿O la preferencia por una pareja estable del otro género? ¿O tener sexo oral con un mono? Realmente ninguna. Bueno, habría que preguntarle al mono.

Por cierto, el que aquí suscribe es heterosexual y reclama su derecho a proclamarlo, sentirlo y vivirlo con orgullo.

El sexo: liberación y servidumbre de nuestra sociedad contemporanea

---

Isidro J. Palacios

Las tendencias igualitarias de los dos últimos siglos han conseguido romper la polaridad entre los sexos. La consecuencia de ello ha sido el derrumbe de la sexualización en la comunidad, dando paso a una sociedad erotizada, alcanzando cotas verdaderamente patológicas.

En este artículo se alude a la diferencia entre ambas expresiones, a la vez que se reclama la necesidad de una reconquista de la polaridad sexual: única garantía de restablecer en nuestra actual sociedad, normales circuitos de magnetismo. En la cuestión sexual no se atrae lo parecido, sino lo diferente. Una comunidad de atracción reclamaría, por tanto, la ineludible afirmación de la diferencia: que la mujer sea mujer y el hombre hombre.

La relación entre el organismo humano y las funciones sociales de una comunidad siempre fue evidente. La Revolución Francesa trajo la rebelión del Tercer Estado y por consiguiente las tendencias al hiperdesarrollo de los elementos productores, consumidores y ventrales. El demonismo de la economía hoy y la obsesión sexual sin dominio ni lucidez es una consecuencia de tal Revolución.

La Revolución del Tercer Estado

Quienes han contribuido a la difusión del pensamiento de Platón han hecho famosa la relación entre las funciones sociales y el organismo humano. Sabemos que la intuición intelectual se identificaba con los contemplativos y los filósofos, la fogosidad del corazón y el poder de los miembros superiores nos señalaba el valor y el orden de los guerreros, mientras que el estómago y el vientre estaban asimilados a los estamentos productores: campesinos, trabajadores, e incluso a los intermediarios sociales tales como comerciantes y burgueses.

A la vista de lo expuesto, se comprenderá que una Comunidad certera será aquella que asiente su totalidad sobre la rigidez y flexibilidad de pilares firmes, garantes a la vez de permanencia y movimiento, aceptando la importancia y sentido

de cada función orgánica, en permanente tensión. No aceptar esto, es no reconocer el derecho a la existencia de cada uno de los términos en su propio lugar, no considerar una mínima unidad o complementariedad de las expresiones, conduce al estallido inorgánico, a la desconexión de la Comunidad. La revolución, en términos sociales, no es otra cosa que la hipertrofia de cualquiera que fuera la función frente a las restantes, imponiendo, de una forma agobiante, sus propios modos, estilos y concepciones parciales sobre la vida a los demás. Esta es la razón por la que nuestra Sociedad actual se encuentra bajo el demonismo de la economía, de la producción y del consumo como ideales de existencia abocados a la felicidad del gusto y del confort; esta es la razón por la que nuestra época se encuentra obsesionada por el sexo, como la última de sus etapas. En efecto, tanto la Revolución Industrial, como la Revolución Americana, la Francesa y la Rusa trajeron consigo el triunfo expansivo del llamado Tercer Estado, sometiendo totalitariamente a toda la Comunidad a sus elementos definitorios: al estómago y al vientre, sin la fogosidad del corazón, ni la lucidez de la inteligencia. Esto ha bastado para que paradójicamente la existencia haya perdido el sentido de la economía y del sexo, porque la ceguera del hiperdesarrollo no tiene nada que ver con lo justo. La realidad del sexo en la sociedad contemporánea dista mucho de ser la más profunda, la más amplia y la más completa. Es, por el contrario, la más superficial y endémica. Señalarlo aquí es nuestro propósito.

La Sociedad industrial dio vida al tipo burgués como modelo, pero centrado en una cierta despreocupación por los cuidados del cuerpo en beneficio de un ideal de satisfacciones productoras, más preocupado por los aspectos acumulativos y de consumición. La Sociedad post-industrial, en la que se observa un incremento en la segunda etapa hacia el placer, ha corregido, en cambio, un tanto la tendencia productora anterior, encaminándose hacia una modalidad de vida menos demográfica, más explotadora y racionalizada, y con una marcada tendencia hacia la seducción en todos los sentidos. De ahí, que, en la actualidad, el cuidado del cuerpo esté viniendo a ser fundamental, en detrimento de la ya antigua imagen burguesa y consumista de carnes fláccidas, estómagos prominentes y vientres hinchados. ¿Quiere decir esto que vamos hacia una sociedad que pretende desarrollar sus elementos de atracción, hacia una clara sexualización?

La cuestión de la polaridad

Partimos del principio de que una civilización sexualizada está en función de la existencia de una polaridad real entre la dimensión femenina y la dimensión viril. Reconocemos, por consiguiente, que a mayor polaridad entre los sexos habrá una mayor sexualización social, mientras que a menor polaridad tendremos una menor sexualización. Dicho de otro modo: la ruptura entre los polos o la escasa diferenciación entre ambos, como punto de partida, siempre perjudicará a una civilización sexualizada.

Tres diferentes aspectos de la evolución burguesa y del Tercer Estado. De la obsesión por la acumulación, el confort y el consumo, se ha pasado a una época de seducción desvirilizada, propia del post-industrialismo.

La cuestión polar pone de manifiesto la existencia de un eje o elemento de unión entre dos puntos distanciados o diferenciados, incluso contrarios, destinados,

sin embargo, a complementarse. Aceptar, en consecuencia, que tanto la mujer, como el hombre, son seres desiguales en su sexualidad y en su comportamiento sexual no es algo negativo, sino estimulante. Es todo un principio de referencia decir que la afirmación de tamaña polaridad no sólo no es perniciosa, sino que, al contrario, favorece la realidad de una civilización sexualizada. Partamos, pues, del hecho de este reconocimiento.

Lo femenino es, en el sexo, puro deseo y ebriedad; lo viril, por el contrario, es dominio y lucidez. Eso explica el por qué, en la relación sexual auténtica, se entrecruzan y se presentan juntos, sin negarse entre sí, el uno al otro. No obstante, el hombre no es sólo, exclusivamente viril, ni la mujer es en absoluto feminidad completa. Ambos, hombre y mujer, tienen en orden a estas cuestiones una estimación de predominancia. Así, sabemos que el hombre es predominantemente viril, aunque lleve consigo una parte de feminidad y lo mismo para la mujer, pero a la inversa. Tendremos, entonces, que la polaridad estará en juego en tanto en cuanto el hombre y la mujer sepan, cada cual por su lado, afirmar en sí mismos sus respectivas predominancias: viriles y femeninas. La polaridad así será perfecta.

Dado que el eje polar de contrarios es un signo de diferenciación, a la vez que implica atracción magnética, comprenderemos que dicho magnetismo dependerá del grado de polaridad o distinción que exista entre ambos sexos. De ahí, que las comunidades muy sexualizadas como las tradicionales tuvieran por objeto el aliento de las cualidades viriles y femeninas. Y lejos de anular sus peculiaridades con miras a una nefasta igualación o nivelación, facilitaban su cultivo. Eso explica el por qué toda Comunidad tradicional o antigua era, a la vez, fuerte y delicada. Por el contrario, en nuestra época, blanda e inceremoniosa, donde cualquier cosa, incluso la guerra, puede ser hecha indiferentemente por un hombre o por una mujer, la virilidad auténtica no se estimula, como tampoco la feminidad real. Todos tenemos ejemplos suficientes y conocidos de esto. Tanto las modas como los gustos y posturas aceptados por nuestra época indican, de forma clara, una inclinación hacia la indiferenciación sexual y por consiguiente hacia un raquitismo de la polaridad.

La igualación entre los sexos, como todas las utopías, demuestra su falsedad en los resultados que ocasiona. No en vano toda imposición revolucionaria se caracteriza por trastornar la realidad a la que introducen criterios ideológicos de valoración y de donde extraen luego sus justificaciones para la acción, en base a los propios criterios individualistas y parciales. Este igualitarismo es lo contrario de lo que aquí sostenemos, pues es fácil comprender que acarrea la ruptura de los polos y, por tanto, la introducción de elementos confusos. La mujer, al pretender igualarse al hombre, ha huido de su feminidad y se ha masculinizado en una medida que desnaturaliza su personalidad, mientras que el hombre, al colaborar con esta pretensión de la mujer, ha reblandecido la vida, debilitándola, a fin de que las actividades sociales fueran más accesibles. Esta igualación, lejos de provocar mayor acercamiento y atractivo entre los sexos ha introducido, por el contrario, más elementos de discordia y división. La mujer y el hombre, ya en el plano de allanamiento pierden sus diferencias. Y ya no siendo distintos, sino iguales, se repelen en la competición. La atracción se torna rivalidad. De todo ello brota la confusión más turbia, y, como sucede en la realidad de hoy, el desequilibrio más esquilmante. El resultado, aunque podría haber sido a la

inversa -eso da lo mismo- ha sido el siguiente: los principios viriles se han ido eclipsando, quedando la sociedad sometida a lo femenino sin fijación, y que a su vez, se ha introducido en las maneras de ser, tanto de las mujeres, como en las de los hombres.

En la sexología moderna, en los relatos eróticos y pornográficos no se concibe la sexualidad sino como deseo. Incluso la Iglesia no va mucho más allá en esto, cuando prescribe el matrimonio (a parte de su finalidad procreadora) como medio social adecuado para la canalización del placer sexual. No obstante, estos órdenes se distancian en cuanto al tratamiento de tal concepción, pues si la sexología no abunda sino en las razones de la total liberación del deseo hacia el placer sin obstáculos, la Iglesia pone, por lo menos, ciertas barreras y recomienda habitualmente la continencia. Sea como fuere, ambas posturas, en el fondo, desconocen la doctrina del Andrógino por la que toda pareja puede, mediante el ejercicio sexual, restablecer la unidad primordial del ser, antes de su desdoblamiento, cuando era, en uno, varón y hembra a la vez, cuando era perfecta imagen y semejanza de la manifestación divina tal y como la exponen tantas tradiciones y mitos. Mas dejando para otro momento el profundizar en esta doctrina que sacraliza la sexualidad, diremos que la identificación sexo - deseo es claramente reduccionista, puesto que eliminando o apagando la cualidad virilizante de toda sexualidad humana, que es su dimensión vertical y trascendente, agiganta su inmanencia y horizontalidad. Sin embargo, antes de sacar conclusiones no estaría de más decir que el triunfo de la idea del sexo en cuanto placer y deseo no es ajena a la revolución del Tercer Estado, de clara proclividad a entender la vida en sus aspectos más inmediatos y tendente a desproveerse de un más allá. Aquí, es como si el deseo, la parte femenina de lo sexual, rompiera con el principio dominador que es la parte viril de la sexualidad: es como si la inmanencia se desacralizara y el mundo entrara en una de tantas enfermedades de la inteligencia que todo reduccionismo conlleva. Es evidente que estamos ante una ruptura de la polaridad sexual, teniendo en su lugar no una Comunidad, sino una sociedad erotizada. Con lo dicho estamos afirmando que nuestra época, al solo estimar el sexo como placer y deseo a satisfacer, posee una sexualidad femenina. De ahí los fracasos permanentes, en las relaciones entre hombres y mujeres.

La pérdida del eje polar conduce a la quiebra y a la imposibilidad de la unión de unos contrarios que no se reconocen. Está bien que la mujer ame bajo el influjo del deseo porque es su naturaleza y en él se acrecienta su sexualidad embriagadora, pero que el hombre ame imbuido o sometido también por el deseo es una desazón, porque el hombre viril se habrá transformado en mujer, a pesar de su apariencia. Don Juan y tantos otros seductores clásicos no eran más que mujeres. Y, ¿qué pueden conseguir dos mujeres cuando se aman? El amor lesbiano consigue lo que pretende: el placer, pero la unión de una pareja de hombre y mujer sometidos al deseo fracasará siempre. Y esto porque, en tal tipo de uniones, la mujer incrementará su excitación, mientras que el hombre pronto perderá su energía, derrumbándose en él todo afán sexual, incluso hasta el mismo deseo. Esto sí que es un hecho indiscutible. Por eso el hombre nada consigue por ese camino de creciente feminidad en él. Por el contrario, lejos de creer que su centro es la satisfacción, deberá comprender que la virilidad se encuentra en el dominio. En el dominio está la potencia y en la potencia la lucidez, aumentada

en proporción directa al estado embriagador de la mujer. De ello siempre nos habla la antigua y primordial doctrina del Andrógino.

La pérdida de la polaridad sexual queda claramente de manifiesto en la viñeta superior, donde aparte del fracaso del acoplamiento sexual que se adivina, se percibe también la razón de tal situación anómala por la pérdida del hombre de su condición viril. En el dibujo los rasgos del hombre y de la mujer apenas sí se presentan diferenciados. La pérdida de la polaridad sexual ha dado origen a la sociedad erotizada, que es lo contrario de una comunidad sexual normal. El dibujo de la parte inferior de la página corresponde a una historieta de Paul Guillon, en la que una mujer, solitaria en el mundo tecnificado, puede verse satisfecha en su erotismo pero pasa por la angustia de verse privada de su polo contrario -el hombre-, al que no encuentra...

El estado actual de la sexualidad por la cual la pareja se ha convertido en dos "mujeres" que se aman, la una verdadera y la "otra" torpe, nos explica la rebeldía de la mujer y sus pretensiones frente al hombre moderno, nos explica muchos aspectos del lesbianismo y del feminismo amazónico, en lo que tiene de rechazo justificado del hombre flaco y corriente de hoy, y nos explica, en fin, la pérdida de la polaridad.

La sociedad feminizada

Los síntomas de la desvirilización social se muestran a cada paso. Lo femenino llega a predominar de una forma que pudiera antes haber parecido insospechada. El hecho del erotismo social tan difundido, a través de los medios de comunicación, indica, es cierto, muchas cosas: negocio fácil, excitación de la mujer ante su propio exhibicionismo,... pero también hay en él una suerte de secreta incitación y estimulación a ver recuperada en el hombre la virilidad perdida. En este caso el erotismo público actúa en la sociedad como reclamando algo que le falta. Fuera así o no, lo cierto es que una comunidad virilizada en su grado normal no precisaría mostrarse erotizada, ya que, en sí misma, por haber quedado restablecida la existencia de su polaridad, se encontraría más o menos sexualizada. Y, al contrario, una sociedad desvirilizada o sin polaridad sería, por necesidad, erótica.

No es casualidad que se dé en etapas como la nuestra un peculiar incremento de homosexualidad en los hombres, no al estilo de la practicada por los guerreros espartanos o por los caballeros samurai, sino como la expresión de lo femenino dentro del macho. Sobre este y otros aspectos se han referido ya muchos autores. No vamos a insistir nosotros ahora. Sí, en cambio, indicaremos que la presencia de lo femenino impregna muchos de los aspectos fundamentales de la modernidad, en tránsito hacia lo que venga. Sagaces analistas nos han aportado el recetario de ingredientes que constituyen el alimento de nuestra presente civilización urbana, pero hasta donde sabemos nadie se ha atrevido a decir qué semblante tienen los elementos de tal modernidad. ¿Es una casualidad que el líder político de hoy no pretenda ya tanto convencer, como seducir? ¿Acaso no se valora hoy más la imagen de cualquier cosa o persona, que su propio contenido? La "imagen de marca", "conservar o favorecer la propia imagen" son ya frases muy corrientes. ¿No existe a nuestro alrededor un mayor gusto por lo aparente, en detrimento de lo real? Todo parece ir cediendo a los encubrimientos del maquillaje, a la excitación de los focos, a la gracia y

desenvoltura de lo superficial y sinuoso. ¿Acaso esto no nos denuncia con claridad la presencia de la impronta femenina en nuestra época? Femenino es el narcisismo reinante y la peculiar estimación del yo que existe entre nosotros. La creciente mutabilidad de todos los órdenes, el escaso valor de lo permanente, la competitividad y la casi imposibilidad de unir tendencias similares en torno a un objetivo común son otras tantas peculiaridades de esta sociedad feminizada y lunática. En efecto, hemos llegado a percibir cómo la Democracia es lo femenino en la política. Mas no decimos que lo femenino esté mal, lo que sí sostenemos es que una comunidad sólo parcial, revolucionaria, es injusta por cuanto ahoga todo el conjunto en beneficio de su propia estima.

La sociedad que aparenta, que vende, que difunde y que presenta a sus políticos y hombres de negocios por la seducción de las imágenes o etiquetas, es una muestra de su hipertrofia femenina.

Conclusión

A modo de conclusión diremos que el problema de una sociedad encaminada hacia su liberación, en este orden de ideas, pasa por la recuperación del principio polar por el que dos seres diferentes y, no obstante, destinados a ser complementarios, se aproximan magnéticamente, no por la vía de la negación de sus perspectivas peculiaridades, sino precisamente por la afirmación de las mismas. Sólo en este momento el problema de la erotización social, por el que lo sexual alcanza los términos de lo obsesivo, dejará de existir, dando paso a una verdadera comunidad sexualizada. Sólo la polaridad, como punto de partida, garantiza la misión que encierra el magnetismo sexual, por el que tanto el hombre como la mujer, una unidad desdoblada, están llamados a atraerse e integrarse profundamente hasta la absoluta superación de la dualidad. Y si esto es posible a nivel menor, también lo es a nivel general, para toda la Comunidad, hoy en una dispersión, sin que se puedan descubrir los canales por los que esa misma Comunidad, afirmada en sus elementos diferenciados, tenga, sin embargo, asegurada al mismo tiempo un imprescindible sentido de cohesión y unicidad. El mundo no es sólo un más allá: el cielo, ni solo un más acá: la tierra. Trascendencia e inmanencia son los dos términos misteriosamente unidos en aras de una concepción normal de las cosas. Lo contrario es siempre patológico.



La muerte anunciada del macho

La sociedad afeminada según Zemmour

Arnaud Imatz

He aquí un libro-escándalo: *Perdón, soy hombre,* del editor de *Le Figaro,* Eric Zemmour. El llamado "segundo sexo" a venido a ser el primero e incluso el único. El feminismo ha condenado al "macho". La ideología del 68 ha permitido un nuevo avance de los valores femeninos. La sociedad europea y occidental se afemina a paso acelerado. El homosexual o el "gay" viene a ser el nuevo modelo cuyas imágenes positivas, proyectadas sin tregua en los medios de comunicación, acaban moldeando los espíritus. El hombre moderno se depila, se perfuma, se adorna con afectación, lleva joyas y perendengues y todo esto es muy bueno para el consumo. Hombres o mujeres, todos iguales, somos así excelentes consumidores, celosos partícipes del mercado capitalista. Arnaud Imatz, que ha promovido la traducción de este libro al español y su publicación en la editorial Áltera, examina esta obra que pone el dedo en la llaga.

No tengo ni gusto, ni temperamento para la polémica. Creo que calificar hombres e ideas con estilo agresivo y violento es invitar a sus críticos a pagar con la misma moneda. Pretender hablar de todo como un especialista, zanjar definitivamente los méritos de cada uno, revolcarse en las exageraciones estilísticas, asestar interpretaciones arbitrarias y usar citas fuera de contexto, me horripila desde mis años más juveniles. Como historiador y politólogo recelo de la execración mimética y desprecio las bravuconadas e insultos del sin número de seudo-polemistas. Pero esto dicho, me esfuerzo siempre en celebrar sin reservas el talento de los auténticos polemistas independientemente de lo que son, de dónde vienen y de sus partidos. Son la minoría selecta que constituye la sal de la vida mediática. Son los espíritus libres e independientes, los defensores de la libertad de expresión, el perfecto antídoto al pensamiento único. Y en esta categoría, por cierto desgraciadamente muy escasa, afirmo que ocupa un lugar preferente el periodista francés, Eric Zemmour, cuyo libro *Perdón, soy hombre* (un best seller con mas de 50.000 ejemplares vendidos en Francia) acaba de ver la luz en la editorial Áltera.

Nacido en una modesta familia "pied-noir", de origen judío-sefardí, formado en el Instituto de Estudios Políticos de París, Zemmour es editor del periódico liberal-conservador *Le Figaro* (Paris). Personalidad mediática, colaborador asiduo de varios programas televisivos, autor exitoso de ensayos políticos, articulista apreciado, es hombre independiente, incluso iconoclasta y por lo tanto controvertido. La lectura de la versión francesa de su breve libelo (titulado *El primer sexo,* un guiño al *Segundo sexo* de la papisa del feminismo, la amante de Sartre, Simone de Beauvoir) fue para mí una revelación: la de un escritor inteligente, culto, brillante, con innegable sentido del humor.

Zemmour merece ser leído. Es autor que no deja insensible: a menudo convence, incita a reflexionar, sabe desencadenar la risa y no teme irritar o exasperar a su lector. Sobra decir que no comparto todos sus criterios, pero me alegro de haber contribuido a encontrarle una editorial en España.

El 68 ha matado al macho

La tesis del escritor galo es sencilla. El llamado "segundo sexo" a venido a ser el primero e incluso el único. El feminismo ha descalificado al "macho". La ideología *sesentayochesca* ha permitido un nuevo avance de los valores femeninos. La sociedad europea y occidental se afemina a paso acelerado. El homosexual o el “gay” viene a ser el nuevo modelo cuyas imágenes positivas, proyectadas sin tregua en los medios de comunicación, acaban moldeando los espíritus. El hombre moderno se depila, se perfuma, se adorna con afectación, lleva joyas y perendengues y todo esto es muy bueno para el consumo. Hombres o mujeres, todos iguales, somos así excelentes consumidores, celosos partícipes del mercado capitalista. El "macho" tradicional, no el mítico y virtual facha, grosero, agresivo, violento, dominador y violador, sino el hombre que respeta a su madre, protege a su mujer y se siente responsable de sus hijos, está en vías de desaparición. Está muriendo el hombre tradicional dinámico, combativo, aficionado al riesgo, a la acción y a la aventura. En adelante, el hombre moderno deberá cooperar, comunicar y conservar en vez de competir, obrar y transgredir. Elegirá la efímera pareja antes que la familia duradera, el indispensable hogar de los niños.

Una lectura superficial del libro de Zemmour conlleva el riesgo de interpretarlo todo mal. Sería como una fácil y anticuada oda a la virilidad, a los pechos lobos y fornidos. Sería como una especie de vindicación caricaturesca de la sociedad mohosa de antaño, la que permitía engañar a su mujer sin atraerse la menor reprobación. Y desde luego no faltan espíritus totalitarios o paranoicas feministas para estigmatizar la supuesta "invitación a que los hombres se acuesten con todas las mujeres que les gusten", o peor, la "legitimación de la violación escondida bajo la crítica de la domesticación del hombre". Para los autollamados "progresistas antirracistas”, la causa de Zemmour parece vista de antemano: sería un "reaccionario", un hombre sin gusto ni razón, casi un criminal, que merecería el campo de reeducación.

Hombre y mujer

El libro del periodista parisino no está exento de ideas preconcebidas ni de contradicciones. En él se echa de menos algunos finos análisis del *Don Juan y el*

donjuanismo de Marañón, un clásico sin embargo disponible en francés desde 1958. Pero *Perdón, soy hombre* tiene un enorme mérito: el de plantear las buenas preguntas. ¿Las diferencias de comportamiento entre hombres y mujeres son debidas a las hormonas y a los genes, o son solamente un producto de la cultura? ¿Es o no es la testosterona, hormona del deseo, de la sexualidad y de la agresividad, la que desarrolla en el hombre la fuerza muscular, la velocidad de reacción, el instinto de dominación, la resistencia y la tenacidad, la visión desde lejos, la orientación en el espacio, el gusto para la aventura y la atracción para la mujer que engendra y debe ser protegida? ¿Son o no son los estrógenos que desarrollan en la mujer la destreza, la memoria verbal, la visión desde cerca, el oído y el olfato, la atracción para el hombre poderoso, fuerte, experimentado, socialmente reconocido? He aquí temas complejos con indudables imbricaciones político-sociales.

Hoy por hoy, es evidente que el recurso a la autoridad de la ciencia no permite legitimar ni el igualitarismo entre los hombres y las mujeres, ni la inscripción del poder del hombre en el cerebro. Y tanto mejor, porque no se debe confundir el campo de la ciencia con el de la moral, del derecho y de la política. Pero esto dicho, un punto queda claro: estadísticamente los hombres y las mujeres son diferentes. Se puede ser partidario de lo innato o de lo adquirido, se puede considerar dichas diferencias debidas a distinciones biológicas profundas o al efecto de una educación y socialización en función del sexo; queda sin embargo que, por termino medio, ellas y ellos no tienen las mismas actitudes, ni los mismos gustos, ni las mismas aspiraciones.

Una vez cerrado el valiente y controvertido libro de Zemmour no se puede evitar seguir interrogándose, como el autor, sobre la profunda crisis demográfica de Europa, la afeminación y pérdida de energía de sus pueblos, su sustitución por minorías étnicas inmigradas, indudablemente más viriles, y de soñar en el hipotético despertar de nuevos modelos masculinos. Pero lo más trágico de la historia es que la mujer moderna acaba casi siempre siendo su propia víctima. Se afana en domesticar y afeminar a su pareja conforme a los nuevos cánones de la sociedad moderna. Pero cuando lo consigue y se despierta, rechaza, desprecia, pisotea a su hombre tachándolo de pelele o maricón sin el menor problema. Por fin sola, puede soñar de nuevo en encontrar a un hombre de verdad.



Carne enamorada
De su repudiación a su banalización

Javier Ruiz Portella

¿Cómo es posible? ¿Cómo puede ser que, cuando se abren ante nosotros las más altas posibilidades de plenitud erótica y existencial, sea precisamente entonces cuando nos encontramos sumidos en la más anodina de las existencias y la más desvanecida de las pasiones?

Ocurre con el erotismo, tal como lo experimenta hoy nuestra sociedad, algo parecido a lo que sucede con la modernidad en general y el reino de la Técnica en particular. Nos enfrentamos en ambos casos con la misma paradoja, absurda y cruel. Tanto en el mundo del amor y el erotismo como en el de la Técnica y la razón científica que la sustenta se han derruido ingentes barreras, desmoronado altos obstáculos que se alzaban en el camino de los hombres por alcanzar algo parecido a la plenitud. El problema…, no, el drama es que, derrumbados los altos baluartes que dificultaban el conocimiento o se ensañaban contra los placeres de la carne, su hundimiento ha hecho que se alzaran otros que no sólo dificultan, sino que aniquilan toda plenitud: tanto del saber como del placer.

Dejémoslo claro una vez por todas. Ni uno solo de los ataques lanzados por *ElManifiesto* contra el ramplón materialismo de nuestra época, ni uno solo de nuestros denuestos contra la dominación técnica que priva de alma a los hombres y de belleza a las cosas, nada de ello implica ataque alguno contra la utilización de los medios técnicos como tales -aún menos contra los conocimientos científicos que los posibilitan. Tanto el saber científico como la técnica que ha logrado, por ejemplo, aliviar las penalidades físicas y duplicar la esperanza de vida de los hombres, nos merecen el mayor de los respetos y la más encendida de las admiraciones. Nada tenemos contra los medios científicos o técnicos como tales. Nada, mejor dicho, tendríamos contra ellos si, asumiendo su condición de tales, aceptaran subordinarse a los altos fines y elevados designios -belleza, grandeza, verdad… era su nombre- en los que se cifraba antaño el destino de los hombres. Todo, en cambio, lo tenemos contra los medios científicos y técnicos cuando, abandonando su condición de tales -

erigiéndose en fines-, se lanzan como desbocados monstruos que pretenden dominarlo y ponerlo todo a su merced.

Pretenden configurar el mundo según sus principios y sus métodos: analíticos, racionales, instrumentales. Como si la utilidad y la instrumentalización fueran la cifra del ser y la verdad. Como si ésta dejara de existir tan pronto como se sale del campo de la razón, sus análisis y cálculos. En una palabra, como si la más honda verdad de las cosas no estuviera tan transida de luz como de oscuridad, de razón como de misterio.

Como si fuera preciso desvelar y desgarrar el misterio profundo del mundo.

Desgarrar el misterio de los cuerpos que, entrelazados, exultan; reducir a entretenido pasatiempo la pasión que arrebata, exalta o desgarra: he ahí lo que busca la sexualidad de los tiempos dominados por la Técnica, la Razón y su pretendida claridad. ¿Desgarrar el misterio de los cuerpos? No, en el erotismo no hay cuerpos: hay «carne», como con certero olfato el cristianismo ha llamado desde siempre a los cuerpos que, extasiados, se abrazan al espíritu; los cuerpos que, estremecidos, dejan de ser cuerpos, órganos, vísceras… -simple materia.

Los cuerpos se transmutan en carne; pero «carne abyecta, pecadora», dicen -o decían- los mismos que con tanto acierto la nombraron. La carne tiene que ser redimida. La carne que en la lujuria exulta sólo puede hallar cauce y pureza en el matrimonio y la procreación -ese remedio de la concupiscencia. «Bien le está al hombre no tocar mujer. Pero, por culpa de la fornicación, que cada uno conserve su propia mujer y cada una conserve su propio marido», decía Pablo de Tarso, el fundador.

Un poco de historia

De haber mantenido tal cual y en tales términos su animadversión por el mundo -ese valle de lágrimas- y por la carne -ese pecado que envicia, pero arrebata-, jamás hubiera podido el cristianismo calar con la hondura con que ha calado en nuestras almas y corazones. Jamás hubiera podido configurar nuestra civilización, marcándola a fuego para lo mejor y para lo peor. Lo peor: su desprecio por el mundo y por la carne. Lo mejor: su grandeza espiritual, expresada en un aliento, un culto y una belleza cuya desaparición, por críticos que algunos podamos ser con su moral y su doctrina, nos lleva a lamentar amargamente que semejante desvanecimiento arrastre consigo la presencia activa de la religión en el mundo.

Esta presencia el cristianismo siempre la ha ejercido a través de una ambigua duplicidad. Por lo que atañe a la carne, dicha dualidad ya aparece en el enunciado mismo de la cuestión, en ese pecado que envicia tanto como arrebata, en esa culpa originada por lo que más seduce y atrae. Con su inevitable consecuencia: el pecado de la carne -la carne como pecado- llama irresistiblemente, desde su seno mismo, a una constante transgresión.

La transgresión, o lo que es lo mismo, la asociación de la culpa y el placer, marcará desde el siglo IV d.C. hasta tiempos muy recientes, el corazón mismo de todo nuestro erotismo. La transgresión nunca será, por supuesto, ni oficialmente reconocida ni doctrinalmente proclamada como vía de virtud. Todos, sin embargo -

prelados y señores, clero y pueblo llano- la practicarán siempre y sin vacilar. Todos, salvo aquellos pobres de espíritu que, creyéndose que de ellos es el Reino de los Cielos, harán suya la Culpa asociada al Placer, e interiorizando en su alma la palabra de la Ley, serán incapaces de deslizarse por la inmensa manga ancha abierta por una Iglesia y una sociedad que, dictando normas del más estricto puritanismo, practicarán y permitirán durante siglos -el historiador católico Rodolfo Vargas Rubio lo ha puesto claramente de manifiesto- exactamente todo lo contrario.

Durante siglos, decía. Hasta que llegó aquel «maldito monje alemán», como llamaba Nietzsche a Lutero, que arremetiendo contra los desenfrenos de una iglesia renacentista cada vez más envuelta en el arte y abocada al mundo, logró, junto con Calvino, acabar con la «depravación» de una sociedad que, de haberse mantenido y triunfado, habría cambiado la faz del mundo.

¿Qué responsabilidad incumbe también a la Contrarreforma católica en la gran derrota que aniquiló un mundo en el que lo mejor del espíritu cristiano se estaba hermanando con el de la renacida antigüedad pagana? La responsabilidad es grande, sin duda, pero debe reconocerse que en el catolicismo se mantuvo al menos la antigua dualidad que, como mal menor que es, constituye un indudable bien. Sobre la carne apasionada de los amantes siguió pesando la prohibición que la vuelve aún más codiciable. Semantuvo abierta la manga ancha de la permisividad y la transgresión. Sólo cuando los burgueses remplazaron a los antiguos y libertinos señores; sólo cuando las masas proletarias y pequeño burguesas sustituyeron a un pueblo de campesinos y artesanos poco dado a remilgos y mojigaterías, sólo entonces se estrechó y cerró la manga; sólo entonces melindres y gazmoñerías se establecieron como norma única -aún transgredida, es cierto, pero en la oscuridad del burdel- de las más encorsetadas y remilgadas costumbres.

Y llegó la «liberación sexual»

Este encorsetamiento es lo que derribará la denominada «revolución sexual» acontecida en las últimas décadas de la modernidad. Con el mismo júbilo con el que saludamos la inmensa mayoría de los descubrimientos científicos y técnicos, se impone saludar la demolición de las obtusas barreras que hacían de la masturbación un vicio causante de sordera y ceguera; veían en la homosexualidad una nefanda tara; sólo consentían «el comercio carnal entre esposos en aras de la procreación y sin que medie ánimo concupiscente»; denunciaban «los bailes de salón en que los cuerpos se acercan lascivamente», así como «esos descocados vestidos que son en verano causa de tan gran peligro y turbación», como puede leerse en cualquier manual del nacionalcatolicismo de nuestros pesares. Etcétera.

¿Por qué perder el tiempo con esperpentos definitivamente desaparecidos y que ya nadie defiende ni invoca? ¿Por qué no denunciar sin más las aberraciones que ha traído su abolición? Por la sencilla razón de que, por decirlo con un hermoso proverbio que parece venir muy a cuento, «de aquellos polvos proceden estos lodos», y de las aberraciones de ayer se derivan -en parte al menos y como por reacción- las de hoy. Sólo denunciando los males del pasado podremos atacar con vigor y posibilidades de éxito los del presente: si no, tal parecería como si deseáramos reinstaurar los impedimentos que hace dos días constreñían aún a los amantes. Para

hablar de forma más concreta: sólo, por ejemplo, afirmando sin vacilar la legitimidad de las relaciones homosexuales, sólo denunciando la aberración de considerarlas una enfermedad o una tara, se estará capacitado para denunciar con éxito la actual insensatez del «matrimonio» homosexual.

Ahora bien, ¿cómo no reconocer que la homosexualidad constituye una «desviación» respecto al «patrón natural» de las cosas? Por supuesto que lo constituye, de igual forma que todo el erotismo -esta práctica exclusivamente humana (y divina, por lo que a ciertos dioses se refiere); esta práctica eminentemente «cultural»- constituye algo que contraviene o se desentiende por completo del orden fisiológico o natural. La homosexualidad, y la felación, y la sodomía heterosexual…: todos y cada uno de los múltiples artificios, refinamientos y voluptuosidades que integran —diría Ovidio— el *ars amandi* constituyen (por no hablar, por supuesto, de los medios anticonceptivos) otras tantas desviaciones del «patrón natural» encaminado a la procreación. Sólo la eyaculación de un pene en el interior de una vagina —como ocurre en el caso de los animales— no se aparta de dicho patrón. Es curioso, todos los anatemas contra la lujuria pretendían impedir que hombres y mujeres cayéramos en la «animalidad y bestialidad de los bajos instintos», cuando, en realidad, nos estaban reduciendo a la más estricta y natural de las animalidades.

Sentado lo cual, y después de haber saludado tanto las innovaciones científico-técnicas como las liberaciones sexuales impulsadas por nuestro tiempo, podemos pasar a desesperarnos por el abismo de sinsentido, por el pozo de nihilismo al que acaban arrojándonos tanto las unas como las otras. Éste es el verdadero drama de nuestro tiempo: todo aquello que podría y debería acercarnos a la plenitud nos arroja a la miseria.

Una miseria dulce y suave -bonachona incluso: ahí radica su éxito. Ninguna norma, ningún nuevo impedimento se alza para maniatar la carne apasionada. O mejor dicho, sí, se alza la más implacable de las normas: la que pretende que aquí no rige norma ni principio alguno, que todo es posible -que todo, pues, resulta indiferente. En el reino de la indiferencia no se puede desde luego transgredir nada. Pero sin transgresión, sin el impulso que lleva a los amantes a traspasar límites, a lanzarse a lo lejos, salir de sí mismos, el erotismo no es nada: se queda en vulgar jugueteo, en mísera gimnasia de metisaca. Si la carne estremecida no se ve abocada a algo que trascender o transgredir, la carne deja simplemente de estremecerse.

Lo que sucede es que los límites que se transgreden en el erotismo no son en absoluto los de la moral. Todo el colosal desatino de dos mil años en que la «pureza» ha pretendido combatir la «concupiscencia» está ahí: en considerar que el erotismo tiene algo que ver con la moral; y su transgresión, con la culpa o el pecado. Sería difícil, sin embargo, encontrar algo que estuviera más allá del bien y del mal que el deseo de los amantes extasiados y arrebatados. Siempre y cuando medie el pleno acuerdo entre adultos consintientes, las normas y culpas de la moral no tienen la menor vela en este entierro. Tales o cuales actitudes (por ejemplo, las de la vacuidad y banalidad contemporáneas) serán reprobables, es cierto; tales otras, encomiables (por ejemplo, las que agudicen la intensidad erótica, la búsqueda de plenitud máxima en el placer): pero ni las unas ni las otras tienen nada que ver con la moral o la virtud –

salvo si ésta se entiende como la virtus romana: «fuerza», «fortaleza», «excelencia» significaba entonces.

La familia y el erotismo

Queda, es cierto -y ello puede explicar, sin duda, tanto desatino durante tan largo tiempo-, la cuestión de la familia y del choque que puede producirse entre dos órdenes distintos, pero que se confunden. Por un lado, el deseo erótico, ese impulso que no entiende ni de moralidades ni de exclusividades; y por otro, la exclusividad que debe imperar entre el hombre y la mujer que, al unirse en matrimonio, tienen como fin primero asegurar la procreación dentro de la unidad de un linaje.

La confusión, el choque incluso entre ambos órdenes, parece inevitable. Desde que los hombres son hombres; o para hablar como si fuéramos «políticamente correctos», desde que los hombres son hombres, y las mujeres, mujeres, no hacen ambos sino experimentar las múltiples consecuencias de dicho choque. Todo el genio de los pueblos y civilizaciones, toda su inteligencia, ha consistido, por ello, en tratar de deslindar ambos órdenes, en limitar el conflicto entre sus exigencias opuestas, en impedir que las normas destinadas a preservar la familia y el linaje pasaran a reglamentar el conjunto de la vida amorosa. Huelga decir que si tal ha sido la inteligencia de los pueblos, religiones y civilizaciones, su necedad ha consistido en intentar exactamente todo lo contrario.

Un claro ejemplo de deslindamiento entre ambos órdenes es el constituido por Grecia y Roma, donde la libertad sexual se hallaba severamente restringida en un determinado número de casos, fuera de los cuales imperaba una libertad que, una vez abolida, se tardaría muchos siglos en reconquistar. Ahora bien, las normas que restringían los placeres eróticos de griegos y romanos no pretendían en lo más mínimo preservar la pureza moral o combatir los pecados de la carne -conceptos propiamente incomprensibles en un mundo en el que dioses y diosas eran los más gozosos y promiscuos fornicadores. Lo que pretendían dichas normas era preservar, es cierto, una pureza; pero como lo señala J.N. Robert hablando de Roma, la pureza salvaguardada era única y exclusivamente «la de la sangre romana». (J.-N. Robert, *les Plaisirs à Rome*, Les Belles Lettres, París, 2005).

No es fácil, sin embargo, deslindar el orden familiar y el estrictamente sexual. No lo era, en todo caso, cuando la precariedad de los medios contraceptivos hacía que, para garantizar la unidad familiar, sólo los varones podían permitirse licencias… que estaban vedadas a unas mujeres cuya sexualidad tenía que quedar estrictamente circunscrita en el ámbito matrimonial.

Digámoslo con toda crudeza: alto, pero indispensable ha sido el precio que las madres -y como por contagio, las mujeres en general- han pagado durante siglos para asegurar que los hijos que traían al mundo pertenecían a una misma sangre. O si hace falta ser más claros: el adulterio de varón con mujer no casada jamás ha implicado -porque así lo impone la naturaleza- la menor consecuencia respecto a la unidad de la sangre. El adulterio, en cambio, de la mujer casada siempre ha implicado (porque la naturaleza -no «la falocracia machista»- así lo impone) las más graves de las consecuencias.

Las ha implicado; pero hoy ya nada implica tales consecuencias -sólo cuando media una insensata irresponsabilidad.Todo cambia radicalmente -y ello incide por supuesto en la estructura misma de la familia- a partir del momento en que los medios contraceptivos alcanzan una seguridad total, y, generalizándose su uso, la procreación y la sexualidad pasan a constituir dos ámbitos que, aun implicándose simbólicamente y coincidiendo por supuesto en ciertos y álgidos momentos de la vida de una pareja, conforman dos órdenes de cosas profundamente distintos.

¿Por qué, cuando resultaría posible que, sin menoscabo de la libertad sexual, se viera acrecentada la fuerza de la familia y el arraigo del linaje, resulta que la primera se deshilacha y diluye, mientras que el segundo se convierte en un obsoleto término carente de sentido? ¿Por qué, cuando maternidad, sexualidad y libertad podrían conjugarse como nunca les fue dado, la maternidad se convierte en la más desprestigiada de las instituciones en el seno de una sociedad deseosa de suicidarse; en el seno de una sociedad que lleva el desprecio hasta casi el insulto cuando una mujer tiene el atrevimiento de consagrar su vida a la familia, en lugar de dedicarla a la fábrica o a la oficina? ¿Por qué, en fin, cuando sería posible alcanzar la mayor intensidad en la pasión erótica, se convierte ésta en un inocuo, placentero jugueteo carente de pasión, estremecimiento y densidad?

Sin duda porque nuestromundo aborrece -o teme lleno de pavor- la pasión, el estremecimiento y la densidad. Sin duda porque cuando la fealdad, la vulgaridad y la banalidad lo envuelven todo, no hay razón de que las vivencias sexuales escapen a su imperio gris. Sin duda porque ese mundo que cree haber dado con la clara razón de las cosas mira con pánico todo lo que vive y palpita en la luz densa e insondable del misterio. Es profundamente misterioso, en efecto; es y será siempre misterioso lo que se juega en ese arrebato propiamente sagrado -¿cómo puede un Dios no haberlo conocido nunca?- al que llamamos erotismo: ese «inquebrantable núcleo nocturno», como lo califica en estas mismas páginas Robert de Herte (Alain de Benoist).

Ahí, en medio de ese inquebrantable núcleo nocturno es donde nos adentramos -no para disolverlo, no para aniquilarlo- cada vez que un hombre o una mujer, rompiendo la barrera de su cuerpo y de su alma, saltando por encima de su sombra, se sumergen en la ansiosa carne del otro; cada vez que los amantes rompen –transgreden- el orden corriente y gris de los días; cada vez que entre arrebatos y espasmos se lanzan en pos de lejanos confines; cada vez que aceptan someterse a los dictados de la voz que viene de muy lejos, de «las últimas habitaciones de la sangre», decía Lorca. Cada vez, en fin, que aceptan perderse para, sólo así, encontrarse.

Perderse, someterse a lo que está fuera de uno… trascenderse, no quedarse ensimismado ni en uno mismo ni en torno a la inmediatez roma de las cosas. Por eso no hay ni puede haber hoy erotismo: porque el hombre o la mujer de nuestros días se niegan a salir de su ensimismamiento. Dichoso y feliz, el «individuo soberano» se encierra en la gran cárcel de egolatría, en la prisión cuyos barrotes, dorados e individualistas, le permitirán -eso se imagina- no someterse a nada. A nada… salvo a tal cárcel. A nada grande, heroico, bello. A nada que no sea el hipertrofiado yo de un mequetrefe o el desmesurado poder de un Mercado y un Dinero ante el que, con unción, todos los mequetrefes inclinan la cerviz.

Ese inquebrantable núcleo nocturno

Alain de Benoist

No existe ninguna definición verdaderamente satisfactoria del erotismo, esa cualidad propiamente humana que lleva al deseo sexual por la senda de la mutua invención. El erotismo no es lo contrario del pudor, el cual sólo tiene sentido en la medida en que promueve el deseo. Tampoco es lo contrario de la pornografía, la cual sólo resulta sugestiva (es su gran ventaja) cuando, mostrándolo absolutamente todo, revela por ello mismo que no hay ahí nada que ver de esencial. D.H. Lawrence, por cierto, ya lo había dicho todo cuando denunciaba la hipocresía de una sociedad que condena la pornografía, al tiempo que se mantiene ciega ante su propia obscenidad. Cualquier discurso publicitario, cualquier discurso perteneciente a la lógica del mercado, resulta hoy, qué duda cabe, infinitamente más obsceno que una vagina abierta y expuesta en un primer plano fotográfico.

Durante siglos, el erotismo ha sido denunciado como lo contrario de las "buenas costumbres" porque, al excitar las pasiones sensuales, contradecía una moral basada en la devaluación de la carne. Contrariamente a otras religiones, el cristianismo siempre ha sido incapaz de elaborar una teoría del erotismo: no por haber ignorado el sexo, sino al contrario por haberlo convertido en una obsesión negativa. Pasado el tiempo de los mártires, la abstinencia se convirtió en la marca de la vida devota, y la sexualidad en el campo privilegiado del pecado. La actividad sexual, considerada como un mal menor, sólo se admitió en el marco de la conyugalidad. La Iglesia condenaba una sexualidad desvinculada de la finalidad procreadora, al tiempo que cultivaba el ideal virginal de una procreación sin sexualidad. Por este motivo, sin duda, el discurso sobre el sexo se ha mantenido circunscrito durante tanto tiempo en el ámbito literario, médico o simplemente vulgar, aunque resulta revelador que, en todos los tiempos, el desnudo ha servido de base para la enseñanza de las bellas artes, al ser considerado como la más idónea ejemplificación de la categoría de lo bello.

La modernidad naciente emprendió seguidamente una vasta labor de desimbolización, cuya víctima fue el erotismo. Al basarse en la idea del ser humano como individuo autosuficiente, le resultaba imposible pensar una diferencia sexual que, por definición, implica lo incompleto y lo complementario. El carácter

peyorativo atribuido a las pasiones y a las emociones —supuestas generadoras de "prejuicios"— corrió parejas, por otro lado, con el auge de la fuerza del individuo a favor del racionalismo cientista. Se vio entonces devaluada la inteligencia sensible —la del cuerpo—, ya sea como portadora de pulsiones "arcaicas", ya sea como proveniente de una "naturaleza" de la que el hombre, para hacerse propiamente humano, estaba llamado a emanciparse. La modernidad, por último, convirtió sistemáticamente el interés en necesidad, y la necesidad en deseo. Sin ver que el deseo no se reduce precisamente al interés.

Autor de una hermosa Antología histórica de las lecturas eróticas, Jean-Jacques Pauvert considera que "en el año 2000, pese a las apariencias, el erotismo ya casi ha desaparecido, si es que no ha desaparecido del todo". Puede resultar sorprendente esta declaración de un experto. En realidad, no hace sino constatar que el erotismo, maniatado ayer por una censura que lo condenaba a la clandestinidad y a lo prohibido, se encuentra hoy en día amenazado muy exactamente por todo lo contrario. Así como la omnipresencia de la imagen impide ver, de forma que la gran ciudad constituye en realidad un desierto, así también el sexo ensordecedor se convierte en inaudible. La omnipresencia de las representaciones sexuales priva a la sexualidad de toda su carga. Contrariamente a lo que se imaginan los reaccionarios pornofóbicos, herederos del nuevo orden moral reagano-papista, la pornografía mata el erotismo por exceso, en lugar de amenazarlo por defecto. Se trata también de un efecto de la modernidad. El proceso moderno de individualización, en efecto, ha conducido, en primer lugar, a la constitución de la intimidad, y luego, en nombre de un ideal de transparencia, a la transformación dialéctica de la intimidad en exhibición. Este paso de la intimidad al exhibicionismo (tomado como "testimonio" y, por tanto, como criterio de verdad) queda perfectamente ilustrado por la emisión Loft Store, concentrado especular (y crepuscular) de la sociedad actual, y que sólo se hace caricaturesca para mejor ilustrar sus rasgos distintivos: mísero voyeurismo y estupidez consensuada, espacio cerrado programado por la ley del dinero, exclusión interactiva sobre la base de una insignificancia absoluta. No es de sorprender que las masas estén fascinadas por este espejo que se les tiende: ven en pequeño lo que cada vía viven en grande.

El sexo es hoy incitado a ponerse al diapasón del espíritu de los tiempos: humanitario, higienista y técnico. La normalización sexual encuentra nuevas formas que ya no intentan reprimir el sexo sino convertirlo en una mercancía como las demás. La seducción, demasiado complicada, se convierte en una pérdida de tiempo. El consumo sexual tiene que ser práctico e inmediato. Objeto maquinal, cuerpo-máquina, mecánica sexual: la sexualidad ya no es sino un asunto de recetas al servicio de una pulsión escópica de la cantidad. En el mundo de la comunicación, el sexo tiene que dejar de ser lo que siempre ha sido: semblanza de comunicación tanto más deleitosa cuanto que se ubica sobre un fondo de incomunicabilidad. En un mundo alérgico a las diferencias, que desde muchos puntos de vista ha reconstruido social y culturalmente la relación entre los sexos desde el horizonte de un dimorfismo sexual atenuado, y que se empecina en ver en las mujeres a unos "hombres como los demás", cuando en realidad son lo otro del hombre, se pretende que el sexo deje de "alienar", cuando en realidad es un juego de alienaciones voluntarias. El erotismo es matado por el deseo políticamente correcto de suprimir la correlación de fuerzas que

se establece ya a favor de un sexo, ya a favor del otro, en una mutua conversión. Lo mata porque ninguna relación amorosa puede desplegarse en una chata igualdad, sino tan sólo en una pugna, en una inestable desigualdad que permita dar la vuelta a todas las situaciones. El sexo no es sino discriminación y pasión, atracción o rechazo igualmente excesivos, igualmente arbitrarios, igualmente injustos. En tal sentido, no es exagerado decir que el verdadero erotismo —salvaje o refinado, bárbaro o lúdico— sigue siendo, hoy más que nunca, un tabú.

La voluntad de suprimir la transgresión mata a la vez al erotismo. Porque hay muchas normas en materia sexual, como las hay en todo. El error consiste en creer que son normas morales. El otro error es el de imaginarse que cualquier comportamiento puede erigirse en norma, o que la existencia de una norma deslegitima, por su mera existencia, todo lo que está fuera de las normas. El erotismo implica la transgresión, a condición sin embargo de que dicha transgresión resulte posible sin dejar de ser transgresión; es decir, sin ser instituida como norma.

Entre los "jóvenes de los suburbios" (para quienes las mujeres no son más que unos agujeros rodeados de carne), las mamadoras profesionales de siliconadas formas y las revistas femeninas convertidas en manuales de sexología pubo-pélvica, el erotismo se presenta herméticamente bloqueado por doquier. Los jóvenes, en particular, tienen que hacer frente a una sociedad que es a la vez mucho más permisiva y mucho menos tolerante que en el pasado. Así como la dominación conduce al desposeimiento, así también la pretendida liberación sexual sólo ha conducido, a fin de cuentas, a nuevas formas de alienación. Pero el sexo, porque es algo que pertenece ante todo al reino lo incierto y de lo turbio, siempre se escabulle ante la transparencia. El exhibicionismo lo hace aún más opaco que la censura, pues a este deseo de transparencia responde siempre con la metáfora. Cuando se le intenta iluminar con proyectores, el mundo del sexo opone afortunadamente a tal iluminación, lo que André Breton denominaba su "inquebrantable núcleo nocturno".

[Eléments n.º 102, septiembre de 2001, Robert de Herte (seudónimo de Alain de Benoist]



Sexualidad heroica
Hacia una plenitud de la sexualidad humana

Josep Carles Laínez

El sexo es libertad, es gozo, es plenitud… Pero es también la mayor de las entregas, la absoluta cesión de nosotros mismos. Paradójicamente ambas cosas se han olvidado en la sociedad consumista de hoy día, donde las relaciones sexuales se convierten en el colofón de una noche de copas, sin experimentar esa plenitud, esa entrega que haría del sexo una experiencia sagrada, transcendente.

El sexo debería ser, sobre todo, una puerta abierta a la transcendencia: desde el grito ahogado del orgasmo que nos sumerge en el tiempo anterior al tiempo, o desde la ofrenda que es reiniciar la pesquisa de un cuerpo diferente. Debemos saber y transmitir que en el sexo algo se está poniendo en juego y nos sobrepasa, nos saca de nosotros, nos ejecuta en el mismísimo momento de afianzarnos en el deseo; pues no hay deseo sin ansiedad, ni ansiedad sin búsqueda, ni búsqueda sin necesidad. Y en tal calidad deben contemplarse las relaciones sexuales: una necesidad de la mujer y del varón por igual, de dos mitades que buscan acoplarse en una autofagia hacia el otro: yo te devoro porque me destruyo por ti. Con la amenaza siempre presente de engendrar vida detrás del acto. La relación sexual más pura sería, por tanto, aquella que no devendría en gestación, salvo en la de nuestro yo más profundo, de quien admite en sí los fluidos de la vida para adquirir el conocimiento de la creación antes de lo creado. Al fracturar tal posibilidad, ese ser no nato habrá tomado forma en el interior de los amantes, transmutándoles el sentir, elaborando los gemidos como una salmodia ofertada a los Dioses y Diosas, los propios de toda pérdida mientras nos susurran que todo vuelve a comenzar, y que el placer es sagrado.

Porque aquí estoy hablando de sexo, de la reciprocidad pasional entre dos personas insustituibles. Luego, por añadidura, se va a dar la monogamia y la fidelidad, nivel superior donde la comunión se ha convertido en epifanía de un nuevo ascenso: de un ser dividido, a la existencia de la pareja en una misma esfera de voliciones, sustentadas, cómo no, en el acto de ofrecerse mutuamente para siempre, en un rito cada vez más largo, cada vez más luminoso, donde los líquidos son brebajes y la

transmutación corporal un proceso alquímico, amenazado hoy por la fragmentación de las relaciones casuales y su continua alabanza.

En la pareja hacia lo uno, el hombre y la mujer se han transformado en esa Elella tan magistralmente descrita por Miguel Serrano. Y esa nueva entidad adquiere una libertad *per se*, sin necesidad de establecer pactos con rituales de la sociedad donde sobrevive, mediatizada y envenenada por las consignas de otro tipo de vínculos, de una clase bien diferente de expectativas. Porque sólo se unirá quien mutuamente se haya conocido, quien haya experimentado el vuelco del corazón en una ligadura cada vez más estrecha, más poderosa, más inextricable.

Escasas personas mantienen relaciones sexuales plenas en la actualidad; tan sólo lo hacen a modo de simulacro, repitiendo los gestos y modelos aprendidos gracias a los medios de comunicación y asumiendo los roles de actividad y pasividad imperantes. Hemos de trabajar, por tanto, con una hipótesis radical: los hombres y las mujeres no existen en cuanto individuos; están en proceso de construcción. Disponemos, sobre todo, de machos prototipo y de hembras sumisas, pero en pocos ambientes existen el hombre-humano y la mujer-humana conscientes de querer iniciar una labor de zapa. Las miras serían encontrarse y alimentarse sólo de ellos mismos, en una tarea de desescombro, a fin de hacer emerger la verdadera paridad, fundamentada en el deseo, no en consignas políticas ni en el qué dirán de los unos o de los otros.

La sociedad occidental ha buscado hacer de la mujer algo sumiso (la judía ortodoxa y la islámica son directamente esclavistas), destinado a la procreación y a la amabilidad, a la cual no le era necesario pensar en demasía ni, sobre todo, le ha sido permitido desear. El tiempo hizo para que, a estas desigualdades, se añadiera, en la mayoría de los casos, la falta de respeto. Esta hembra sumisa, aún abundante, con una vida programada de antemano, fue puesta en cuestión y, en cierto modo, estigmatizada con la pretendida liberación sexual del último tercio del siglo XX. Esta secuela del freudo-marxismo no supuso ninguna «liberación del sexo», sino el cambio de rumbo de un aprovechamiento sin tapujos de la mujer. Afortunadamente, tal «liberación» fue ya cuestionada por los movimientos feministas, conscientes de la paradoja que encerraba pretender alcanzar la liberación sexual de la mujer a través de un modelo marcado de antemano por el poder normativo, y masculino.

Se impone, por tanto, romper esta dinámica de ritmo doble, cuya existencia sitúa a la mujer en una gama de posibilidades por las cuales siempre acaba sucumbiendo a la férula del imaginario masculino, algo que, aunque parezca lo contrario, tampoco beneficia en nada a ese supuesto macho inmaculado, pues vivirá en la esquizofrenia de la contemplación de la mujer como objeto de uso, y de la «hermandad» masculina en gestos, palabras y elecciones que, necesariamente, debería conducir al cuestionamiento de sus verdaderas querencias. Sin contar, claro está, la estructura dual de la mirada masculina: por un lado, las mujeres que ve como objeto de deseo; por otro, aquellas que piensa le pertenecen (madre, hermana, esposa, hija) y sobre las cuales no tolera la mirada que él ejerce sobre las primeras. Se ha de fomentar y se deben poner las bases de ese hombre y mujer que se reconozcan y se unan en la carne y por la carne igual que se unen los trazos de una runa sobre la

piedra. Esas bases, sin embargo, no pasarán ni por encuentros de familias, ni por el sexo adolescente de probaturas, e imitación de una vida adulta, a todas luces ridículas y peligrosas. El recuerdo de experiencias pasadas ha de ser siempre puro, vívido, pleno. Y esto sólo se consigue a través del respeto, la mutua dación y, cómo no, por la redención del amor.

Trampas de la desigualdad

Los usos sociales impiden que los hombres y las mujeres puedan tener una visión de la sexualidad como algo sagrado. No en vano han intentado detener siempre cualquier posibilidad de crecimiento espiritual que los condujera más allá de su opresiva moral bíblica. Evidentemente, se han provisto de pequeñas válvulas de escape, controladas y estigmatizadas, a fin de hacerlas aparecer en calidad de transgresiones o de «normalidad» tolerada, cuando en el fondo sólo son trampas que reafirman todavía más el imperio de una sociedad que busca en la perpetuación de la dependencia femenina (ama de casa, esposa y madre), que la recluye en el hogar a pesar de los trabajos que desempeñe en el exterior, y en la hipersexualidad del varón, los lugares donde el *statu quo* es capaz de perpetuarse sin sufrir grandes quiebras.

Por lo dicho no extraña, en un momento de subversión de todos los valores, la creación de un caldo de cultivo mediático a favor de la legalización de la prostitución y la liberalización (en algunos países donde hasta ahora estaba prohibida, por ejemplo el Principado de Andorra) de la pornografía, y de intentar venderlo a modo de conquista de mayores libertades, en vez de considerarlos dos sistemas donde la mujer es reducida a la condición de agujero y el hombre a la de inexorable pene en erección. El sexo genital convertido en comercio trastoca la cimentación de un ámbito donde las relaciones entre los sexos puedan llegar a un equilibrio.

El advenimiento de una sociedad que re-cree el sexo como un espacio donde lo que prime sea la experiencia de un hecho tan esencial de cualquier cultura y, a la vez, territorio donde explorar nuestra propia desaparición y estrecho vínculo emocional con el otro, no puede tener, en primera instancia, un carácter democrático.No se puede pretender que sea algo rápidamente extensible a quien ostenta el poder simbólico en la relación o, por paradójico que parezca, a quien se encuentra feliz en una posición de sumisión por haber sido «educada» y adiestrada para ello. Por tal motivo, el problema de la prostitución y de la pornografía quiere situarse, de nuevo, en un universo de elecciones personales, respeto (comercial, no lo olvidemos) y presunta alegría, cuando en ellas no es sólo quien ejerce la prostitución quien se ve sometido a una condición de vulnerabilidad y semiesclavitud, sino el mismo usuario, pues está rebajándose y desconsiderándose al ofrecer su cuerpo a aquella persona que no se le da, salvo en el marco de una mera transacción económica; si se arguye que en el «cliente» no hay tal «dación» nos encontraremos no con una pretendida superioridad del macho sobre la hembra, sino con la carcasa vacía de lo que una vez fue un hombre, o podía haber sido un hombre, y ahora no es sino un saco de carne aferrado a un pene.

Se trata de apreciaciones muy sutiles, no lo niego, a la hora de romper los estereotipos sobre los que se ha sustentado una forma esquizofrénica de entender las relaciones humanas; y tal vez más todavía para quienes vean en la fuerza bruta el

paradigma de todas las jerarquías. A lo mejor no nos vendría mal releer a Propercio, tal vez nos haríamos una idea de cómo podrían funcionar lazos hombre-mujer más igualitarios y tendentes a esa ofrenda, ese deseo y ese amor, en un mismo plano, y sin necesidad de renunciar a uno en beneficio del otro: Caiga sobre mis enemigos una chica pasiva. / Véanme en el cuello mis amigos marcas de mordiscos; / muestren mis moraduras que ella ha estado conmigo; echemos a suertes, un tiro de tabas por intermediario, / a quién el niño [el amor] atiza más fuerte con sus alas; Admiro mucho, Esparta, las normas de tu palestra, / y sobre todo el acierto del gimnasio femenino, / porque chicas desnudas practican sin desdoro / juegos físicos y luchan entre hombres.

La mente judeocristianoislámica verá en el sexo el más nefando pecado, y pervertirá la natural inclinación europea a la vida transformándola en artimañas satánicas. Con todas las distancias y precauciones necesarias, por tratarse de formas y figuras sociales sensiblemente diferentes a las actuales, los versos del poeta de la Ciudad Eterna nos devuelven unos sentimientos donde se aprecia una pasión sin freno y una nula desconsideración hacia la mujer, valorándola como un igual, al menos como amante, con la misma capacidad electiva, con la misma posibilidad de cambio y de desprecio. La mujer, aquí, ni es una presa, ni una madre, ni un mero señuelo de excitación; es aquello por lo que el poeta llega a ser lo que es.

Instauración de una aristocracia sexual

La nueva aristocracia sexual ha de estar formada por los hombres y las mujeres que se hagan dueños mutuamente en el amor, pero del amor situado fuera de la órbita de las relaciones sexuales que no son tales, sino masturbaciones mediante el uso y disfrute de otra persona; a la vez, y en primera instancia, a una prudente distancia de las uniones que tengan como meta única la procreación.

Se ha de huir del pudor ante la desnudez o del miedo ante la toma de la iniciativa por uno o por otro, igual que se ha de huir del cumplimiento de los estereotipos y del refrendo de las estructuras sociales. Evidentemente, quien más ha de cambiar en el establecimiento de este nueva clase de alianza es el varón, acostumbrado a sentirse el rey del mundo y la medida de todas las cosas, así como la única forma posible de mirar y de juzgar.

Cuando se haya establecido esta sexualidad heroica, de hombre y mujer como guales, fuera de los estereotipos burgueses herederos del cristianismo, la gestación y los hijos no serán un error, una carga, un capricho o «cosa de mujeres», sino la materialización de la pasión en la carne, para que por ella viva más carne, y todo el espíritu de Europa.

[©EL MANIFIESTO núm. 8, marzo-abril de 2007, www.elmanifiesto.com]

La pornografía, o el erotismo del otro

Carlos Pérez Jara

Se indaga sobre lo que suele entenderse en Occidente por erotismo y pornografía, y se intenta saber si las separaciones de ambas son necesarias o bien gratuitas, máxime cuando quienes las hacen apelan a la cultura sublime y a una supuesta estética sin fundamento.

«Las pinturas más audaces, las descripciones más osadas, las situaciones más extraordinarias, las máximas más espantosas, las pinceladas más enérgicas tienen el solo objeto de obtener una de las más sublimes lecciones de moral que el hombre haya recibido nunca»

Marqués de Sade

1. Introducción.

Hablar de erotismo, como de pornografía, es algo absurdo en términos generales. El comportamiento del hombre es siempre demasiado maleable (dependiente de reglas específicas, tradiciones, leyes y conductas) como para que uno se convierta ahora en el juez supremo del Género Humano. Cada civilización ha albergado, como hoy alberga, ejemplos de ese llamado erotismo pornográfico cuya razón de ser se esconde, al margen de los estipulados estéticos y los análisis teóricos sobre este asunto, en el puro deseo animal, convertido por la sofisticación de la mente humana en una compleja estructura simbólica de apetencias propias. Bajo la clásica distinción entre las dos naturalezas del hombre, la de ser parte de lo sublime y parte de las bajezas e instintos animales, podemos decir que la visión erótica, ya sea festiva o artística (o ambas cosas) se entremezcla con el deseo corpóreo que emana de tantas obras de toda clase, hasta el extremo de que, como podremos ver más abajo, es imposible definir una línea fronteriza entre un amor sublimado y sus pasiones recurrentes, habitadas por impulsos «oscuros» que aún irritan a muchos. También trataremos de destruir el mito de una inocencia posible frente al erotismo pornográfico; es decir, el mito de que, frente al inocente (el puro, el casto, el inmaculado hombre imposible) la pornografía corrompe las virtudes humanas. El erotismo necesita del otro, de ese otro que mire la probable intención de aquello que

cualquiera defina como le apetece o lo cree necesario. No, dejemos la inocencia para ese momento antes en que Eva se dispone a morder la manzana de nuestras desdichas. De modo que, en los siguientes epígrafes, trataremos de descubrir las falacias sobre las que está apoyado el ideario puritano y demagogo de quienes hacen tajantes delimitaciones entre pornografía y erotismo y el buen y mal gusto.

2. ¿Qué es lo obsceno?

Para ocuparnos de lo que, popularmente, se conoce como pornografía, es preciso que estudiemos uno de sus atributos ineludibles: lo obsceno. Y es que, de manera casi infalible, si muchos catalogan algo como pornográfico no es sino para añadirle, como quien no quiera la cosa, el oscuro sello de lo impúdico. Los psicólogos actuales no dudan en esforzarse en distinguir lo obsceno de lo erótico, para lo cual apelan a la semántica de cada una de las palabras. Obscenidad tiene su raíz en lo que se halla sobre escena (obcenus), lo que sirve a muchos para dictaminar sobre lo que no debe ponerse de tal forma, lo que debe ser oculto, privado, nunca público, pues ese aspecto de revelación produce, según parece, una gran repugnancia. Establecen luego que es esa repugnancia la que atrae a muchos individuos, lo que no hace sino precipitarlos al campo de la sicopatología moderna. «Hay que aceptar, pues, lo que ya es común, que la pornografía es obscena y que obscenidad es indecencia sexual», dicen hoy tantos iluminados siquiatras, Manuel Zambrano entre otros. Lamentablemente, eso de la indecencia en el sexo nos recuerda a los preceptos católicos de las grandes virtudes del hombre casto. Y es que tales opiniones no son sino un conjunto farragoso de patrañas con las que, bajo el célebre peso de la Ciencia moderna, situarnos ante la supuesta certeza de cosas que ni los mismos iluminados se toman la molestia en definir, tal vez, suponemos, porque el resultado de dicha definición no les satisface, o porque no la encuentran acorde a sus propios prejuicios, con los que encima lanzan peroratas y homilías seudo científicas cargadas de una arrogancia inadmisible. ¿Qué es la indecencia, y aún más, y sobre todo, qué supone la indecencia sexual? Si se mantiene un respeto a los principios morales impuestos, si no se daña ninguno de esos principios establecidos por cada comunidad humana, ¿cómo puede decirse que la pornografía es indecencia? Ese respeto a la moral sexual, hija de los contenidos y estructuras políticas y sociales de un Estado concreto, ¿en qué sentido específico hemos de entenderla? O para ser más concretos, si tanto se dice que lo obsceno es lo sucio ¿quién define qué es lo sucio de lo limpio, un psicólogo, un ama de casa, un filósofo borracho? ¿Qué es eso de suciedad? «Discutir la naturaleza y el significado de la obscenidad es casi tan difícil como hablar con Dios» dice, bien a propósito, el escritor americano Henry Miller.

Hacemos, por tanto, la acusación de que los detractores de la pornografía se mueven entorno a ideas confusas, cuando no deliberadamente retorcidas y adaptables a sus intenciones. Como resumen de lo que apuntamos, el poeta y novelista Mario Benedetti, lo expresa con gran transparencia: «Esta discrecionalidad es justamente el peligro, ya que todo lo confía a la inteligencia, sensibilidad y amplitud de los censores, profesión esta en la que no suelen abundar los dos dedos de frente. El origen etimológico de la palabra pornografía (del griego "porne", o sea, prostituta, y "graphe", o sea, descripción) justifica ampliamente la primera acepción del Diccionario de la Real Academia Española: "Tratado acerca de la prostitución". Pero

¿cuántas obras acusadas de pornográficas caben dentro de esa acepción? Probablemente, ninguna. La segunda acepción dice: "Carácter obsceno de obras literarias o artísticas". Lo peligroso es fijar la frontera, ese movedizo límite donde termina presumiblemente lo artístico y empieza (no menos presumiblemente) lo obsceno.» Como es obvio, bajo el origen de esta palabra, solo verdaderos tratados de proselitismo pueden ser encuadrados dentro de tal concepto. Pero es que esa acepción empleada para obscenidad nos remite, tal y como apunta Benedetti, a la meta censuradora de la que hablamos antes, y que se apoya en conceptos vagos y nebulosos. Bajo niveles universales, el pudor se convierte en algo tan gratuito como cualquier mención sobre los honores de manera independiente a cualquier otro detalle de importancia: lugar, época, leyes, régimen político, revoluciones...

Pese a una enorme cantidad de trabajos en los que se alerta sobre el pensamiento difuso de tantas mentes timoratas, aún prevalece la idea de que, mientras el erotismo es elegante y sublime, la pornografía posee una naturaleza sórdida e injustificable. El afán de esos individuos por destruir lo que ellos consideran como «la decadencia y depravación humanas» posee, tal y como podemos imaginarnos, no solo muchos rasgos de gran hipocresía (pues algunos de esos iluminados con vocación censuradora no hacen sino apropiarse, en su vida privada, de los mismos productos que en lo público vilipendian con indignación tan vehemente) sino también de intensa ignorancia respecto al concepto mismo que tanto rehuyen a toda costa. La Iglesia cristiana lleva más de dos mil años utilizando semejante estrategia: pues lo pertinente, bajo el propósito de sus ministros, no es tanto definir como ocultar, y no solo el producto o actitud que persigan sino a la propia palabra que los representa. Nada se adapta mejor a los intereses de alguien que aquello que permanece bajo una definición vaga, brumosa, esencialmente maleable. Para ello, actualmente no se ha dudado un segundo es esgrimir razones espurias sobre lo bello y lo feo, lo elegante o lo tosco, lo casto y lo impuro. En la Iglesia hay numerosos ejemplos de teóricos de la vida sexual de sus contemporáneos; uno de ellos es San Juan Crisóstomo, que ataca la relación de dependencia sentimental del matrimonio al establecer que dicho vínculo es como una cárcel con la que se impide una ascensión hasta las alturas divinas. El hombre en matrimonio se preocupa más de los aspectos terrenales que de los sagrados o divinos. Ya San Pablo, en la carta a los Corintios, había dicho que el matrimonio era un refugio de débiles para huir de las tentaciones de la carne. Para San Agustín el contacto físico con la mujer precipita al hombre a un pozo de degeneraciones espirituales: «Nada contribuye tanto a derribar la mente del hombre de su ciudadela como las lisonjas de las mujeres. Y ese contacto físico sin el que no es posible poseer una esposa». El sexo para este «santo» queda asociado a un fin exclusivamente reproductor, nunca como forma de sublimar pasiones latentes o de conseguir un cierto grado de purificación del espíritu.

La Iglesia ha edificado un conjunto de pilares de la sexualidad del buen creyente. Curiosamente, la proclamación de la Familia como un «valor cristiano» es un asunto bastante más moderno de lo que muchos piensan, como ya ha quedado reflejado en algunos grandes padres de esta misma Iglesia, detractores de uniones de matrimonio y de apegos terrenales. Pues esta religión positiva, de tanto poder sobre Occidente, es una de las que mayor presencia tienen sobre las costumbres y ritos de tantos hombres. Hoy, en cambio, se predica la familia casi como un invento católico,

cuando no es sino un giro de timón en su política establecida. El Vaticano ha ejercido durante mucho tiempo la labor de juez espiritual y estético, pues según sus postulados nada que atente contra Dios es, o puede ser bello, y en consecuencia, como el vicio y los seres concupiscentes representan una seria amenaza al Supremo, éstos no son sino feos, horribles o degenerados. Sería curioso sumergirse en la supuesta estética de ciertos poderes: lo bello es lo casto porque lo casto es lo cercano a Dios. Ese tipo de valoraciones se ha cuajado en artistas contemporáneos que establecen que existe una indisoluble unión entre lo ético (lo que ellos entienden por ética) y lo estético. Un aspecto nada superfluo, pues en gran medida en esto se basan los censores a la hora de esgrimir alguna razón contra parte de una obra humana. El argumento es el siguiente: la belleza no es sino el producto de una vida honesta. Lamentablemente, aunque quisiéramos creer tal cosa, no podemos sino decir que la honestidad (o la castidad, o aquello que quieran unir a lo bello como una idea supuestamente objetiva) no es una virtud encadenada a la belleza estética, pues ni siquiera se dice lo que se entiende por belleza (ya el propio Kant lo enuncia en su ensayito Sobre lo bello y lo sublime) ni si ésta es un atributo imprescindible de virtudes humanas. ¿Se habla de una belleza física, en una obra de arte, o bajo qué aspecto exactamente? Y en cualquier caso, lo que se supone bello, sobre todo en una obra, ¿es reflejo indudable de alguna supuesta virtud moral o ética? Ética y estética son dos lazos unidos por la casualidad de la Historia.

Desde la poderosa influencia del Vedanta en Grecia, sobre la base de un desprecio hacia los sentidos como parte del velo de Maya, pasando por el pensamiento platónico, según el cual las percepciones sensibles, aunque sombras sobre la caverna, permiten por medio del progressus ascender al mundo arquetípico y eterno de las Ideas, hasta los cambiantes postulados de la Iglesia cristiana, empapada a su manera de platonismo «interesado», el uso de la palabra impudicia ha sido extraordinariamente variable. Los regímenes políticos y sus propias ideologías han sido el eje de fuerza para retorcer esta idea tratando, asimismo, de venderla como algo universal. No obstante, a lo largo de la Historia, muchos escritores y filósofos han sido calificados de desvergonzados, valoración que, como repetimos, ha ido variando según el territorio y la época en donde nos hallemos: la estela es muy larga, sin duda, y de ella destacan, tanto algunos escritos libertinos de Ovidio, que mucho disgustaron al emperador Augusto, deseoso de imponer en Roma un nuevo modelo de virtudes (algo que acabó, por cierto, chocando con los desmanes de su propia familia, y en concreto de su nada casta hija Julia, a quien tuvo que desterrar finalmente a un islote), pasando por Boccacio y su propia obra, hasta el mismo modernismo de James Joyce, con esos pasajes del Ulises en donde se trata de forma poco «recatada» temas escandalosos de entonces, como el adulterio. Son bien conocidos los casos de censura que impusieron diversas fórmulas políticas, catalogando ciertas obras como «repugnantes»; tal es el caso, por ejemplo, del archifamoso poema Las flores del mal, de Charles Baudelaire, uno de esos poetas a quien deciden convertir en maldito casi por confusión generalizada. Y es que parece que lo que, desde ciertas instancias políticas y religiosas, se pretende proteger no es sino la conservación de un orden establecido. Ese supuesto orden moral es el que se ciñe como una cota de malla, no tanto para suprimir por completo los comportamientos y actos que penaliza, como para circunscribirlos dentro de los márgenes angostos de una marginalidad

permanente. Sería interesante ver que dicha cota de malla ha funcionado, y funciona, como el resultado implícito de una falsa conciencia.

Como bien dijo Theodor Schroeder, la obscenidad no se encuentra en ningún libro ni representación alguna, sino que supone «una cualidad de la mente que lee o mira». La pornografía, dejando a un lado la nebulosa conceptual de tantos censores (censores de palabra y de actos, pues la mente censuradora registra su repudio público respecto a cualquier manifestación que suponga una amenaza a su no menos difusa «escala de valores») se halla así no tanto en las cualidades del objeto sobre el que se aplica como en la actitud de quien lo juzga. La frase del cineasta estadounidense Woody Allen de que el erotismo es la pornografía del otro es absolutamente certera por cuanto que describe ese hecho, tan pocas veces comentado, de que es el censor quien aporta los atributos de obscenidad y no su objeto de desprecio. Ese objeto de desprecio no lo es (despreciable) sino porque, sin duda, encarna en la mente de quien lo condena o rechaza una serie de ideas contrarias a las que este mismo inquisidor propugna. A este respecto, se habla hoy de que debe existir una censura televisiva, lo cual en muchos casos se debe a la estupidez de algunos demagogos y, en otros, a la ingenuidad de unos cuantos bienpensantes. La estupidez se halla en el hecho de considerarse rectores universales de lo que debe o no ser puesto en escena, tal y como ya ha hablado de esto Gustavo Bueno acerca de la «telebasura»: como si ellos encarnaran la voz definitiva e infalible que habla en nombre de la sociedad sobre la que actúan decidiendo contenidos. Por otro lado, la ingenuidad de algunos porque, pese a su buena disposición por suprimir ciertos programas de la tele, o al menos la de desplazarlos a franjas horarias que no estén al alcance de los niños (pues, ciertamente, resulta un poco preocupante que a la hora de la programación infantil se emitan sesudos debates formados por zorritas de medio pelo, cotillas homosexuales y chaperos calvos y enfadados), no ven la circunstancia de que, aplicando el mazo inquisidor para esto, habrían de hacerlo para otras muchas cosas, pues es difícil, por no decir imposible, saber cuándo concluye la censura, y cuándo ésta es o no necesaria: es el viejo problema de arrogarse unas competencias para algo que nos parece justo cuando el hecho de ejercer la censura para lo concreto supone, de inmediato, poder aplicarla para lo general.

Ahora que ya hemos desarticulado el término pornográfico, de uso mayoritariamente público entre quienes se han forjado una idea de lo que supone tal palabra, vemos que lo que se establece por consenso (una idea no menos vaga que dejarle a los censores la tarea de dilucidar qué es obsceno) como cosa pornográfica no es sino el hecho mismo en el cual se representan formalmente los órganos genitales humanos. Es muy superfluo decir que la pornografía es un producto humano, pues esto es claramente obvio. El que aparezca, como aparecen en tantos documentales de «vida salvaje», la relación sexual explícita de dos hipopótamos (mientras uno enorme y encaramado sobre el otro se afana en hacer bien su tarea sobre una charca), o la de dos canguros, o la del buen león de la sabana, no es, desde luego, algo pornográfico sino tan solo biológico: es sexualidad revelada en el plano puramente instintivo. Y es que para adentrarnos en las posibles intenciones sobre lo obsceno como supuesta exposición, sin tapujos, de los genitales humanos, es necesario que hablemos ahora del recato, algo también propio del hombre. Los humanos sentimos pudores de nuestro cuerpo (unos en mayor medida que otros, por supuesto, y en no en todas

partes ni bajo cualquier «cultura» del mismo modo) y es por eso por lo que, fundamentalmente en los países del llamado primer mundo, tendemos a creer que el pudor es una parte propia de nuestra naturaleza cuando no es sino el producto consumado de una sociedad en concreto. Hay muchas tribus de la selva amazónica en donde las madres enseñan a masturbarse a sus hijos, lo que sin duda aquí, en España, es visto por muchos con gran perplejidad, cuando no con repugnancia absoluta. Queremos decir con ello lo que tantas veces se ha insinuado: que el pudor, como la obscenidad, no es sino un concepto confuso, pues varía con el tiempo y con las estructuras sociales que los emplea.

Existen tantos tipos de obscenidades como hombres para calificarlos. Exponer gráficamente (o por medio de la evocación literaria de imágenes) órganos sexuales en funcionamiento, ha servido, por lo común, para definir con alivio (ahora que el tratado sobre la prostitución no nos vale) el concepto de pornografía, así como para diferenciarlo del de erotismo. De esa forma, el erotismo, que se define como amor sensual, puede distinguirse, para estos mencionados censores, de la otra palabra, pornografía, en virtud del dudoso hecho de que entre una y otra existe una muralla llamada sexo revelado. Los frescos satíricos de la Roma imperial, en donde figuran en multitud de posturas los avatares amorosos de hombres y mujeres, hoy se consideran como una «pieza de gran valor artístico e histórico», escenas divertidas y curiosas de orgías humanas; no obstante, bajo el prisma del presente, nunca, o muy pocas veces suelen ser estimadas como repugnantes, vituperables, incluso impúdicas, etc. No solo eso: hasta se ha generado ese tipo de simpatías que se despiertan entre tantos pudorosos que, al ver los actos del pasado, no pueden sino verse reconocidos en ellos de alguna forma, sobre todo en la medida en que sienten una atracción inconfesable hacia ciertas imágenes desnudas, para las cuales no dudan en ponerse las manos sobre los ojos, aunque, eso sí, dejando siempre un hueco para seguir mirando. Otro tanto de lo mismo sucede con los Epigramas de Marcial, que al ser valorados como un documento histórico (un fresco de la vida diaria romana) no recae sobre ellos ninguna estimación peyorativa, sino que, a lo sumo, se les concede la categoría de satíricos o traviesos. Y sin embargo, cuando volvemos la mirada a ese pasado en el cual tratamos de ver las raíces del erotismo como concepto, no podemos sino asombrarnos ante el hecho de que esos frescos, esos libros y ciertas pintadas callejeras hoy serían muy mal vistas, consideradas como sórdidas o estúpidas, lo mismo que ir llevando por la calle un amuleto de Príapo, un solitario falo alrededor del cuello.

Lo difuso no está solo en el concepto de pornografía sino también en el de erotismo, que parece aquejado de los mismos males que su otra palabra hermana. La distinción no es baladí, desde luego, pues sirve para darnos cuenta de que las asignaciones no resultan, la mayor parte de las veces, sino arbitrarias, dependientes de contenidos morales, de estructuras sociales y políticas. La Cultura, descendiente del reino de la Gracia como un saber con el que el hombre supera a la Naturaleza, desciende su mirada benévola hacia las «obras de arte» del pasado para que con ello nadie, o muy pocos (tal vez, en el caso de EEUU, algún republicano timorato e hipócrita que mande tapar los pechos de las estatuas de su recinto de trabajo) se atrevan a acusarlas de inmorales, de «sucias» o repugnantes. Bajo los principios de que el erotismo es propio del arte, pues son innumerables los ejemplos de obras artísticas que han podido ser clasificadas de esa forma (desde Las Mil y Una Noches, pasando

por El arte de amar, de Ovidio, hasta un largo etcétera), y de que lo pornográfico es la actividad o resultado de una conducta humana reprobable, los iluminados (que, son por cierto, muchos hoy en día) han trazado una línea del buen gusto con el fin de discernir lo que «es» de lo que «debe ser». El cine, la literatura, las pinturas, nos dejan testimonios constantes de representaciones explícitas de sexo (como la colección de dibujos al carboncillo de Pablo Picasso, o su serie de «Violaciones», tan aplaudidas por la crítica) que, sin embargo, y en base a la estima pública otorgada por la mitológica cultura en la que están inscritas, refulgen hoy como obras eróticas, y no pornográficas: son famosos los cuadros de Salvador Dalí de carácter «obsceno», como es el caso de El gran masturbador, o esa serie de dibujos muy explícitos de Picasso que abordan la sexualidad masculina tomando la mitológica forma de un toro.

Sobre los cánones de nuestro mundo, la pornografía no suele ser considerada como parte integrante de ninguna disciplina artística. Constantemente se dice que representa el mal gusto, cuando lo cierto es que no solo no se explica qué se entiende por tal cosa, sino que, además, a estas dos palabras se les otorga cualidades casi metafísicas, al plantearlas como Ideas que gravitan por encima de una conciencia universal, de un sentido común invariable. Atribuir a un producto humano (ya sea una película, un libro, un cuadro, etc) los adjetivos de bondad o maldad del gusto no es sino volver a ese campo tan oscuro de las apreciaciones personales, que no se fundamentan en criterios estéticos objetivos sino en prejuicios de orden moralista entorno a la exposición y difusión de temáticas que, a ojo de tantos mentecatos, dañan la dignidad humana hasta deteriorarla. El mal gusto existe, no queremos ponerlo en duda, pero para ello es necesario, no solo decir si es un «mal gusto» de uno o varios individuos, o si lo es de todos al mismo tiempo, sino también qué representa lo malo respecto a lo llamado bueno, y cuáles son los criterios que hacen que lo malo sea desdeñable respecto a eso que se nos vende como bueno. Por supuesto, el catolicismo ha pintado mucho en todas estas consideraciones, como ya apuntamos antes en las ideas de orden y poder de la Iglesia, siempre atenta de regir la vida ética y sexual de sus fieles. El cinturón de castidades morales que predica aún hoy el Vaticano, junto a sus alegres opiniones acerca de diversos aspectos, como el uso de preservativos (condenando incluso el usarlos en países de África contaminados por el SIDA) o la relación física entre homosexuales (a quienes llaman viciosos), no hace sino situarnos en el contexto de una cierta ideología que no se percata del hecho de que, bajo el reino de Dios, los cambios y estimaciones sobre diversas materias han cambiado con los siglos, las épocas y los hombres. No digamos ya si nos referimos a la moralidad impuesta del Islam y esos preceptos de un macho dominante que decide sobre la vida y obra de sus mujeres. Ya se sabe que el buen fiel y suicida que lucha en nombre de Mahoma va al Paraíso, en donde le esperan 73 vírgenes tan hermosas como serviles. Hoy, esa misma promesa de sexo ultraterreno se instala en la conciencia mutilada de tantos «mártires» que vienen a inmolarse porque Aláh les ayuda en su causa. Las religiones positivas mayoritarias (Cristianismo e Islam) controlan así los instintos de sus adeptos a través de la fórmula clásica, aunque no por ello menos útil, del premio y el castigo. El homosexual en el cristianismo va derecho al caluroso infierno, eso es inevitable. En cambio, el padre de familia y fiel de su propia esposa tiene todas las papeletas para irse al Cielo.

La antropología ha dedicado buena parte de sus esfuerzos al propósito de ver los condicionantes sociales y políticos que determinan los distintos roles de la sexualidad humana. Desde los Paraísos perdidos de Margaret Mead y sus Adanes y Evas samoanas hasta la sexología moderna, abanderada por feministas ociosas y resentidas, existe un largo catalogo de tratados sobre esos instintos que, al aplicarse a un celo eterno (esto es, a un deseo que no depende de ninguna época del año), adquiere una dimensión gigantesca en toda sociedad política. Pulsiones que, controladas por cada cultura, cada tradición establecida y cada régimen de turno, quedan de ese modo a merced de los criterios de fanáticos religiosos, de políticos moralistas, de ciertas multinacionales sin escrúpulos, de células poderosas e interconectadas que cambian el sentido y concepto de las palabras con el fin de manipularlas a su propio antojo. Y es que el sexo viene inscrito en el entramado social, y no como lo entienden en la Polinesia, por ejemplo, donde se considera como algo esencialmente malo y que no pertenece a dicho conjunto. Pero, si dentro de una sociedad existen mecanismos de poder, entonces, ¿no es razonable que consideremos que el control del sexo como actividad social es un control de la vida de los ciudadanos, de los consumidores? La clasificación de lo obsceno o lo pecaminoso tiene resonancias puramente religiosas por cuanto que la Iglesia tiende a creer que la vida sexual fuera de los preceptos marcados por sus dogmas no es sino una seria amenaza a su propia estructura. El cieno, el barro moral con el que se salpica la conciencia del hombre contemporáneo hace que, muy a menudo, éste se sienta cohibido ante la manifestación de esas referidas pulsiones. Sin embargo, no podemos quedarnos solo en el terreno de la Iglesia católica: debemos ir desde la ideología y dogmas impuestos a los políticos que proyectan leyes relevantes (sobre el aborto, el matrimonio de homosexuales, la píldora anticonceptiva, etc) hasta los mandatos de grandes corporaciones que, inmersas en el mercado pletórico, no hacen sino marcarnos continuamente pautas de conducta sexual establecidas.

¿Y qué es lo obsceno entonces? Lo obsceno es, popularmente, lo sucio, y lo sucio es así lo condenable, lo que es necesario reprimir mientras los políticos deciden en el Parlamento la regulación de ciertas relaciones humanas, la Iglesia bendice a sus fieles y condena el anticonceptivo, y las multinacionales nos venden su propia noción de los pecados carnales, representada en las televisiones y anuncios como el factor constante de una moda, de una tentación (sexual, se entiende) hacia el producto en venta. De todos modos, luego nos ocuparemos de la pornografía del mercado pletórico. Nótese a este respecto que lo obsceno es un asunto que queda hoy centrado, obsesivamente, en el sexo y sus circunstancias: en la nebulosa ideológica decir «eso es obsceno» es imponerle a lo referido una inevitable etiqueta sexual. Y yo me pregunto: ¿es esa vinculación artificiosa de lo obsceno al sexo algo que nace espontáneamente? Es razonable decir que no. Y es que existen intereses más o menos ocultos por atribuir a la sexualidad humana atributos preestablecidos con los que, ya de partida, imponer peticiones de principio. Por eso muchos piensan que lo «pornográfico» es obsceno, y como lo obsceno es algo repugnante (lo que se enseña sin tapujos, «sobre escena»), la pornografía repugna o es asquerosa, o simplemente degrada. Se ha construido un molde, una mascara de infamia. Quiénes construyen la mascara es algo complejo de discernir, pues no son pocos los poderosos a los que les interesa esto: la Iglesia, los partidos políticos, ciertas agrupaciones, algunas

multinacionales y sus principios depredadores de mercado libre. Las grandes corporaciones mandan mensajes subliminales de modelos de macho y hembra humana, de patrones de conducta y de relación social: ¿no es el sexo una parte prioritaria de dicha relación? Como ejemplo de lo apuntado, ya se sabe la influencia que poseen los laboratorios farmacéuticos, capaces de imponer lo que debe venderse al mercado, no por asunto de ningún fin público, sino por grandes remesas de algún fármaco en stock y en el que se han invertido millones de euros. Por ejemplo, es bien conocida esa tendencia a hacer una tragedia pública sobre la menopausia cuando son los laboratorios quienes, a través de la publicidad visual de sus «antídotos contra la depresión de las mujeres», no hacen sino conducir a tantas consumidoras a la compra de ciertos productos relacionados con esta fase biológica femenina: se venden así millones de cápsulas con hormonas amén de otros productos que, en el pasado, se ha demostrado que, no solo no fueron beneficiosos para sus organismos, sino que les provocaron algunos trastornos severos. Y sin embargo, hoy estos centros de poder marcan lo que debe o no venderse, lo que debe o no hacerse, lo que debe o no decirse. Intereses financieros, estrategias políticas, afanes religiosos (de religiones positivas), todos estos elementos presionan de un lado o de otro con el fin de modificar concepciones maleables solo para su propio provecho.

3. ¿Qué es lo erótico?

Acabamos de confirmar que ciertas cuestiones relacionadas con el sexo se hallan controladas, en buena medida, por grandes centros financieros y políticos, y que son éstos y sus propios intereses los que marcan los roles de cada mujer y cada hombre en Occidente. Naturalmente se trata de una influencia cuyo origen no es espontáneo ni en cuyo fundamento dejamos de ver el hecho de que ninguna de estas estructuras poderosas existen de forma independiente o aislada, sino que se encuentran, asimismo, determinadas por causas efectivas, dentro de concéntricas nebulosas ideológicas. No se trata tanto de que halla un Gran Hermano que controle la vida sexual de cada persona como de la existencia absoluta de centros poderosos cuyas metas son las de ejercer dicho control, algo que finalmente consiguen en ciertos sectores sociales. La sexualidad es uno de los temas que más tienden a manipularse, a falsearse. El mercado pletórico ha hecho difundir con eficacia mensajes contradictorios respecto a temas sobre sexo. Igual que con la obscenidad, núcleo sobre el que gira el pensamiento de tantos conservadores que predican la decadencia del americano y el europeo sobre la base de sus costumbres relajadas, el erotismo se halla en el centro de la polémica, pues, paradójicamente, y al contrario que con lo obsceno, lo llamado erótico posee un veredicto positivo o favorable. Con las particularidades pertinentes, lo cierto es que, a lo largo del siglo anterior (y especialmente en las últimas décadas) se ha fomentado una idea de erotismo que entronca con el estudio de Nietzsche sobre lo apolíneo como base de las artes humanas. La contemplación extática por lo bello ha hecho que, sobre la fórmula mágica de la Kultur alemana, las obras de la Antigüedad tomen el cariz de eróticas por cuanto que el erotismo proviene, como producto de Eros, de la contemplación por lo Bello, lo que no sucede con lo llamado obsceno, que entra a formar parte de aquello que atenta, supuestamente, contra el arte y la Cultura con mayúsculas. El erotismo es obra del artista, del creador que refleja una idea pura del arte que no debe

ser corrompida por la llamada pornografía, descendiente de Voluptuosidad. Sin embargo, tal y como veremos pronto, esa muchacha (Voluptuosidad) sigue siendo hija de quien es, es decir, de Eros, por lo que lleva su misma sangre.

En Europa ha habido no pocos casos de choque entre ese supuesto buen orden moralista y ciertas obras trasgresoras, algunas de las cuales ya hemos mencionado antes, como el célebre poema de Baudelaire. Pero con el cine este impacto ha sido muy superior por cuanto que confronta, de forma simultánea, los prejuicios de muchos espectadores con la realidad de ciertas películas. Cuando se estrenó en el festival de Cannes la película japonesa de Nagisa Oshima El Imperio de los sentidos (1976), se produjo por toda Europa un gran revuelo, pues era la primera vez que muchos se enfrentaban a una obra que siendo, a juicio de tantos especialistas, un buen relato (esto es, tras aplicarle los criterios estéticos y supuestamente objetivos de los que hemos hablado en el anterior epígrafe), resultaba salpicada de escenas de sexo obvio. El occidental bienpensante no podía entender que una obra de arte cinematográfica pudiera hallarse «contaminada» por la sombra de la pornografía. Entonces, algo confusos, decidieron con rapidez transformar el concepto para convertirlo en erotismo. La dureza del deseo, lo llamaron, y de esa forma se salieron por la tangente sin tener que enfrentarse a sus propios prejuicios. De cualquier modo, el caso es que ya entonces regresó el dilema erotismo-pornografía, y es que la «crítica seria» tuvo que aceptar, aunque fuese a regañadientes, la evidencia de que un producto de valor artístico, o de cierto interés narrativo, puede tener a veces temáticas «obscenas». La obscenidad sexual dejó de ser, durante muy poco, el refugio marginado de mentes mórbidas y supuestamente deformes, de seres autocomplacientes e improductivos.

Películas posteriores como El último tango en París (1973) de Bernardo Bertolucci, o la cruda y visionaria Crash (1996), del canadiense David Cronenberg, han acentuado este dilema del sensualismo y la sordidez, ambos dentro del territorio del valor estético. El llamado cine X (que posee, como sabemos, esa clasificación fundamentalmente debida a que es lo innombrable, lo «desconocido», como la constante matemática, que permanece en la sombra) existe casi desde el nacimiento del cinematógrafo, pues es obvio que, desde el mismo instante en que un hombre se hizo con una cámara, y tuvo cerca a una o varias mujeres dispuestas a colaborar con su deseo (lo expreso en términos no morbosamente machistas sino aplicados a la realidad histórica de entonces, donde la mujer tenía mucho menos poder que ahora), o incluso de llamar a otros hombres para tal rodaje (nacimiento del cine llamado Gay), se constituyó en seguida un mundo entonces oscuro destinado al consumo clandestino de ciertas clases pudientes. Ya se sabe, por ejemplo, que el rey Alfonso XIII demandaba películas de este tipo para su propio uso y disfrute. El cine pornográfico, apoyado en los logros tecnológicos de una nueva industria (la del cinematógrafo) permaneció durante mucho tiempo recluido en las sombrías salas de consumidores no confesos, e incluso avergonzados por su pecaminosa conducta. Sin embargo, la llegada de Oshima y sus obras El imperio de los sentidos (1976) y El imperio de la pasión (1978), hicieron retorcer la idea clásica y pública de una pornografía encerrada tras los barrotes del Mal gusto.

La difusión extraordinaria de productos cuyo sentido, directo o incidental, se esconde en la estimulación erógena (o sensual, como a muchos gusta decir para tener limpia su conciencia) por medio de una serie de clichés preconcebidos, de los que luego nos ocuparemos, supone en el siglo XX toda una revolución para una industria, la del sexo, que en las últimas décadas ha tomado un poder e influencia formidables. El sector del ocio y el entretenimiento han incorporado a sus filas a un incómodo compañero llamado pornografía, un negocio boyante que cada año mueve miles de millones de euros, con empresas, americanas y europeas, que poseen casi tanto poder como muchos paupérrimos países de África, auténticos oligopolios que cotizan en Bolsa y que mantienen sus acciones por las nubes. Tras dos guerras mundiales que conformaron la estructura política del planeta, bajo el Imperio americano de EEUU, y ya asentados los Estados del Bienestar en Europa (aunque ahora presenten ciertas dificultades, entre otras cosas por la pujanza de China que, con su competencia feroz, ha hecho que países como Alemania reduzcan por el momento sus prestaciones sociales) se puede decir que solo hay dos negocios cuya rentabilidad permanece invariable, constante y próspera: uno es el negocio de pompas fúnebres, el otro el del sexo. La habitación roja, verdadera metáfora del carácter clandestino que durante tanto tiempo han tomado los productos asociados con la pornografía (o el erotismo, en su caso, pues en ciertos países es pornográfico que una mujer enseñe un pie desnudo, por ejemplo) se ha transformado, con el auge de los medios de comunicación y el imparable ascenso del torbellino tecnológico, en una zona abierta y sin fronteras a la que acceden millones de personas diariamente. El 80 % del contenido de Internet, verdadero y cósmico cajón de sastre de la Humanidad, es de naturaleza sexual y, en casi todos los casos, de carácter pornográfico en la medida en que se muestran infinitas imágenes, publicaciones y películas donde lo que prevalece es, básicamente, ver a uno, dos o más seres humanos haciendo sexo. La cota de malla de los pudores se ha disuelto en el ácido de un ámbito en el que cada cual puede exhibir lo que quiera, lo que nos ha demostrado, asimismo, lo mucho que quieren enseñar algunos cuando les permiten hacerlo. Naturalmente, este inmenso río de imágenes, caudaloso y en constante crecimiento, se desborda a veces ante la aparición de redes delictivas que trafican con videos y fotos hechas a niños. Un mundillo realmente sórdido que, a través de las acusaciones de proselitismo (sería, en efecto, el único caso que pudiese solaparse a la acepción de la Real academia de la Lengua española) ha manchado a otras partes de un negocio con las cuentas tan claras como cualquier otro. La prostitución, el narcotráfico, el abuso a niños, todo este rosario de infamias se achaca a la pornografía actual, al menos en la vertiente de ciertas acusaciones sin mucho fundamento, hechas por predicadores iluminados y por guardianes del buen orden.

Sin embargo, estas mismas acusaciones pueden plantearse también para un almacén chino de alpargatas que sirva de tapadera a negocios turbios relacionados con las mencionadas actividades delictivas, por lo que no es el carácter pornográfico de una industria (o su bondadoso reflejo erótico) lo que hace que se registren casos de pederastia, o de venta de droga. Se ha tendido a relacionar casos particulares con una industria en su conjunto de la que muchos, en su infinita hipocresía, echan pestes mientras siguen consumiendo de ella. En ningún caso, a excepción de las religiones, se materializa mejor el fenómeno de la falsa conciencia como con la pornografía. Por

supuesto, ha habido y hay quienes sencillamente la detestan, o quienes la reducen a un espectáculo bochornoso e indigno donde el hombre se convierte en una máquina automática, un juguete con atributos imposibles que se encuentra amenazado por la posibilidad de caer roto en cualquier instante. Pero todos esos críticos no hacen sino exhibir los mismos prejuicios que tienen los iluminados respecto a las consideraciones estéticas y el buen gusto. Muchos de los clichés de las novelitas eróticas francesas del siglo XIX tienen a doncellas que espían detrás de una puerta. Lo que hay tras la puerta no tiene significado si la doncella novelesca no se lo otorga, si no se perturba o excita ante la visión que la cerradura le ofrece. Podemos así aferrarnos a la palabra pornografía como si tratase de un producto de la actividad humana que, al quedar representado en revelación de imágenes (una película, un cuadro, un dibujo) o bien en evocaciones literarias, produce un estímulo erógeno cuya variación depende de quien observa o evoca tales escenas. Bajo ese plano definitorio, no son pornográficas las relaciones íntimas de una pareja, sino simplemente sexuales; tiene que existir, como sabemos, una intención interpretativa, o meramente descriptiva de ese mismo asunto, para que alcance el supuesto estatus de pornográfico: por eso la pornografía, como el erotismo, está relacionada con la intención y no con la mera práctica de unos hechos. Por eso, el llamado erotismo, como la pornografía, se ocupa de un aspecto esencial de la vida humana cuyo origen es, en su fondo, semejante al de las obras adscritas al género de terror o de comedia. Como hemos apuntado, ese voyeurismo (palabra francesa que explica bien el fenómeno) es el núcleo de la pornografía moderna, plagada y saturada de imágenes que suelen plasmarse en una pantalla de televisión o cine. El género erótico necesita, como cualquier otro género, de una complicidad entre el supuesto sentido de la obra y los esquemas mentales de quien la interpreta.

Ahora que los buenos puritanos, muy a su pesar, contemplan cómo es ya imposible recluir a esta industria en una simbólica habitación roja, se abalanzan contra ella acusándola de machista, de tener a la mujer como un mero objeto. Lo cierto es que, en no pocas ocasiones, tienen razón a la hora de darle semejante apelativo, ya que la mujer no controla sino una parte minúscula del negocio (aunque con las salvedades de ciertas actrices americanas y europeas, ya millonarias) y muchas veces es, encima, supuestamente «usada» por los hombres que manejan los resortes de dicha industria. Pero con eso no se está sino atacando a un modelo cuya relativa y supuesta verdad genérica no consume el hecho de que no por pornográfica ha de ser machista una obra, pues también existen ejemplos de mujeres, como la célebre escritora Anaïs Nin, que han hecho erotismo «obsceno», y sin embargo nadie las ha acusado de feministas o, si lo han hecho, no es con un negro deje inquisidor. Si el sistema social es machista (también debemos ver cuál sistema en concreto, con sus particularidades) entonces hay que aplicar esa misma valoración a cualquier otro género de actividad humana, y no solo a las industrias del porno. Es esa estructura y su funcionamiento, por medio del control de aparatos de poder gubernamentales, principalmente, la que se apodera de las empresas y no al contrario, por lo que la industria del sexo es solo un ejemplo de sus efectos y no la causa misma. También es machista Hollywood al pagarle, por lo común, mucho menos a sus actrices que a los actores, y sin embargo nadie suele decir que la mayoría de asuntos y temas abordados en las películas americanas -a excepción de obras como Las horas (2002), por ejemplo- tienen a hombres como protagonistas. Claro que eso no interesa, o si lo

hace es siempre bajo la condescendiente mirada de quien juzga un asunto que, después de todo, se repite en todas partes. Y es que nos referimos al doble rasero con el que se marcan juicios morales cuando algo encaja, o no, en el rígido modelo de algunas mentes puritanas.

Lo que pasa es que cuando ese machismo se aplica a los contenidos explícitos del sexo, enseguida se convierte en degradación femenina. No dudamos, insisto, que haya, como las hay, interpretaciones machistas que convierten a la mujer en el objeto de deseo del hombre. Pero precisamente en eso se basa, en gran medida, una parte del erotismo, que es el que concibe dicho hombre: ¿por razón de qué argumento se puede decir que ese erotismo masculino es peor que el realizado por las mujeres? Existen obras maestras del género que han sido creadas por la sensibilidad masculina, que es, por cierto, una de esas cosas en las que muchos idiotas no creen de ningún modo, pues tienden a caricaturizar al macho humano y a reducirlo a la condición de primate en celo con instintos básicos, inútil para sutilezas. Por otra parte, el erotismo femenino también utiliza al hombre como objeto de su deseo, pues no de otra forma se puede entender dicho erotismo. Según un estudio científico, entre las fantasías eróticas más frecuentes, tanto de hombres como mujeres, se encuentra la de tener ciertas aventuras con extraños, por ejemplo, algo muy común a ambos sexos. Una y otra visión, masculina y femenina, completan el conjunto de la compleja sexualidad humana, de manera que hacer distinciones y jerarquías entorno a las cuales, no se sabe bien por qué, ensalzar un erotismo por encima del otro, no es sino ver solo un lado de los dos existentes. No digamos ya cuando las feministas actuales acusan al hombre (ahí es nada, como un ente genérico) de «segmentar» a la mujer en partes por medio del fetichismo, un asunto del que también se ha hablado y escrito mucho, y que tiene a Freud como a uno de sus mayores estudiosos. No obstante, pronto se descubre que las mujeres tienen también sus fantasías, y que si el fetichismo no está supuestamente tan arraigado en ellas no es sino por causas sociales y culturales, y nunca biológicas o psicológicas: nosotros consideramos, a este respecto, que tanto hombres como mujeres se centran en detalles, más o menos sutiles, respecto del otro sexo, pues es evidente que nadie imagina a nadie usando criterios amorfos, abstractos, o empleando formas místicas como las que usa San Juan de la Cruz a la hora de describir a su Amado: Llama de amor viva, las montañas, las ínsulas extrañas, los valles, los ríos nemorosos... . todos esos simbolismos poseen una profundidad sensual enorme de la que artísticamente no dudamos, pero no reducen la cuestión de base. Si muchas mujeres controlasen la industria del sexo, es muy posible que usaran hoy su propia sensibilidad, su propia visión, su propia forma de ver las cosas (influida, asimismo, por la sociedad y el modelo político establecido), la cual no es ni mejor ni peor que la usada por los varones. Pero también, sin duda, pronto aplicarían ellas los objetos de sus fantasías propias, teniendo, por lo común, al hombre como objeto de su deseo.

Desde ciertas instancias, puritanas, feministas o simplemente demagogas, existen muchos reproches hacia la pornografía masculina. Acusaciones despectivas como la de la neo feminista Shere Hite, al establecer que, en base a los clichés y al modelo de mujer-objeto que vende la industria del entretenimiento erótico, la pornografía difunde una enseñanza perniciosa, me recuerdan a las de aquellos que consideran que el mundo de los videojuegos de acción convierte a sus hijos en

asesinos en potencia. Pero con esto, lejos de acercarnos a la realidad, estos demagogos no hacen sino alejarnos de ella, pues, para el caso de los videjuegos (a los que, por cierto, también acusan de machistas) la vida que tratan de enseñar a los niños es muy distinta de la realidad con la que han de enfrentarse. Cuando se acusa a una película de violenta, no se está sino describiendo un fenómeno al que, en seguida, se le otorga una clasificación moral: la violencia es mala, dicen los pedagogos de hoy en día. Y, no obstante, ninguno de esos que critican la violencia de la pornografía hace lo propio a la hora de poner a sus hijos frente a un televisor repleto de imágenes truculentas, propias de cada telediario. Habrá que definir antes qué entienden ellos por violencia, y en tal caso, si ésta ha de ser calificada con designaciones morales de buena o mala (la buena violencia, la mala) cuando lo cierto es que cada acto del ser humano está presidido por esa misma cualidad básica, explícita o implícita, pero realmente existente en cada uno de nuestros actos. Respecto a otra famosa acusación, la de que el cine pornográfico no es un género, o que en todo caso no es sino un repertorio de documentales escenificados sin trama ni valor artístico alguno, de nuevo volvemos al ejemplo de directores como Nagisa Oshima, que han revolucionado ese timorato prejuicio de que cada vez que surgen órganos genitales en funcionamiento, esa obra es deleznable. Acusan a la pornografía de utilitarista, de onanismo visual, de estar construida entorno a clichés predefinidos: y sin embargo, quienes la acusan de esto no suelen decir que, como todo género (literario, pictórico, cinematográfico) la pornografía se ciñe rigurosamente a sus propios esquemas. Es como si acusamos al género del western de repetitivo y previsible, cuando lo cierto es que no hay película donde no salga un Saloon, un cuatrero, un horizonte de montañas agujereadas y moduladas por la erosión del desierto. Y es que cuando aplicamos el mismo criterio del western al del cine erótico, por ejemplo, nos damos cuenta de que este cine utiliza resortes semejantes: en lugar de un Saloon suele haber una cama, en vez de un cuatrero lo que existe es un personaje fogoso (quizás el clásico hombre del butano, figura ad hoc pero necesaria), en lugar de un horizonte de montañas aparece un dormitorio. Quien afirma categóricamente que el cine porno no es un género, y por tanto, que no puede haber en él obras de interés artístico, debe considerar que la aplicación de los clichés de la novelita francesa decimonónica es la misma, por ejemplo, que para el caso de la Ciencia ficción, que, con sus particularidades, presenta siempre mundos futuros, androides, y naves galácticas: ¿por qué no dicen que ésos tampoco son géneros?

En consecuencia, ni un producto humano de naturaleza pornográfica es machista por el hecho de ser pornográfico (Anaïs Nin es un ejemplo de ello, aunque también hay una larga ristra de mujeres que usan el erotismo en sus obras, como la libertina escritora inglesa Aphra Behn), ni el cine ni la literatura «obscenos» dejan de ser un género, tan respetable como cualquier otro. Y si existen productos realmente utilitaristas, habría que definir también qué entienden los timoratos por tal cosa, pues dicho concepto económico que, tiene en el estudio de la Utilidad marginal su máximo hito, es igualmente aplicable a cualquier otro aspecto. Si uno lee una novela con la intención de entretenerse, y si dicho libro consigue ese resultado, entonces, con independencia de posibles valores artísticos, la tal obra posee un carácter utilitarista. La utilidad marginal, que es la utilidad adicional que un consumidor obtiene por cada unidad añadida de producto que consume, se adapta con perfecta simetría, de la

misma forma para una obra de suspense (otro género establecido) que para una erótica.

Desde que el hombre ha concebido un universo simbólico entorno a su propia sexualidad, la función simplemente reproductora ha pasado a un segundo plano, encontrando en el sexo la manera idónea de conseguir un bienestar físico. Naturalmente, este deseo, adaptado a las condiciones actuales de la era moderna, y cuando en el primer mundo se dispone de toda clase de objetos del mercado pletórico, se ha metamorfoseado en obsesión auténtica sobre la cual reposa la vida cotidiana de muchos individuos. Las clases de terapia sexual, las «conversiones» de la mística hindú, despojadas de su sustrato ideológico y centradas, cómo no, en el centro gravitatorio del orgasmo, han pasado a ser el pan nuestro de cada día. Un mercado que impone formas y modelos, pero de los que la pornografía no es el verdugo o culpable sino una más de sus numerosas victimas. Los programas de educación sexual también juegan ahora, como hace algunos años lo hicieron capitaneados por la señora Elena Ochoa (hoy, Elena Foster, esposa del famoso arquitecto del high-tech) una importancia grande en los programas televisivos de varias cadenas españolas, entre los que destaca, sin duda, la presencia casi inevitable de la sexóloga Lorena Verdún, una joven con cara de niña empollona, propia de las alumnas distraídas aunque formales que, durante clase de matemáticas, piensan en la foto de un pene vista en el recreo. No obstante, como sucede con las esterilizadas enseñanzas del Tantra, las clases de sexo no son, generalmente, sino reclamos de audiencia en las cuales, por medio de un atroz banalismo, se cuentan anécdotas sobre campeonas del orgasmo, erecciones a media asta o sobre vibradores supersónicos.

Otro aspecto de interés unido al satanizado mundo de la pornografía erótica es el de la publicidad, que también es un negocio que mueve mucho, mucho dinero, y que hoy gravita entorno a los reclamos, más o menos suaves, del deseo físico y sus encantos. Si quieren vendernos un coche, nos meten dentro una chica bonita, si nos ofrecen un perfume de mujeres, aparece un macho musculoso y afeitado, medio desnudo... .Y es que está demostrado que el sexo, no solo vende, sino que incita al consumo por medio de excusas a veces difícilmente explicables. Tanto es así que podemos decir, a estas alturas, que uno de los engranajes más efectivos del mercado pletórico se encuentra en el erotismo. Es más: usando los mismos resortes de la pornografía (la misma incitación, los mismos clichés) marcas tan prestigiosas como Coca Cola (y su anuncio del machito sudoroso de la construcción que es observado por un grupo de secretarias libidinosas), Alpha Romeo o Channel (aquel anuncio de aquella apetitosa caperucita roja de piernas largas), se sirven de modelos y formas de los que luego, muchos admiradores de estas imágenes, reniegan al verlos trasladados a una obra con propósito erógeno. Y sin embargo, como ya hemos repetido, la pornografía actual no es la culpable de ninguna situación creada sino la consecuencia de algo cuya causa permanece, en ocasiones, muy oculta. Los iluminados de espíritu que, una y otra vez, reniegan del erotismo porno al considerarlo degenerado, dicen toda clase de maravillas sobre esos anuncios en los que el producto del mercado pletórico se confunde con el cebo sexual: la chica con el coche, el hombretón con el perfume, etc. De nuevo la falsa conciencia planea sobre esta sociedad conformista y autocomplaciente. La estructura, el mecanismo de captación hacia un «objeto» (ya sea un video casero, un coche o una lata de refresco) es idéntico al empleado por ese

sector «perverso» del erotismo pornográfico. Se acusa a la pornografía de vivir solo en base a reglas anquilosadas de conducta, a esos clichés según los cuales no hay espacio para mentes imaginativas, pero luego, curiosamente, no se dice lo mismo sobre el inmenso planetario de imágenes sexuales cuya finalidad es, en su fondo, mucho menos honesta que la del género llamado pornográfico, pues en el primer caso se emplean artimañas de estímulos y respuestas para atraer a un consumidor en potencia hacia un producto que no tiene relación alguna con el cebo que lo hace atractivo, mientras que con el porno (ya sea, en forma de películas, revistas, fotografías, fotonovelas, cuadros, etc) lo que existe es una transparencia razonable en cuanto a lo que se persigue y lo que se alcanza.

Por tanto, ya que hemos demostrado que el erotismo pornográfico es un género como cualquier otro, incluso desde ese reconocimiento muchos se resisten a aplicarle los mismos calificativos que a cualquier otra obra de ficción. No obstante, los ejemplos de obras narrativas cubiertas por el supuesto velo degradante de la «cruda» representación visual de sexos y coitos (llamémoslos así, por ser finos) son muchos, y se pueden hallar, sin ir muy lejos, en los casos clásicos de la literatura. El compendio de cuentos y narraciones orientales (y no solo musulmanas) de Las Mil y Una Noches, es una punta de lanza medieval con la que atravesar la conciencia retrógrada de estos censores de palabra, cuando no de actos. Leamos, si no, este pasaje del cuento Historia del rey Umar al- Numán y de sus dos hijos Sarkán y Daw al-Makán: «Al día siguiente la esclava Marchana se acercó a su señora y le lavó la cara, las manos y los pies. Después llevó agua de rosas y le lavó la cara y la boca. Entonces la reina Ibriza tosió, vomitó el narcótico y sacó de su estómago un pedazo como si fuese una píldora. Lavó de nuevo la boca y las manos y preguntó a Marchana: «Dime, ¿qué me ha ocurrido?» Le refirió que la habían encontrado tendida sobre la espalda, con la sangre corriendo entre los muslos. Así se dio cuenta la reina de que el rey Umar la había poseído y se había unido a ella gracias a una estratagema.»

¿No les parece a estos seres inquisitoriales que los resultados de la violación de la reina del cuento alcanzan una supuesta falta de pudores muy visible, bien propia de la pornografía? Pero si esto no les convence, lean nuevas descripciones de otros relatos de este gigantesco mosaico narrativo: «Al verme sonrió, me cogió entre sus brazos y me estrechó contra su pecho. Puso su boca en la mía y me chupó la lengua. Yo hice lo mismo.»

O bien, para entrar en calor:

«Cuando el genio la vio, dijo:

- ¡Oh, señora de las sederías, a quien rapté en la noche de bodas! Quiero dormir un poco.

A continuación, el genio apoyó la cabeza en las rodillas de la muchacha y se durmió. Ella levantó entonces la cabeza del genio de encima de sus rodillas, la dejó en el suelo, se plantó debajo del árbol y les dijo por señas:

- ¡Bajad! ¡No temáis a ese efrit!

- ¡No, Dios nos proteja! ¡Dispénsanos!

- ¡Os lo digo: o bajáis o despierto al efrit en perjuicio vuestro, ya que os matará de mala manera!

Estas palabras les atemorizaron y descendieron. La joven se plantó delante de ellos y les dijo:

- Alanceadme con un potente lanzazo; si no lo hacéis, despertaré al efrit y lo instigaré contra vosotros.»

Esta última historia (curiosamente, la primera de esta obra) sobre un genio maravilloso que viaja con un baúl en cuyo interior esconde a una ninfómana a quien le gusta chantajear a otros hombres para que se revuelquen con ella, no es sino el relato clásico del que se nutre el género de ficción erótica, y en donde una jovencita de apariencia recatada (de nuevo la virtud como enseña o estandarte) resulta ser un putón verbenero que engaña siempre a su propio marido: uno de los clichés predilectos del cine y la literatura pornográfica, llena de situaciones comunes que afrontan excusas con las que proyectar los estímulos adecuados. Por otra parte, haciendo un breve repaso, podemos asegurar que la literatura, como forma de expresión artística, nos ha dejado la obra erótica de muchos autores, como los irreverentes latinos o los poetas sufíes y su mística sensualista. En el ámbito de las religiones cristianas también hay ejemplos bastante insignes. Del siglo VII d.c. tenemos poetas como Strabon, Sedulio Scoto o Agatías (éste último famoso por ese compendio de poemas amorosos titulado Dafníaca). En el siglo XI aparece Baudril de Bourgueil, con un poema tan sensual como ambiguo:

Me achacan también que, hablando cual los jóvenes hablan,

escriba versos a muchachas y muchachos.

He escrito, sí, varias cosas donde amor es el tema,

y a mis versos les gusta el uno y otro sexo.

Del siglo XII destaca Hilario, autor de dudosa procedencia aunque supuestamente inglés, y en cuya obra anuncia a los goliardos. Y así podemos pasearnos por el medievo dejando constancia de una expresión, que modulada por los versos latinos, se halla constante en cada tierra, en cada régimen, en cada reinado. Una evocación que, partiendo de la lírica de lo idealizado, conduce inevitablemente hasta el refugio de una promesa hacia los placeres carnales. Leamos, si no, lo que dejó escrito el obispo de Rennes, Marbod (1035-1123) y que alumbra el hecho de que, pronto, como ya antes había dejado claro Platón en el Fedro, la Idea (lo que para nosotros toma la envoltura de instintos primarios) toma fuerza bajo la supuesta apariencia del deseo físico:

Loca erraba mi mente, presa de ardor de placeres...

¿No amé por ventura a ellos o a ellas más que a mis ojos?

Pero ahora, alado niño, autor de amor, queda fuera,

y lugar para ti, Citerea, no la haya en mi casa

Los brazos de un sexo y del otro ya no me deleitan.

Como expone Harold Alvarado Tenorio en su artículo Poesía y erotismo en la edad de la fe, son muchos los testimonios de obras eróticas en una época marcada por el imperio absoluto de la Iglesia. Sobre la estela de narraciones orientales de Las Mil y Una Noches, El Decamerón (1349-1351) es un hito en la literatura de Occidente. Esta obra marca un punto y aparte en la tradición e insufla una influencia

que atraviesa años y revoluciones: desde Juliette, o las prosperidades del vicio, de Sade, pasando por el erotismo velado y romántico de Madame Bovary, Ana Karenina o Historia del ojo, hasta ciertas novelitas modernas como Delta de Venus, de Anaïs Nin. Pero quizás sea Sade, el «divino» marqués, quien encarna mejor la figura de esa sombra tenebrosa de la virtud a la que ataca desde todos los frentes, constituyendo, no solo una cumbre del mejor erotismo, sino el establecimiento de unas Ideas que golpean muy fuerte al optimismo de Leibnz, por ejemplo, algo de lo que ya toma nota el propio Volteaire en su Cándido, aunque con otro enfoque: y es que Sade, como Voltaire, se nutre del pensamiento cervantino de que el mundo es como es y no como les gustaría a algunos que fuese. La lucha de la virtud de Justine contra las tentaciones del vicio recuerda, poderosamente, a esa confrontación quijotesca entre la virtud caballeresca y la falta de principios de un mundo corrupto e imperfecto. Ponemos un ejemplo de su novela Historia de Juliette, que es donde puede verse mejor lo que hablamos sobre esos infortunios de la virtud maltrecha:

> «Durante esta inteligente exposición, Mme. de Norceuil y los muchachos se habían dormido.
>
> - ¡Qué imbéciles son estos seres –Dice Norceuil–; son las máquinas de nuestras voluptuosidades, y eso es demasiado poco para sentir nada. Tu espíritu más sutil me capta, me entiende, me adivina; Juliette, lo veo, amas el mal.»

En otro orden, en el opuesto, podemos decir que, bajo la fe cristiana y su dedicación a la «virtud» religiosa, en nuestra propia literatura tenemos el ejemplo sublime de San Juan de la Cruz, que usando toda clase de metáforas sensuales, y sobre la cima de la poesía erótica sufí, no hace sino establecer una gran mística del erotismo. Caso particular y casi único que confirma el hecho de que, a veces, los extremos, como puntas de una herradura, tienden a tocarse. El uso reiterado de imágenes con una vocación inefable (el Amado, experiencia extra sensorial) se apoya en la contradicción visible de escenas y objetos que en obras como Cántico espiritual (obra inspirada en esa cima del erotismo que es el Cantar de los cantares bíblico) no hacen sino ejercer la presencia de un fetiche. Veamos, si no, este fragmento de dicho Cántico:

> «Gocémonos, Amado,
>
> Y vámonos a ver en tu hermosura
>
> Al monte o al collado
>
> Do mana el agua pura;
>
> Entremos más adentro en la espesura»
>
> En esta obra maestra, una vez acallada la pasión, Juan describe sin tapujos la feliz melancolía que flota tras la fogosidad de un encuentro con resonancias eróticas:
>
> «Que nadie lo miraba,
>
> Aminadab tampoco parecía,
>
> Y el cerco sosegaba,
>
> Y la caballería
>
> A vista de las aguas descendía.»

Los simbolismos repetidos degeneran y se transforman en tópicos inevitables, en situaciones comunes. Cuando en un género se abusa de recursos manidos, de círculos viciosos, acaba pareciendo una mera deformación de sí mismo, de sus fines o sus posibilidades. Pero, en el erotismo, como muestra el poeta español, los tópicos no pertenecen sino a quienes los emplean, y no a todo un género. Podríamos seguir colocando ejemplos de esos llamados clichés de la pornografía erótica en obras que hoy gozan de la mayor de las reputaciones. Un caso es el Ulises de James Joyce, con ese pasaje erógeno de la descripción del sexo de una joven que mantiene las piernas abiertas en una playa irlandesa, aunque, claro, ¿quién puede acusar de sórdida a esta obra encumbrada por la crítica de todas las generaciones, incluso por aquellos que no conocen ni comprenden el experimento modernista? ¿Y quién no deja de reconocer en el marqués de Sade a un buen escritor, un clásico de la literatura erótica, cuando sus obras, y en concreto Justine, presentan pasajes claramente obscenos (al menos en la mente de quienes los juzgan de tal modo)? ¿Es que no hay pornografía en Trópico de Capricornio, en Ada o el ardor, en El amante, en un largo etcétera a los que la crítica, de nuevo, y bajo las ideas sublimes de la Cultura, ha otorgado la clasificación de obras inmortales? Si de hecho existe esa obscenidad de contenidos, ¿puede decirse que ésta es, o puede ser erótica? ¿Es lo obsceno erótico o, a fin de cuentas, puede llegar a serlo? La respuesta entonces a la pregunta qué es el erotismo se apoya en su reflejo temible: erotismo es, sin duda, la pornografía del otro, de ese otro que estima como degradante algo cuyo sentido cambia según numerosos factores.

4. La pornografía del mercado pletórico

El cine nos hace volver a la fórmula literaria de la doncella que espía tras la puerta. La cámara es hoy la cerradura, nosotros la doncella. La compenetración entre las imágenes reveladas y el espectador que, no solo las recibe sino también las interpreta (como ya apuntamos antes), hace que cada ojo receptor adopte la categoría del mirón, del voyeur afrancesado. Podemos mirar y asomarnos por la pantalla (como muestra Cronenberg en su Videodrome) y no importa lo que veamos: lo importante es que lo estamos viendo, que las imágenes están siendo procesadas en nuestro cerebro y que, de alguna forma, algunas de ellas poseen un poder específico que nos afecta en mayor o menor medida. A través de la cerradura de la puerta (1900) es una obra pionera en ese sentido, como también lo es El amor a todas las edades, de Lucien Norguet (1902), muestra de tempranero cine erótico. Pero, como apunta Francisco Campa en un artículo sobre este tema, quizás la película primigenia del erotismo cinematográfico sea El beso, de 1896, un año después de que los hermanos Lumiére mostrasen su máquina de las maravillas en un Café de reputación dudosa. Es en El beso donde aparece por primera vez una manifestación amorosa y explícita entre una mujer y un hombre, algo escandaloso para el buen recato de muchos. Por supuesto, para nosotros las supuestas perversiones, el erotismo o lo pecaminoso no están tanto en la simbólica cerradura (la lente de una cámara) como en el ojo que mira a través de ella, pues a veces se tiende a confundir ambas miradas cuando ambas son distintas. Es obvio que el cine parte de una cierta actitud, algo que han dejado patente autores como Dziga Vertov, Luis Buñuel o Alfred Hitchcock. Pero, en el fondo, en la vida no ofende aquel que quiere hacerlo, sino quien toma como objeto de su ofensa a los que, bajo ciertas condiciones, han de ofenderse. Como en esos carteles,

formulados en grandes rótulos parpadeantes, en los que se alerta sobre lo mucho que se puede herir la sensibilidad de uno ante ciertas imágenes, lo cierto es que quien desea asomarse por la cerradura de la puerta está tomando una posición de partida de no menor calibre que la de quien hizo la obra en concreto. Luego, se puede ofender por medio del visionado de una película, en la que se encuentren cosas que puedan desagradar a cualquiera de los mirones pero, ya de partida, el que mira ha tomado una posición muy clara, propia de ese voyeur curioso que se asoma ante la excitante posibilidad que le ofrece lo que pueda ser desconocido, o aquello que viene a atraerle. El sentido verdadero de la obra no se «materializa» sino hasta cuando el espectador recibe, ya en su propia mente, la secuencia de dicho trabajo rodado o escrito. De la misma forma, un libro no es erótico (ni sentimental, ni cómico ni existencialista) sino hasta el momento en que quien lo lee percibe la intención de su autor, la cual no ha de ser exactamente la misma en uno y otro individuo, pues el erotismo visual de Rita Hayworth en Gilda (1946) varía según el «ojo» que lo valora. La intención, tan necesaria en la pornografía como en el erotismo (separando ambas por el momento) es imprescindible, pero también se hace inevitable que haya un receptor que interprete la obra. Un libro no es más que un objeto, una cosa material cuyo supuesto fin puede ser el que sea, pero que no cobra su fuerza, su propósito revelado, si no hasta cuando alguien lo abre y comienza a leerlo.

Sobre este asunto habla Carmen Peña-Ardid en su libro Literatura y cine (Editorial Cátedra, Signo e imagen) donde estudia a conciencia las cualidades del cinematógrafo: «Recordemos, a este propósito, la interesante reflexión que hizo Roland Barthes - a partir de algunos fotogramas aislados de los films de Eisenstein - entorno a lo que llama el «sentido obtuso» de la imagen. Dicho sentido, más allá del sentido obvio y de los simbolismos que éste implica, será definido como un «significante sin significado», puesto que no se puede describir al quedar «fuera del lenguaje (articulado), pero, sin embargo, en el interior de la interlocución». Estemos o no de acuerdo con Barthes cuando localiza aquí la esencia de lo fílmico, lo cierto es que la imagen y la cadena de imágenes del film producen un suplemento de significación que trasciende su mera representatividad e, incluso, su función en la estructura del relato

¿En qué medida capta el espectador este «sentido obtuso» tan difícilmente verbalizable en principio? Dependerá quizá de su competencia, de su formación, de lo «evidente» que lo haga el film. Pero, en cualquier caso, hay que contar con ello antes de situar la imagen «analógica» por debajo de la potencia significativa de la palabra (pensemos, además, que no han faltado escritores que hayan aplicado, en su recreación de motivos filmicos, a intentar «describir» o parafrasear esos «sentidos obtusos» más o menos como hace el propio Barthes recurriendo al modelo del haiku japonés)» Captar el sentido de las imágenes viene así determinado por la formación y conocimiento de quienes las procesan in situ, que es a lo que acabamos de referirnos antes, y de lo que también habla Peña-Ardid respecto a los iconos. La designación del «sentido obtuso» de la imagen nos sirve ahora para encajarla en nuestro razonamiento sobre la implicación activa del individuo que ve una película o lee un libro. Umberto Eco también hace alusión a ese hecho de la imagen muda, la cual, como tantas veces suele decirse, no es tan «elocuente» frente a mil palabras (esa estupidez de «una imagen vale por mil palabras»). Y es que para Eco la prueba evidente de que el signo

icónico no es siempre tan incontestable (tan explícito en su contenido con solo observarlo) es que va muchas veces acompañado por textos alusivos: «incluso cuando se lo puede reconocer aparece cargado de una cierta ambigüedad - nos dice el señor Eco- siempre denota con más facilidad lo universal que lo particular... por ello, en las comunicaciones que apuntan a la precisión referencial, necesita ser anclado por un texto verbal». Prueba necesaria de lo que apuntamos, y a lo que se refiere el ilustre semiólogo, y es que esa naturaleza visual no habla tantas veces por sí misma como muchos pretenden hacernos creer: ¿qué habla por sí misma, la imagen o el supuesto símbolo que la representa? ¿No será más bien la cualidad y percepción de quien la juzga y analiza la que otorgue rangos establecidos a dicha imagen? Fuera de la intención del director o escritor ¿es que no existe una atribución de «significados», de simbologías? Parece razonable que así es.

Entonces, sobre estos cimientos, podemos suponer que existen más que sólidas razones para desintegrar, de una vez por todas, esa falacia de que el cine porno «habla por sí solo», como si quienes afirman esto no quisieran concluir cualquier conato de polémica respecto a ese mismo hecho, es decir, respecto a ese aspecto relativo de lo que habla por sí solo. Pero nada habla por sí solo si no hay una interpretación que comprenda ese supuesto lenguaje de significados. Decir que la Las meninas de Velázquez es un cuadro que habla por sí solo no es decir prácticamente nada. Y además, en el espacio del arte, ¿Quién puede atribuirse la función universal de catalizador estético? ¿Quién dice eso de «esta obra habla por sí misma»? La realidad es que se trata de otra artimaña, tan bien urdida como la de la asociación de lo obsceno a lo pornográfico, ya que es un modo de zanjar cualquier posible opinión contraria sobre imágenes reveladas cuyo significado es, para ellos, universal e independiente, no ya de quienes las vean, sino de las épocas en donde se sitúen.

Por eso, muchos de esta escuela del puritanismo hipócrita dicen: «es que esas imágenes son asquerosas, lo dicen todo de la película» Bien, a estos argumentos falaces habría que replicar con lo siguiente: lo dicen todo para usted, no me cabe duda, pero no para un improbable ente cósmico ni para cualquier individuo con independencia de su formación u origen. Esta generalización, consistente en pasar de lo particular a lo genérico es muy propia de ese tipo de personas. No digamos ya si hablamos de los centros de poder en cuyos mensajes se esconden razones ocultas y manipuladoras. Pero está claro que quienes hablan en esos términos no hacen valoraciones estéticas sino dogmáticas, procedentes de mil causas que no se hallan en si la película es «bonita» o «fea», sino si se adapta o no a las normativas que ciertos centros de influencia les han inculcado a ellos desde la tierna infancia, casi desde que una «mano invisible» (al buen estilo de Adam Smith) iba meciendo sus propias cunas.

En su estudio El porno no ha alcanzado su edad de oro, Raymond Lefevre procuró hacer una separación figurada entre lo erótico y lo pornográfico. Para ello se basó en su teoría de la «estética del close up», y según la cual, supuestamente, mientras el cine erótico hace gala del elegante plano medio, el porno cinematográfico se centra solo en un primer plano cerrado cuyo objeto son los genitales. Dicho plano supone una revelación severa de lo que apenas se intuye en el plano medio. Según Lefevre, el cine porno destruye el misterio de un erotismo encadenado por puritanos y mentes retrógradas. Personalmente, considero que esta apreciación de orden

estilístico (erotismo = plano medio, pornografía = primer plano revelado) no es sino una descripción particular que no consume la naturaleza de ambos géneros, supuestamente diferenciados por la posición de la cámara. Pues, si se mira bien de cerca, los argumentos de Lefevre no son ciertos en la medida en que la pornografía no presupone una dedicación única y obsesiva a ese primer plano de los mecanismos sexuales humanos, ya que volvemos de nuevo al problema que se planteó al principio: la dificultad extrema en hacer separaciones, no ya entre un género u otro (en apariencia dos géneros diferentes) sino entre ambas naturalezas; el problema de ver si, en efecto, lo erótico no puede ser pornográfico y viceversa. De manera que esa alegre matización de «estilos» (el pornógrafo es, bajo esa inopinada teoría de Raymond, un miope frente a la amplitud de campo visual del erotómano) no es sino teórica, aparente, ya que nos conduce a la certeza absoluta de que, no solo en algunas partes lo erótico es pornográfico, sino que algo puede ser pornográfico y erótico al mismo tiempo, coexistiendo su finalidad erógena y su condición de imágenes reveladas.

¿Quién dice que la revelación de la imagen ha de ser por fuerza empobrecedora? ¿No es esto un juicio estético de quien lo afirma con tanta seguridad? Porque lo cierto es que hemos demostrado que una obra puede ser erótica en el sentido en que transmita una sensualidad (si nos adaptamos, aunque sea un segundo, a esa nebulosa puritana de quienes entienden erotismo como algo bello pero que no causa excitación alguna) teniendo dentro de dicho sensualismo contenidos e «imágenes» de sexo explícito que se adentran en el maldito campo de lo obsceno. La ocultación no tiene por qué ser erótica, ni tampoco la pornografía es obscena si bajo ciertas estructuras sociales encaja dentro de aquello que mantiene el pudor y no ofende a las tradiciones y leyes. Por eso, ya de antemano, antes de sumergirnos un poco en la Historia del cine X moderno, habría que decir que lo que muchos se esfuerzan en separar no se encuentra tanto en las raíces de ambos conceptos como en la disposición reguladora, dogmática o cargada de prejuicios de los censuradores.

Cine X y cine erótico se entremezclan tanto que, realmente, para ciertos eruditos en la materia, se hace muchas veces imposible distinguirlos a uno del otro, tal vez porque juntos forman un solo cuerpo creativo del que no se ha hablado aún demasiado y cuya consecuencia directa es, sin duda, la demolición de los antiguos términos bajo el reemplazo de alguno nuevo que defina con mayor exactitud lo que se pretende. Sin embargo, es muy posible que también entonces no hubiera acuerdos generales por la sencilla razón de que estamos hablando de un cine cuyo eje es la sexualidad humana, y que, por tanto, se halla condicionado a la «cultura» de cada Estado de origen. Por centrarnos en el tema que nos compete, desde que el cine X occidental adquirió un cierto perfil maduro con la exhibición de películas rodadas en 35 mm y en salas grandes, el panorama ha cambiado de muy diversas formas. Los largometrajes de los 70 son ejercicios de entretenimiento con guiones con vocación narradora, y en los que el erotismo se superpone hábilmente a la trama. Tras la puerta verde (1972) es un ejemplo significativo de cine porno que, flotando siempre entorno al centro magnético de los encuentros sexuales, posee una cierta finalidad artística.

Algunos críticos sesudos tienden a decir que, por aquella época (antes del la primera crisis del petróleo), aún bajo los restos residuales de la era Hippy y la psicodelia narcotizada, se elaboraron un buen puñado de obras clásicas del género

erótico, vertebradas, casi exclusivamente, bajo la excusa de la excitación erógena. Bajo los mismos principios sublimes de la Cultura mitológica, se quiso creer (como aún se cree actualmente) que solo las obras hechas en 35 mm y exhibidas en salas de arte y ensayo podían aspirar al rango artístico. No obstante, como ya hemos apuntado, la trayectoria de esta clase de cine no pudo ser sino diametralmente opuesta a la de dichos prejuicios y consideraciones. Desde la ya clásica Garganta Profunda (1972) hasta los clónicos subproductos del video doméstico que se vuelcan continuamente sobre la pantalla de Internet, los cambios de la industria del sexo han sido enormes. Y es que, ante los menores costes en el rodaje de películas de baja o nula calidad, los productores decidieron un cambio de estrategia, optando por los espacios confortables de los videoclubs, a los que acudían los clientes secretos y camuflados de estas películas, que en cada visita alquilaban, por ejemplo, y como quien no quiere la cosa, Las aventuras del pato Lucas, E.T. el extraterrestre y, debajo de todas las anteriores, formando una pila sobre el mostrador del negocio, Sandy la ninfómana.

Hacia los años 80 el cine erótico pornográfico se difunde en cantidad de millares de películas al año: a partir de entonces, y más que nunca, el género se adapta sin complejos a su condición de marginalidad fingida, pues es evidente que, aunque nadie ve una porno (todo el mundo niega hacerlo) las cuentas de resultados de las mayores productoras se van incrementando de forma vertiginosa. El consumo es tan masivo como silencioso, y no se ha parado en ningún momento. EEUU es el país donde se ejerce con mayor elasticidad la falsa conciencia del puritanismo hipócrita, capaz de poner el grito en el cielo porque la cantante Janet Jackson enseñe una teta, y la vez ser uno de los mayores productores de esa misma pornografía que tantos repudian. En las últimas elecciones a gobernador de California, una actriz porno llamada Mary Carey, de la productora Kick Ass, se presentó como candidata competidora de Arnold, el favorito, y lo cierto es que no sacó malos resultados después de todo. Si la votaron es porque muchos la conocían, suponemos, y si en sus campañas electorales la rubia y siliconizada Mary aparece enseñando una camisa ajustada, casi desbordada por sus propios atributos, es porque el reclamo de los anuncios televisivos se aplica de igual forma a la promesa de un buen gobierno: un buen gobierno (bajo asociaciones casi absurdas) es igual a una ninfómana.

Por cierto, en este orden de cosas, no podemos olvidarnos de la diputada italiana Cicciolina, que durante sus años mozos llegó a protagonizar películas de zoofilia junto a caballos tan bien dotados como confusos. Vemos de esa forma que, cada vez que el monstruo pornográfico asoma la cabeza al recatado mundo de los grandes pudores, aparecen las contradicciones visibles entre quienes reniegan del mismo y quienes, casi subrepticiamente, lo apoyan, pues es obvio que, aunque nadie, o muy pocos salen a la luz reconociendo ver pornografía, el negocio crece a pasos de gigante, estimulado por una supuesta fuerza solitaria e invisible. El género pornográfico ha encontrado en el cine su medio de difusión perfecta, pues es en la explicitud de las imágenes en donde se apoya gran parte de su «filosofía». Ha encontrado en la tecnología de la imagen y en la difusión de los mercados un ámbito perfecto para consumir, si hace falta de modo clandestino, una serie de gustos personales, una serie de confesiones privadas o de secretos inconfesos. El mercado proporciona de continuo toda clase de ofertas variadas acordes a las demandas de

cada persona, lo que quiere decir, en el orden de lo que hablamos, unidas a la naturaleza de sus preferencias sexuales.

Un aspecto interesante con el que confirmar definitivamente que nos hallamos ante un género como cualquier otro, ha sido y es la confirmación del nacimiento de «estrellas» de la pantalla que se convierten en verdaderos mitos. La mitología se encuentra asociada a la constitución de leyendas que tienden a darle a cada historia humana un halo épico. Entre los millares de actores porno de la industria del sexo visual, destacan actrices y actores cuya fama traspasa los espacios supuestamente cerrados de lo clandestino. Tal vez la mitomanía comience con el actor John Holmes, famoso por el casi inverosímil tamaño de su miembro erecto: estamos seguros de que, en tiempos de Calígula, Holmes (verdadero homo erectus), hubiera sido considerado como la auténtica reencarnación de Príapo. Es en este actor, ya fallecido, en donde se inspira Paul Thomas Anderson en su Boogy nights (1996) para recrear el mundillo, entre decadente y alegre, de la industria de los 70 y parte de los 80. La actriz norteamericana Tracy Lords también ha pasado a los anales del cine X por causa morbosa de sus primeras películas, las que hizo hacia los 80, cuando aún era menor de edad, lo que ocasionó entonces un gran escándalo público.

Este mismo caso, con algunas resonancias sórdidas, se matiza bastante cuando vemos que nadie obligó a Lords (por supuesto, se trata de un seudónimo) a intervenir en esos productos, y que incluso, durante aquellos años de «actuación», fue una de sus mejores y más reputadas actrices. En la actualidad, la señora Lords protagoniza películas supuestamente «serias», con más pena que gloria, aunque a sus seguidores les inunda ya una agridulce nostalgia al verla haciendo cameos (en este caso, en sentido figurado) en películas de acción como Blade 2, del mexicano Guillermo del Toro. Ron Jeremy es otro icono que ha destacado entre la masa de trogloditas automáticos y muñecas de plástico; y es que resulta difícil olvidar, aunque se haya visto solo una vez, a ese hombre moreno, con un bigote de vendedor de plátanos y una barriga redonda y peluda como la de ciertos simios.

Pero tal vez uno de los mayores mitos de la historia sea el italiano Rocco Siffredi, que ha hecho trascender este cine por medio de su popularidad carismática, centrada en su fogosa puesta en escena; tanto ha contribuido a que el género llegue hoy incluso a los oídos de los más timoratos, que puede considerarse uno de sus mejores embajadores. El mercado pletórico ha encontrado en Rocco el modelo perfecto con el que difundir la esencia del porno; actor versátil y sorprendente (destacado por Hamlet X y la versión «dura» de Tarzán, o por su caracterización del marqués de Sade, en una de las mejores obras de Joe D'Amato) Siffredi colabora en otras películas con vocación ambigua, como Romance (1999), dirigida por la francesa Catherine Breillat, además de hacerse famoso por haber asegurado, en previsión de posibles contingencias, su «herramienta de trabajo» en un millón de dólares.

Como ya hemos dicho, los 80 son los años de la proliferación masiva del video doméstico, lo que hizo evitar a muchos ese mal trago de ir a una sala de cine X vestido con gabardina y gafas solares. Entonces, el video californiano se difunde como las esporas de una semilla que anega el mercado, constituyendo la base de un tipo de películas en las que, a diferencia de los argumentos más o menos sólidos de las obras de los 70, las tramas son casi inexistentes. Es decir, las películas, ahora

revestidas de un carácter comercial intenso, volvieron a los orígenes del siglo XX, cuando se mostraban escenas cuyo fin era la simple excitación sexual.

Además, se crearon con ello cuadros comunes de un universo repetitivo y automático en el que los actores americanos, verdaderos culturistas robotizados, retozan eternamente junto a esa clase de rubias de silicona que se mueven como juguetes artificiales. Probablemente, esta clase de subproductos ha contribuido a ejercer y asentar el prejuicio de que la pornografía atenta contra la imaginación mientras el erotismo la sublima. Respecto a esto último podemos decir que de nuevo volvemos a las raíces del problema planteado, pues erotismo no presupone, como estimulación erógena, ninguna fantasía maravillosa de la mente. Es más bien una supuesta mala utilización de la pornografía (de lo que se conoce como tal, aunque según cuándo y dónde, ¿no les parece?) lo que ha hecho que se suponga que, como esas películas idénticas de los 80 y 90 se centran solo en los primeros planos genitales, la pornografía no puede concebir imaginación alguna: lamentablemente para los iluminados y censuradores de espíritu, obras como las aludidas Mil y Una Noches o El imperio de los sentidos contradicen esta creencia.

Pero si aún hoy quedan resabiados que se resisten a creer que haya obras de sexo explícito donde la trama sea una parte importante de las mismas, nos quedan los ejemplos categóricos de directores como Tinto Brass, que a menudo ha hecho sus pinitos en el género en películas como Calígula (1979), protagonizada por Peter O'Toole; Valerian Borowczyk, con su famosa La Bestia (1975), auténtica fábula erótica que explora el lado esencialmente primitivo de ciertas pulsaciones, reducidas por la civilización moderna a la categoría de residuos inconvenientes; Mario Salieri, autor afamado que ha dirigido obras donde el morbo y la poesía se unen formando un vínculo secreto, como es el caso de sus Cuentos inmorales (2001); Lars Von Trier, autor esnobista y vanguardista que, no solo no dudó en meter una escena pornográfica en su famosa Los idiotas (1998), sino que además ha rodado una serie de películas de este género, aunque bajo una difusión y popularidad mucho menores; Pierre Woodman, antiguo «niño prodigio» de la superpoderosa productora sueca Private, en donde ha filmado obras de cine X que rompen todos los prejuicios entorno a un mundillo de camas y argumentos nulos, lo cual viene formalmente demostrado en obras maestras como La Pirámide (1996), rodada en El Cairo y con argumento detectivesco, o la extraordinaria Tatiana (1998), una trilogía ambientada en la Rusia de Nicolás II; también destacan autores como Andrew Blake, experto en convertir una película de sexo explícito en un preciosista espectáculo de fotografía delicada, como un anuncio de perfumes, y a años luz de la consideración de que el porno ha de ser o es por fuerza chabacano.

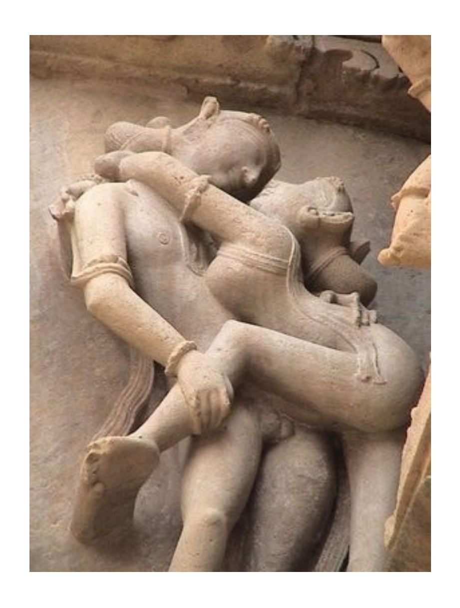
5. Una conclusión

A modo de conclusión, solo nos queda resaltar las falacias sobre las que se sustenta el pensamiento moderno de Occidente, cargado de prejuicios y manipulaciones mediáticas con las que se estigmatiza a la pornografía actual por considerarla obscena, cuando lo cierto es que ninguno de esos detractores sabe bien qué se entiende por obscenidad, ni, en cualquier caso, qué significa con exactitud hablar en nombre del Género Humano respecto al pudor cuando éste no es sino el

resultado de cada civilización existente. Hemos visto que estos mismos iluminados, tranquilos por sentirse miembros del planeta Cultura, otorgan un cierto esplendor al erotismo, al que no dudan en definir del modo más elogioso cuando lo cierto es que, tampoco en este caso, definen claramente qué es, con absoluta precisión, lo erótico; y es que suele hablarse de lo erótico apelando al buen sentido común, como si tal designación cubriese a la especie humana con independencia de las estructuras sociales, políticas, religiosas.

Nuestra conclusión no deja la menor duda: el erotismo existe como condición inevitable del hombre, pero no es un concepto unívoco respecto del cual pueda decirse que se manifiesta del mismo modo en todos los lugares y épocas. La pornografía suele definirse como la representación formal de unos contenidos explícitos, pero esta descripción no agota ni aclara nada, fundamentalmente cuando, desde la Real academia de la Lengua española, se nos insiste en decirnos que pornográfico es aquello que resulta obsceno, falto de pudores, lo que nos precipita, por enésima vez, a la dificultad de origen, a la nebulosa definitoria, en cuyo uso, por cierto, nunca se han escatimado fatigas a la hora de emprender feroces ataques de puritanismo recalcitrante. Por supuesto, nuestra posición sigue clara: la evocación o inducción de unas ciertas sensaciones erógenas no se encuentra ligada al hecho de si ciertos contenidos son, en efecto, explícitos o implícitos, principalmente porque los mayores inquisidores de lo pornográfico, utilizando las mismas estrategias que con el erotismo (esto es, hablando en nombre de la Humanidad, del Buen sentido común) nos hablan, para triturarla, del buen gusto frente al malo.

Todos estos conceptos (pornografía, erotismo, obscenidad, buen y mal gusto) son tan relativos y, en ocasiones, tan difusos que tales empresas de diatriba en nombre de la moral o algo semejante, no son sino vulgares excusas con las que imponer un orden establecido de pareceres. Los mismos que hablan del buen gusto sin tomarse algunas precauciones (como las que hemos tomado nosotros) son los que apelan a los conceptos sublimes, como la misma Idea mitológica de Cultura. Y ya se sabe que, bajo el reino maravilloso de la Gracia, el monstruo pornográfico es un mal sueño que alguna vez tuvo el Hombre pero del que, no obstante, no sabe bien cómo desembarazarse... si es que alguna vez quiso hacerlo.



Sexualidad: la fuerza del amor

Tage Philipson

Voy a intentar dar algunas claves de un espacio geográfico situado en un mundo inexplorado y que merece una historia en un centenar de volúmenes. La primera de estas claves es que el amor parece actuar sobre nosotros con una fuerza tan poderosa como la que posee una fuente de agua o la luz solar, tanto una como otra favorecen el crecimiento y el desarrollo. Aquellos que se encuentran bajo la influencia de esta fuerza se sienten contentos y felices, desaparece la pena y la tristeza.

Está claro que en la batalla entre el placer y el displacer, que según Freud gobierna toda la vida psíquica y que para Reich es el principio básico de lo vivo, en esa batalla el amor está completamente del lado del placer.

¿Cómo es posible que el amor consiga hacer desaparecer el dolor y la pena? La razón es que el amor puede impregnar por completo a una persona y llenarle plenamente como ningún otro sentimiento puede hacerlo. Y no sólo puede hacer esto sino que incluso parece estar en la naturaleza del amor el impulso a luchar por conseguirlo y a intentar vencer cualquier fuerza que se le oponga. Así pues tenemos aquí dos de las características más importantes del amor: llena al ser humano de placer, alegría, vida y movimiento y, además, alcanza lo más profundo de una persona, llenando por completo su cuerpo y su alma. Una tercera característica es la expresión del amor a través de la sexualidad. El amor, por un lado, hace surgir la tendencia entre las dos personas que se han enamorado a fundirse uno con otro en un encuentro sexual que generalmente conduce a la fusión mutua en el placer supremo del orgasmo. Por otra parte, el amor también lleva a los amantes a un sentimiento de gran conexión entre ambos.

Hemos ya mencionado las cuatro características más importantes del amor: el placer, su capacidad de impregnar toda la personalidad, de nutrir las relaciones personales y de hacer surgir la sexualidad. El amor es tan parecido a la vida que podemos así comprender el poderoso papel que el amor desempeña en la existencia de cada persona donde con frecuencia es el factor que más afecta al desarrollo interno y a la felicidad del ser humano y también al de toda la humanidad.

Las teorías que acentúan el significado crucial de la sexualidad han desempeñado una misión dentro de la historia. Bajo la influencia del cristianismo y de moralidad victoriana la sexualidad había sido suprimida de una forma tal y la

comprensión de la vida amorosa aparecía tan llena de oscuridad y confusión que tenía que producirse una reacción extrema y opuesta a esta herencia del pasado. Queda todavía tanta oscuridad y negación en materia de sexualidad que aún es necesario una lucha activa que promueva una mayor claridad y comprensión del tema; pero la posición en años recientes se ha extremado tanto que ahora se hace necesario reaccionar contra la exageración, y en particular contra un énfasis excesivo de la sexualidad a expensas del amor. No es sorprendente que cuando los científicos empezaron a estudiar la naturaleza del amor tuvieran que empezar estudiando los estragos que se habían producido como consecuencia de la destrucción de la sexualidad. La actitud social hacia la sexualidad había marcado profundamente a los seres humanos. EL resultado era una separación básica entre un amor espiritualizado asociado con sentimientos románticos y puros, y una sexualidad cargada de culpa asociada con la idea de pecado. Anterior a Reich apenas si hubo algún investigador científico que hubiese comprendido que el significado más importante de la sexualidad es la experiencia de placer y la satisfacción de ese denso placer.

La consecuencia de esta separación era una sexualidad dañada y enfermiza que a su vez arruinaba la capacidad de amar. Aquellas personas cuya sexualidad ha sido dañada pueden ser incapaces de entregarse al otro o de unirse completamente en un abrazo sexual, y el descontento que esto produce socava inevitablemente la relación amorosa.

Consecuencia natural de nuestro enfoque es la creencia de que en las personas saludables la sexualidad y el amor irán siempre asociados. El sexo procede del corazón y retorna al corazón. La condición esencial para la conexión entre el corazón, el amor y la sexualidad es un movimiento libre dentro del organismo. Únicamente con esta condición puede la fuerza del amor afectara todo el organismo, dado que el centro del organismo no es sólo el centro anatómico sino también el centro funcional de todo el cuerpo. Podemos expresarlo de la manera siguiente: el amor podrá fluir desde el centro al resto del organismo e impregnar a la persona por completo. Esto significa que una persona totalmente sana es una persona cuyos sentimientos amorosos no están obstruidos y por tanto fluirán libremente por todo su organismo. Una persona así sentirá que sus sentimientos amorosos están en todas partes; su corazón, sus ojos, su cerebro, y todas las partes de su cuerpo. Cuando esto es así, también podrán´ fluir por todo su organismo otro tipo de sentimientos -ira, pena, ansiedad, etc.,-. Una persona así tendrá la capacidad de vivir el orgasmo totalmente cuando este ocurra en el punto más alto de sus contactos sexuales. Con frecuencia los sentimientos amorosos sexuales se experimentan directamente como una corriente que circula a través del cuerpo. Reich llamó a esto "corriente vegetativa".

Este punto de vista, que tiene en cuenta la salud y la libertad en todas las funciones del organismo, está en total acuerdo con la teoría de Reich sobre los movimientos vegetativos libres en el organismo. Existe, sin embargo, una diferencia en cuanto Reich ponía el acento en la sexualidad, mientras que para mí es la fuerza del amor, que es básica para el sentido de personalidad y el sentimiento de libertad es la que asume la posición central. Este es para mí el argumento que está en la base de mis opiniones. Es muy frecuente encontrar personas que muestran la escisión de la que hemos hablado anteriormente: pueden ser capaces de un abandono puntual, e

incluso manifestar el reflejo del orgasmo en el sentido que le daba Reich, pero para quienes esto es un asunto de sexualidad únicamente, sin sentimiento de amor o de compromiso personal profundo. Estas personas no son completamente sanas a nivel emocional.

La represión y destrucción de la vida morosa natural a causa de la educación y de los condicionamientos sociales conlleva el que la vida amorosa sea mal comprendida y deformada de dos maneras: o bien se le concede una escasa importancia al aspecto sexual, sobrevalorando el lado emocional, con lo cual tenemos el amor romántico. O bien se considera que la sexualidad es el único aspecto importante, algunas veces de manera tan acentuada que los sentimientos amorosos se dejan a un lado. Este enfoque mencionado en último lugar ha sido denominado "sexualismo" por el profesor noruego Harald Schjelderup; más recientemente el Dr. Henck, en un programa de la radio danesa, lo denominó "funcionalismo sexual".

El amor hiper-romantizado no desempeña un gran papel en nuestros tiempos, aunque sí se le concedía una gran importancia en época de nuestros abuelos. Quizás para nosotros su mayor significado radica en que ha proporcionado los polares históricos para el sexualismo de nuestros días. Es muy común observar que mientras anteriormente una muchacha joven se sentía avergonzada de no ser virgen, en nuestros días se siente avergonzada si es virgen. <<el sexualismo ha tenido un papel muy importante en la sobre valoración del significado de la sexualidad que se está dando en este momento. Existe mucha gente que cree que tener un orgasmo es la meta de su experiencia sexual, que eso pondrá en orden su vida sexual o que así se encontraran sexualmente "satisfechos". Pero para la mayoría de la gente e incluso para muchos escritores científicos muy populares, tener un orgasmo significa simplemente alcanzar el punto más alto. Mucha gente alcanza ese punto, esa cima, sin llegar a saber como es un verdadero orgasmo con un abandono completo.

Se habla tanto de la sexualidad, del impulso hacia la sexualidad, de la fuerza del impulso, las relaciones sexuales, consejos y educación sexual, el significado del impulso sexual, la necesidad e satisfacer ese impulso, etc., y así hasta el infinito, que donde vemos el problema es en la sexualidad, y la sexualidad se ha convertido en la respuesta que buscamos. El resultado es que mucha gente para la cual todo se ha reducido a un problema sexual, permanece totalmente ignorante de que puede haber un problema de amor y de felicidad en el amor.

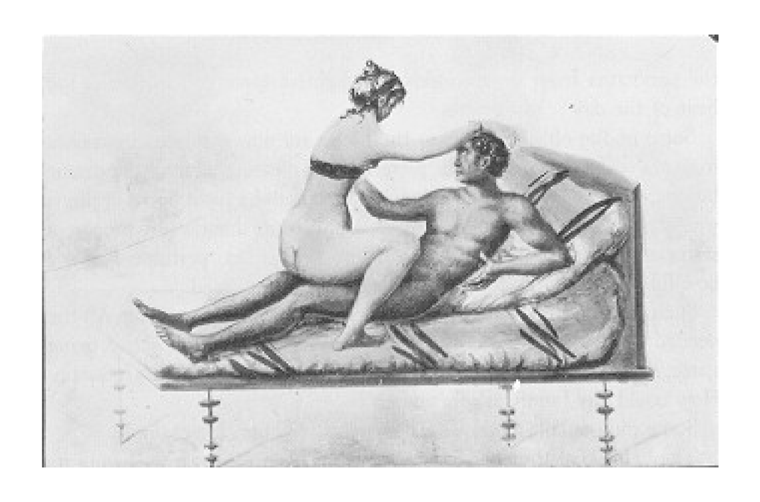
Ya hemos mencionado lo que significa el placer para un organismo individual. El placer que acompaña a la fusión sexual es mucho mayor y correspondientemente tiene un mayor significado para los dos organismos implicados. Supera a cualquier otro placer, puesto que es capaz de proporcionar expresión al placer-tensión que permanece atrapado en el cuerpo y que impide el funcionamiento libre y natural de aquellos órganos en los que se concentra. Hasta este punto Reich tiene razón en considerar al orgasmo como una función básica no sólo de placer, sino también de la salud. Ya he mencionado que el movimiento libre de todo el organismo, así como de sus partes individuales, es la base para una descarga satisfactoria en un orgasmo completo, y que es de suma importancia que los órganos internos, sin excluir al corazón participen totalmente de la experiencia y de los sentimientos que la acompañan. Es importante enfatizar, aún a riesgo de parecer repetitivo, que mucha

gente es capaz de tener una gran descarga que pueden no ser capaces de distinguir de un orgasmo completo, incluso aunque puedan existir muchas inhibiciones sexuales que impiden el abandono total.

De acuerdo con las condiciones que se den en el cuerpo, puede haber o bien una capacidad genuina para obtener satisfacción sexual; o, por el contrario, una excesiva dependencia de las descargas sexuales. En tales casos la sexualidad puede estar siendo utilizada (o, más bien, mal utilizada) para ocultar condiciones desagradables y tensiones de muchas clases, sobre todo depresión. Puede suceder incluso que al igual que ocurre en el caso de la adicción a las drogas, el uso habitual de la sexualidad de esta manera que hemos señalado, pueden llevar a una situación en la cual cuanta mayor es la tensión interna más se cuelga la persona de la fuente de placer que utiliza para descargar esa tensión.

En contraste con este pálido y descolorido cuadro de compulsividad sexual, nosotros enfatizamos el papel de la genitalidad como al experiencia más placentera posible y la que tiene una significación mayor para la salud de toso el organismo. Cuando dos personas se aman y experimentan juntas toda la alegría, toda la pasión y el éxtasis que pueden sentir, esto tiene profundas consecuencias en la base de sus vidas, en su relación y en muchos otros aspectos de su existencia. La más significativa de estas consecuencias es que una vida amorosa plena estimula y refresca la vida como ninguna otra cosa puede hacerlo. Cuando la sexualidad es sobre todo la expresión del amor, el amor es a la vez renovado y fortalecido por ella, a la vez que se profundizan los sentimientos de conexión mutua. Pocas cosas pueden proporcionar una base tan sólida para el respeto por uno mismo y el autocontrol como el que se deriva del conocimiento profundo, interno, del a felicidad que, en el amor sexual, se le ha proporcionado a a persona con quien uno lo comparte.

Frente a otras experiencias más intrascendentes o indiferentes, esta clase de contacto termina con la poca naturalidad, la irresponsabilidad y la superficialidad sexual, y proporciona un sentimiento interno de felicidad profunda, así como significado y alegría a la vida. La función de la genitalidad cuando se encuentra en conexión natural con el amor, es despertar y satisfacer los mayores sentimientos posibles de placer y conseguir un equilibrio natural (o economía sexual, si se prefiere este término) en los procesos del placer del organismo.



La próxima revolución sexual
Hay doctrinas de libertad que desarrollan grilletes

José Javier Esparza

Hemos pasado de un puritanismo extremo, que sepultó lo erótico bajo toneladas de rigor, a un permisivismo radical que ha vaciado la sexualidad hasta convertirla en algo banal, propiamente sin sentido. El discurso de la «liberación sexual» quizás haya liberado al sexo, que hoy lo invade todo, pero no ha liberado a las personas. En vez de un erotismo espontáneo y natural, lo que hoy tenemos es una sexualidad mecánica, comercializada, una *performance* técnica para unos individuos que afrontan la experiencia erótica con un exceso de mediación, ya sea la mediación instrumental de la pornografía o la mediación didáctica de los «sexólogos de la tele». ¿No haría falta una revolución sexual?

Hay doctrinas de libertad que desarrollan grilletes. Lo que nos prometen es tan gratificante, tan amable o tan placentero, que apenas reparamos en lo que hay detrás del espejismo -hasta que es demasiado tarde y nos hallamos ya atrapados en él. Hoy vivimos un proceso de este tipo en las sociedades opulentas (y sólo en ellas) a propósito de la sexualidad. Varias décadas consecutivas de discurso sobre la liberación sexual nos han persuadido de que aquí, en los pliegues de la libido, se escondía uno de los grandes tesoros de la condición humana; en consecuencia, se nos ha instado a explotar la veta hasta que el mineral aflore para, después, hacerlo circular. Ahora bien, lo que hoy vemos al otro lado del cristal, en el escaparate de la opulencia, no es exactamente un tesoro.

Opios del pueblo

¿Qué vemos? Vemos un erotismo cosificado donde el sexo funciona como simple objeto, ya real o ya, más generalmente, virtual, emancipado de las personas de carne y hueso. Vemos una sexualidad individualista, egocéntrica, donde el prójimo desaparece como tal, como alguien con quien compartir una experiencia física o anímica. Vemos una libido mercantilizada que se extiende por todas partes como cualquier otra mercancía en los anaqueles de un hipermercado, objeto de consumo

rápido para satisfacción de un público anónimo. Vemos a unas gentes que se acercan al sexo con la actitud profundamente burguesa de quien sólo busca «su mejor interés». Mientras tanto, el sistema -mediático, económico, cultural, todo eso a la vez- promociona sin cesar un discurso donde el derecho al placer actúa como horizonte último de toda existencia. Hay un anuncio radiofónico que, sin proponérselo, expresa muy gráficamente este reduccionismo: «Si tu vida sexual está bien, lo demás no importa». Nada menos. Se diría que el derecho al placer se ha convertido en un nuevo opio del pueblo.

Naturalmente, habrá quien piense que, pese a todo, vale la pena: al fin y al cabo, pocas cosas hay más gratas que el placer sexual, aunque sea en esta fórmula de supermercado. Ya decíamos que hay doctrinas de libertad que desarrollan grilletes. Pero es difícil sumarse al coro del conformismo si uno repara en que los grilletes están ahí. Por supuesto, la visión varía según la perspectiva que uno cobre. Para unas generaciones crecidas en la represión sistemática de la sexualidad, ya fuera bajo el peso del tabú eclesial o ya bajo el estricto puritanismo protestante -o bajo el no menos estricto modelo de «decencia socialista», como en la URSS de los años cincuenta y sesenta-, la actual «liberación sexual» representa un evidente respiro. Pero la perspectiva forzosamente ha de ser distinta para las generaciones posteriores, que han crecido en un ambiente antitético: ese ambiente en el que, por ex resarlo así, la «liberación» es obligatoria, y cuya presión alcanza, de una u otra manera, tanto a las relaciones sexuales informales como a la relación estable de pareja o incluso a la mera percepción de lo erótico. Y si uno toma distancia respecto al sexo en sí mismo, al propio hecho sexual, y centra la atención en las formas que adopta en nuestra sociedad, a la atmósfera que lo envuelve, las razones para el inconformismo aumentan. Es entonces cuando se percibe que ciertos discursos de libertad generan grilletes. Veamos por qué.

Erotismo con grilletes

El discurso de la liberación sexual ha conducido a adoptar una forma de sexualidad sometida por entero a un prejuicio individualista, egoísta. El individualismo es esa doctrina según la cual el horizonte último del individuo es el propio individuo y su búsqueda –individual- de su mejor interés. Hoy lo tenemos tan asumido -en la vida económica, en la vida política, en la vida personal- que prácticamente se ha convertido en un automatismo psicológico: vivimos en torno a nuestro propio ombligo. En el plano de las relaciones sexuales, esto se manifiesta de la siguiente manera: la gente (mucha gente) tiende a afrontar la experiencia erótica desde un punto de vista radicalmente egocéntrico, como si el otro no existiera o, más bien, como si fuera un instrumento de la propia satisfacción, del propio derecho al placer. Consumimos sexo como quien consume hamburguesas. Con la diferencia de que nadie pensará que consumir hamburguesas le dará la felicidad, mientras que, por el contrario, un insistente discurso social nos sugiere a todas horas que el sexo sí nos la dará («si tu vida sexual funciona, lo demás no importa»). Las consultas de los sexólogos están llenas de gente que no encuentra lo que busca, a pesar de que no para de buscar. Quizá porque no está buscando en la dirección correcta -quizá porque sólo está buscando para sí lo que debería busca fuera de sí mismo.

¿Otro grillete? La mercantilización, la comercialización del erotismo.La idea vigente de la sexualidad, la que nos transmiten a todas horas el omnipresente discurso publicitario o la prensa *in*, está sometida por entero a las reglas de la civilización económica, del mercado total, que fija normas de comportamiento sexual y estándares de deseo, y que provee a los agentes de una superabundancia de objetos de consumo erótico. El mercado nos propone modelos para todo, desde las cosas que nos inspiran deseo hasta la forma en que acariciamos o en que utilizamos nuestros órganos sexuales, y repetimos esas pautas con el aire de quien sigue unas instrucciones de uso. Hoy es prácticamente imposible distinguir entre erotismo y consumo de placer; parece inimaginable una satisfacción de tipo sexual -física o anímica- ajena a los bien marcados cauces que el mercado ha puesto al efecto. Por eso es cada vez más difícil diferenciar, cuando uno mira los anaqueles del supermercado, entre erotismo y pornografía -al cabo, la pornografía ha terminado convirtiéndose en la denominación del erotismo en la época de su reproductibilidad técnica, con permiso de Walter Benjamin.

La posibilidad de una inspiración erótica implícita, tácita, sugerida, no expresa, ha sido desterrada de la circulación pública. En la era de la exposición total, de la exhibición permanente, todo ha de estar bien clarito y con su etiqueta bien visible en el anaquel correspondiente del supermercado. Se progresa hacia el terreno elemental de la obscenidad en el sentido en que la entendía Baudrillard: una exhibición directa de un objeto primario, sin posibilidad de doble lenguaje, de doble apariencia -sin posibilidad, en fin, de equívoco y, por tanto, sin posibilidad de seducción. El trámite de la seducción ha sido sustituido por el pacto directo para la cópula. Eso es algo que se percibe inmediatamente cuando uno conversa con los más jóvenes, cuya conducta sexual es ya una pauta regular establecida por la civilización económica: se acuerda la cópula -normalmente, con pareja ocasional- como se alquila un vehículo, incluso con lectura recíproca de derechos. Es un *leasing* de la sexualidad. Uno «ficha» lo que «le pone». Es el mismo talante con el que las agencias de viajes organizan expediciones de turismo sexual, nueva forma de safari donde uno compra su derecho al placer como, antaño, compraba el derecho a la caza en la sabana.

El sexo-máquina

Tercer grillete: la sumisión de la sexualidad a la técnica, rasgo igualmente específico de nuestras sociedades opulentas; sumisión a la técnica o, aún más exactamente, a la «forma» técnica, esto es, a una manera de entender la vida como una serie de actos y pulsiones regulables mediante el adecuado ajuste, mediante su correcta administración, con el auxilio de aparatos o sin éstos, en busca de un objetivo mensurable. ¿No es lo que hacemos con la actividad física, con el «deporte»? La mayoría de la gente que nos rodea no sube montañas, no corre por el campo, no sube árboles (¿quién puede hacerlo en nuestros grandes escenarios urbanos?), sino que ha sustituido todo eso por la forma técnica del cuidado corporal: entrenamientos especializados con pulsaciones reguladas, kilómetros de esfuerzomedidos segundo a segundo sobre una compleja máquina que no se mueve del sitio, complemento del ejercicio con una dieta no menos mecánica donde la alimentación es sustituida por la administración calculada de proteínas, carbohidratos y vitaminas. Pues bien, del mismo modo tendemos a afrontar hoy, cada vez más, la experiencia erótica como una

actividad técnica. La satisfacción sexual va perdiendo entidad propiamente humana para convertirse en función de una tabla de cálculo, para ceñirse a una explotación adecuada del instrumento técnico de satisfacción, ya sea el porno por Internet o la gimnasia higiénica que aconsejan los sexólogos de la tele. Tareas todas ellas donde la relación personal con el prójimo puede pasar a segundo plano, porque el Otro es prescindible, porque la prioridad es rellenar correctamente la casilla del placer, del objetivo conseguido -una casilla donde el otro no cuenta.

Apolo y Dionisos

Individualismo, economicismo, imperio de la forma técnica. Son tres de los grandes males de nuestra sociedad y los tres están íntimamente relacionados. Más aún: son los tres vectores fundamentales de la sociedad posmoderna. Nohay nada extraño en que hayan empapado también el continente del sexo, del mismo modo que han desteñido sobre los más nimios aspectos de nuestras vidas. La cuestión que hay que plantearse es si ésta es la sexualidad que queremos; si ésta es una forma completa, cabal, de entender lo erótico; si nuestra «realización» sexual tiene que pasar necesariamente por la prioridad individualista («mi» derecho al placer), por la banalización comercial de la imagen erótica («lo que me pone»), por la pauta técnica de satisfacción personal («mi orgasmo»).

En el espacio de dos siglos, los europeos hemos pasado del puritanismo extremo a la no menos extrema tolerancia.Tras las convulsiones revolucionarias se impuso el discurso puritano de la civilización burguesa triunfante; fue aquel discurso que acompañó a la revolución industrial, a la expansión colonial, a la implantación universal del capitalismo. Y tras el triunfo de este modelo, asistimos ahora al discurso hipertolerante de la civilización burguesa decadente; es el discurso que acompaña hoy a esta extraña mezcla de nihilismo cultural y prosperidad económica que es el Occidente contemporáneo. La religión, que escoltó a la primera fase del proceso -la puritana- como cobertura moral, terminó devorada por unas ideologías que, en realidad, siempre habían querido sustituirla, siempre habían querido prometer por sí mismas la redención. Hoy, al final del camino, estamos en una situación forzosamente transitoria, como siempre que el péndulo llega al otro extremo. Si al puritanismo decimonónico se le pudo reprochar el haber sublimado la naturaleza erótica hasta el punto de sepultarla, al permisivismo posmoderno se le tiene que reprochar el haber banalizado lo erótico hasta el punto de vaciarlo por entero.

No inventemos la pólvora. Los hombres no han tenido que esperar al siglo XX para saber que el sexo era una cosa enormemente placentera, que el erotismo puede ser una vía de realización personal extraordinaria; tampoco han faltado civilizaciones que lo han elevado al rango de experiencia religiosa. Lo interesante es ver que nunca nadie osó declarar el placer como un derecho -¡qué ingenuidad!-, ni considerar la experiencia erótica como una parte irrenunciable de la libertad individual. Esto es completamente nuevo. La Historia ha conocido fases permisivas y fases puritanas, a veces en un mismo lugar y con muy pocos años de diferencia, como cuando Roma pasó del despiporre generalizado a la reforma moral de Augusto.

También hemos conocido razonables e indulgentes hipocresías, como cuando, en los siglos XVII y XVIII, la hegemonía de la Iglesia en Francia o incluso en España

no desmentía una libertad de costumbres que hoy nos sorprende. No es, pues, una cuestión de mayor o menor «manga ancha». Lo que uno echa en falta en la visión contemporánea del sexo es, ante todo, el equilibrio.

Hay una complementariedad tradicional de lo apolíneo y lo dionisiaco, en efecto, se echa de menos. Lo apolíneo: la mesura, el equilibrio, el rigor, la contención, la línea recta, la luz clara, la razón, el orden, también lo eterno y lo augusto. Lo dionisiaco: la desmesura, el vértigo, lo fluido, lo desbordado, la curva, lo oscuro, la pasión, el caos, también lo efímero y lo telúrico. Cualquier sociedad, cualquier cultura tiene que reservar sus espacios para ambas dimensiones. No es sólo cosa de helenos, de una imagen de Apolo y otra de Dionisos: en esa misma complementariedad han bebido muchas otras civilizaciones, como las orientales con sus vías de la mano derecha y la mano izquierda. Digamos que si hay una forma plenamente humana de entender lo que es simplemente humano, ésa no puede ser otra que intentar entenderlo todo a la vez y con cada cosa en su lugar. Y así como hay una vivencia dionisiaca de lo sexual, debe haber también un concepto apolíneo de lo erótico. Cuáles sean éstos y qué lugar ocupen en una cultura, eso es algo que los hombres han resuelto de distintas formas y con mayor o menor cierto. Pero rara vez han perdido de vista, históricamente hablando, que al lado de la pasión que arrebata está la razón que ordena, que los hombres somos así, y que lo importante es concebir las cosas de modo tal que estas dimensiones contradictorias puedan convivir a la vez.

Lo que hemos hecho los posmodernos es algo extraño y, desde luego, antinatural. Hemos cogido el sexo y lo hemos convertido en derecho civil. Vale decir: hemos cogido a lo dionisiaco, a lo pasional y, sin realmente iluminarlo, le hemos aplicado las reglas de lo apolíneo, entendiéndolo como si fuera la ley de contra-tos, la sanidad pública o la regulación de los mercados de abastos. A lo apolíneo, por su parte, lo hemos apartado de su continente natural, que es el de la ética, el de la organización de la vida conforme a reglas -reglas, *horresco referens*-, y lo hemos puesto a gastar luz no sobre el sexo, sino sobre el placer, es decir, sobre aquello que nunca podrá iluminar, porque está hecho de otra naturaleza. Dionisos colocado en el altar de Apolo y Apolo vestido con los atributos de Dionisos. Es absurdo.

Haría falta otra revolución sexual. Una revolución que nos enseñara de nuevo a ver la experiencia erótica como algo profundamente personal -es decir, entre personas-, inseparable de un prójimo que nos dice algo, una dimensión añadida a otras tan hondamente humanas, irreductible a las reglas del bricolage y al cálculo de «satisfacciones». Algo que es al mismo tiempo deseo y función social, que es libertad y es a la vez responsabilidad, que es una estética y es una ética, y que además y sobre todo es amor, en toda la infinita complejidad de esta palabra.Se trataría de alcanzar una visión donde Apolo y Dionisos, la ética y el deseo, lo sublime y el instinto, puedan vivir juntos, como ambos conviven en la entraña del hombre. Y romper de una vez estos pesados grilletes.

Metafísica del sexo: Eros y amor sexual

Julius Evola

Introducción. El sexo en el mundo moderno

Antes de entrar en el tema, quizá sea oportuno hacer unas breves observaciones relativas a la época en que este libro fue escrito. El papel del sexo en la civilización actual es de todos conocido, si bien hoy se podría hablar incluso de una obsesión por el tema del sexo. En ninguna otra época la mujer y el sexo han ocupado de tal forma el primer plano. Bajo mil formas, el sexo y la mujer dominan la literatura, el teatro, el cine, la publicidad, toda la vida práctica contemporánea. Bajo mil formas, la mujer es presentada para atraer sin cesar al hombre e intoxicarle sexualmente. El strip tease, costumbre americana llevada a la escena, consistente en el espectáculo de una joven que se desnuda poco a poco, quitando una a una de su cuerpo las prendas más íntimas, hasta el mínimo necesario para mantener en los espectadores la tensión propia de ese "complejo de expectación" o estado de suspense que quedaría destruido, por la desnudez total, completa e impúdica, tiene el valor de un símbolo en el que se resume lo que, en los últimos períodos de la civilización occidental, se ha producido en cada dominio bajo el signo del sexo. Los recursos de la técnica han sido utilizados para estos efectos. Los tipos femeninos más fascinantes y excitantes no son ya conocidos, como ayer lo eran, sólo en los espacios restringidos de los países donde viven o donde se encuentran; cuidadosamente seleccionados y puestos en vedette de todas las formas posibles, mediante el cine, las revistas, la televisión, los dibujos animados, etcétera, como actrices, "estrellas" y misses, se convierten en las hogueras de un erotismo cuyo radio de acción es internacional e intercontinental, de la misma manera que su zona de influencia es colectiva, no respetando las capas sociales que antaño vivían dentro de los límites de una sexualidad normal y anodina.

Importa poner de relieve el carácter cerebral de esta moderna pandemia del sexo. No se trata de impulsos más violentos que se manifiestan sobre el solo plano físico, dando lugar, como en otras épocas, a una vida sexual exuberante no reprimida, y hasta incluso al libertinaje. Hoy día, el sexo ha impregnado más bien la esfera psíquica, produciendo en ella una gravitación constante e insistente hacia la mujer y el amor. Es así que sobre el plano mental se tiene, como fondo, un erotismo que

presenta dos caracteres sobresalientes: ante todo, el carácter de una excitación difusa y crónica, casi independiente de toda satisfacción física concreta, porque ella dura como excitación psíquica; en segundo lugar, y en parte como consecuencia de esto, este erotismo puede inclusive coexistir con una castidad aparente. Respecto del primero de estos dos puntos, es un hecho característico que hoy se piensa mucho más en el sexo que ayer, cuando la vida sexual era mucho menos libre, cuando las costumbres, al limitar más la libre manifestación del amor físico, hubiera hecho más lógica la intoxicación mental que, por el contrario, es típicamente actual. En cuanto al segundo punto, ciertas formas femeninas de anestesia sexual y de castidad corrompida, teniendo conexiones con lo que el psicoanálisis llama las variedades narcisistas de la libido, son muy significativas. Se trata de esas jóvenes modernas para quienes la exhibición de su desnudez, la acentuación de todo aquello que puede representar un reclamo para el hombre, el culto de su cuerpo, el maquillaje y todo lo demás, constituyen el principal interés y les proporciona un placer transpuesto, que prefieren al placer específico de la experiencia sexual normal y concreta, hasta provocarles una especie de insensibilidad ante esta experiencia y, en ciertos casos, un rechazo neuropático. Estos tipos deben ser situados entre las hogueras que alimentan más la atmósfera de lujuria cerebral crónica y difusa de nuestro tiempo.

Tolstoi dijo un día a Gorki: "Para un francés, antes que nada, está la mujer. Es un pueblo extenuado, desequilibrado. Los médicos aseguran que todos los tísicos son sensuales." Dejando de lado a los franceses, queda verdaderamente el hecho de que la propagación pandémica del interés por el sexo y la mujer marca todas las eras crepusculares, y el de que, en la época moderna, este fenómeno se encuentra pues entre los numerosos que nos hacen ver que esta época representa precisamente la fase más avanzada, terminal, de un proceso de regresión. No se puede menos que recordar las ideas formuladas por la antigüedad clásica, siguiendo una analogía con el organismo humano. En el hombre, la cabeza, el pecho y las partes inferiores del cuerpo constituyen respectivamente las sedes de la vida intelectual y espiritual, de los impulsos del alma que van hasta la aptitud heroica, y en fin de la vida del vientre y el sexo. Tres principales formas de interés, tres tipos humanos y, podríamos añadir, tres tipos de civilización se corresponde con ellas. Es evidente que, en nuestros días, por regresión, se vive en medio de una civilización en la que el interés predominante no es el interés intelectual o espiritual; no es tampoco el interés heroico o cualquier otro que se relacione con las manifestaciones superiores de la afectividad, sino que es el interés subpersonal determinado por el vientre y el sexo. Y es así como amenazan con convertirse en realidad las infortunadas palabras de un gran poeta, respecto a que serían el hambre y el amor los que darían forma a la historia. El vientre es, actualmente, el fondo de las luchas sociales y económicas más características y más desastrosas. Su contrapartida es la importancia, más arriba indicada, que tiene en nuestros días la mujer, el amor y el sexo.

La antigua tradición hindú sobre las cuatro edades del mundo, en su formulación tántrica, nos aporta otro testimonio de lo que venimos diciendo. Una característica fundamental de la última de estas edades, de la que se denomina edad obscura (Kali-yuga), será que en ella Káli se ha despertado —es decir, se ha desencadenado— hasta el punto de tener a esta época bajo su signo. En lo que ha de seguir, tendremos que ocuparnos a menudo de Káli; en su aspecto esencial, ella es no

solamente la diosa de la destrucción, sino también del deseo y del sexo. A este respecto, la doctrina tántrica formula una ética e indica un camino que, en las épocas precedentes, habría tenido que ser condenado o bien mantenido en secreto: transformar el veneno en remedio. No es de todas formas hoy el caso, al considerar el problema de la civilización, de hacerse ilusiones ante perspectivas de este género. Más adelante, verá el lector qué plano alcanzan las posibilidades que acabamos de señalar. Por el momento, no hay más que constatar la pandemia del sexo como uno de los signos del carácter regresivo de los tiempos actuales: pandemia cuya contrapartida natural es esta ginecocracia, esta preeminencia tácita de todo lo que, directa o indirectamente, está condicionado por el elemento femenino, cuyas variedades de retorno a nuestra civilización ya hemos señalado en otros trabajos.

Lo que, en este orden especial de ideas, pongamos en claro respecto de la metafísica y del empleo del sexo, no podrá sin embargo más que servir para marcar una oposición, para fijar unos puntos de vista. Conocidos éstos también en este dominio, aparecerá directamente la caída del nivel interior del hombre moderno.

El prejuicio evolucionista

Es evidente que la significación que se atribuye al sexo dependerá, por regla general, de la forma de concebir la naturaleza humana, y hasta de la antropología particular que se profese. El carácter de esa antropología tiene que repercutir sobre el concepto mismo que se configure del sexo. Así, por ejemplo, el sentido que presente la sexualidad desde el punto de vista de una antropología que reconozca al hombre la dignidad de un ser no exclusivamente natural, estará por fuerza en oposición al que le atribuya una antropología que considere al hombre como una de las muchas especies animales, y en una época en que —como ha dicho H. L. Philp— pareció conveniente escribir Selección Natural con mayúsculas, como se hacía antes con el nombre de Dios.

El cuadro de la sexología en el período más próximo, y todavía hoy en los tratados con pretensiones "científicas", se resiente de la herencia del materialismo del siglo XIX, que tuvo por premisas el darwinismo y el biologismo, es decir, una imagen a la vez deformada y mutilada del hombre. Así como según estas teorías el hombre derivaría del animal por "evolución natural", también la vida sexual y erótica del hombre fue expuesta como una prolongación de los instintos animales, y explicada en su fondo último y positivo por finalidades puramente biológicas de la especie.

Por consiguiente, la moderna tendencia a someter lo superior a lo inferior, a explicar lo superior por lo inferior —en este caso, lo humano por lo fisiológico y animal—, se afianza también en este terreno. Para los paladares más delicados intervino en seguida el psicoanálisis, con el fin de que se considerase el elemento psicológico, aunque confirmando la misma tendencia. En efecto, para la antropología psicoanalítica hay siempre un elemento pre-personal y sub-personal —el mundo del inconsciente, del instinto, del "Ello", de los arquetipos arcaicos que retroceden a una ancestralidad primitiva— que constituye el fondo del hombre. En función de ese fondo o subsuelo pretenden explicar los psicoanalistas todo lo que anteriormente se había considerado como vida psíquica autónoma en el hombre: sobre todo cuando se trata de amor y de sexo.

Aquí partiremos de unas premisas completamente distintas. Nuestro punto de partida no será la teoría moderna de la evolución, sino la doctrina tradicional de la involución. En el caso presente, para nosotros no es el hombre el que desciende del mono por evolución, sino el mono quien desciende del hombre por involución. Lo mismo que para De Maistre, también para nosotros los pueblos salvajes no son pueblos primitivos, en el sentido de pueblos originales, sino los restos degenerantes, crepusculares, nocturnos, de razas más antiguas enteramente desaparecidas. Admitiremos, por lo demás, aquello que recientemente han presentido varios pensadores opuestos al dogma evolucionista (Kohlbrugge, Marconi, Dacqué, Westenhófer, Adloff): incluso en las especies animales hay que tener en cuenta las especializaciones agotadas de ciertas posibilidades comprendidas en el ser humano primordial; por consiguiente, de los subproductos del verdadero proceso evolutivo que desde el principio está centralizado en el hombre. Sin embargo, la ontogénesis —la historia biológica del individuo— no refleja en absoluto la filogénesis —la supuesta historia evolutiva de la especie—, sino que recorre de nuevo las posibilidades eliminadas, deteniéndose en los bosquejos y pasando adelante, para subordinar estas posibilidades al principio superior, específicamente humano, que se define y manifiesta cada vez más en el desarrollo del individuo.

Las diferencias fundamentales de métodos y visiones que se derivan de estas premisas aparecen claras también para nuestro problema. No contemplaremos la sexualidad humana como una prolongación de la sexualidad animal, sino que, por el contrario, consideraremos y explicaremos la sexualidad animal —en sí, en los animales, y tal como eventualmente se presenta asimismo en el hombre— como la caída y la regresión de un impulso ajeno a la esfera biológica. Metafísicamente, así es como se nos presentarán las cosas desde el punto de vista del llamado "instinto de reproducción" y de la "vida de la especie" misma. No representan en absoluto el hecho principal. Son unos derivados.

Amor y Sexo

Expuesta la premisa general, vamos a delimitar el objetivo principal de nuestro estudio.

No lo constituye el hecho sexual en sus aspectos groseros y físicos. Puesto que nos referimos esencialmente al hombre, nos planteamos ese fenómeno más vasto y más complejo que constituye el amor. Pero, como es natural, se impone establecer de inmediato una delimitación, ya que puede hablarse de amor en sentido general, toda vez que existe un amor a los padres, un amor a la belleza, un amor a la patria, un amor maternal, etcétera; existe igualmente un concepto ideal o sentimental del amor, que se desdibuja en el simple afecto, en la vida en común inter-sexual o en la afinidad intelectual. Es conveniente, pues, para precisar, que empleemos el concepto más reducido de amor sexual.

Examinaremos, en consecuencia, una práctica humana capaz de englobar un conjunto de factores psíquicos, afectivos, morales, incluso intelectuales, que sobrepasan el terreno biológico, pero que tiene por centro de gravedad natural la unión efectiva de dos seres de sexo opuesto, como habitualmente se realiza en la unión sexual.

De hecho, se han diferenciado diversas formas de amor humano. Es conocida la distinción hecha por Stendhal en el siglo XIX entre un amor-pasión, un amor que es principalmente estético y cuestión de gusto, un amor físico y un amor basado en la vanidad. Tal distinción no es muy útil; se basa en parte sobre elementos periféricos, elementos que se presentan separados de cualquier experiencia profunda desde el momento en que uno de ellos, sea el que fuere, llegue a ser verdaderamente el factor predominante; en parte, sólo se trata de la distinción de los diferentes aspectos del fenómeno erótico tomado en su conjunto. El amor que puede interesar a nuestro intento es esencialmente el amor-pasión (que, en el fondo, es el único que merece el nombre de amor). Podría valer para él la definición dada por Bourget: "Existe un estado mental y físico en el que todo queda abolido en nosotros, en nuestro pensamiento, en nuestro corazón y en nuestro sentido: el estado amoroso". El amor físico, en el sentido indicado por Stendhal, puede presentarse como una variedad distinta del amor sólo en el caso de un proceso de disociación y de "primitivización". Lo normal es que forme parte integrante del' amor-pasión. En sí mismo representa el límite inferior de este último; aunque siempre conserva la naturaleza.

En líneas generales, interesa fijar este punto fundamental: que la diferencia entre nuestra concepción y la concepción "positivista" radica en la interpretación diferente, no física o biológica, del sentido de la unión sexual: por lo demás, vemos igualmente en esta unión el fin esencial y la conclusión de cada experiencia basada en la atracción intersexual, el centro de gravedad de cada amor.

También pueden desempeñar un papel en el amor las afinidades ideales, devoción y afecto, espíritu de sacrificio, manifestaciones sublimes del sentimiento; pero desde el punto de vista existencial todo esto representa algo "distinto" o algo incompleto, si no tiene como contrapartida esa atracción que suele llamarse "física", cuya consecuencia es la unión de los cuerpos y el traumatismo del acto sexual. Ese es el momento, por así decir, de la precipitación, el paso al acto y la consumación en un punto culminante o climax, que es su natural terminus ad quem, de toda la experiencia erótica en su conjunto como tal. Cuando debido a la atracción "física" se despierta el impulso sexual, las capas más profundas del ser se mueven, capas existencialmente elementales en comparación con el simple sentimiento. El amor más elevado entre los seres de sexo opuesto es en cierto modo irreal sin esa especie de cortocircuito que tiene como forma de aparición más tosca el climax sexual, pero al que corresponde encerrar la dimensión metafísica y no individual del sexo. Ciertamente, un puro amor también puede llegar más allá de la limitación individual, por ejemplo mediante la abnegación continua y absoluta y mediante cada sacrificio personal; sin embargo, lo hará como una disposición espiritual que sólo conseguirá fructificar de manera concreta en otro plano: nunca en una experiencia en acto, nunca en una sensación y casi en una fractura real del ser. En el terreno que tratamos, las profundidades del ser, repitámoslo, sólo son alcanzadas y removidas por la unión efectiva de los sexos.

Por otra parte, hay una idea que debe inscribirse en el activo de las investigaciones psicoanalíticas y que conviene tener en cuenta: la de que frecuentemente la simpatía, la ternura y otras formas de amor "no material" ligadas

por regla general a la sexualidad, no representan a menudo más que sublimaciones, trasposiciones o desviaciones regresivas infantiles.

Conviene, sin embargo, ponerse en guardia contra la idea que presenta como un progreso y un enriquecimiento el paso del amor sexual al amor de matiz principalmente afectivo y social, basado en la vida en común, con el matrimonio, la familia, la procreación y todo lo demás. Existencialmente, no hay en ello un más, sino un menos, una caída intensiva de nivel. En estas formas, aunque oscuro, el contacto con las fuerzas primordiales se pierde o se mantiene sólo como un reflejo. Ya comprobaremos que un amor colocado en semejante plano —en el plano nietzscheano "demasiado humano"— sólo es un sucedáneo. Metafísi-camente, el hombre se crea mediante él una solución ilusoria, debido a esa necesidad de confirmación y de integración ontológica que constituye el fondo esencial e inconsciente del impulso sexual. Schiller escribió: "La pasión se acaba, el amor debe permanecer." Habría que ver en esto una suplantación y uno de los dramas de la condición humana, porque solamente la pasión puede llevar al "momento fulgurante de la unidad".

Eros y el instinto de reproducción

Las consideraciones que acabamos de desarrollar pretenden indicar cuál es el nivel intensivo de la experiencia erótica que puede ofrecer un verdadero interés para nuestro estudio, con exclusión de las formas disgregadas o incompletas de esta experiencia. Por lo demás, así como nos hemos opuesto a la sexología de dirección biológica, con una crítica que desarrollaremos en su momento, de la misma manera, para prevenir cualquier equívoco, denunciaremos el error de los que recientemente, casi como una repetición de la polémica de Rousseau contra la "cultura" en nombre de la "naturaleza", se han puesto a predicar una especie de nueva religión naturalista del sexo y de la carne. El representante más conocido de esta tendencia es D. H. Lawrence. Su punto de vista se resume en las palabras que Aldous Huxley pone en boca de Rampion, en Point Counterpoint, cuando le hace decir que no son los apetitos y los deseos "naturales" los que vuelven a los hombres tan bestiales —y añade: "No, bestiales no es la palabra justa, porque implica una ofensa a los animales; digamos: humanamente malos y viciosos en extremo."— "Es la imaginación, es el intelecto, son los principios, la educación, la tradición. Dejad solos a los instintos y harán muy poco daño." Así, para casi todo el mundo, se considera unos descarriados a los hombres que están "lejos de la norma central de la humanidad", bien cuando excitan la "carne" o bien cuando reniegan de ella por sumisión al espíritu. Lawrence añadió por su cuenta: "Mi religión es la fe en la sangre y en la carne, que son más sabias que el intelecto". Lo extraño es que Lawrence escribió, asimismo, palabras tan poco banales como las siguientes: "El Dios padre, impenetrable, incomprensible, lo llevamos en la carne, en la mujer. Ella es la puerta por la que entramos y salimos. En ella retornamos al Padre, pero, como los que asistieron a la transfiguración, ciegos e inconscientes." Además, tuvo algunas intuiciones justas respecto a la unión realizada mediante la sangre. Por el contrario, con el punto de vista antes indicado se cae en un equívoco lamentable, y de una mutilación se hace un ideal de salvación. Péladan tiene razón cuando escribe: "El realismo en el amor no vale más que en el arte. En el aspecto erótico, la imitación de la naturaleza se convierte en la imitación del animal".

Cada "naturalismo" tomado en ese sentido, en efecto, sólo puede significar una degradación, porque aquello que para el hombre, en tanto que hombre, debe ser considerado como natu-ral, no es exactamente aquello a que se aplica este término en el caso de los animales; al contrario, es la conformidad a su tipo, el lugar que pertenece al hombre en tanto que lo es en la jerarquía global de los seres. Así, lo que define en el hombre el amor y el sexo es un conjunto de factores complejos que, en casos determinados, comprende incluso lo que, juzgado desde un criterio animal, puede parecer perversión. Para el hombre, ser natural de acuerdo con las palabras de Rampion sólo equivale a desnaturalizarse. El sexo tiene una fisonomía específica en el hombre. Ya está liberado en gran medida —tanto más cuanto el individuo es más diferenciado— de los lazos y de los períodos estacionarios de celo que se observan en la sexualidad animal (y aquí, por lo demás, con razón, en las hembras más que en los machos). En cualquier momento es capaz el hombre de desear y de amar, lo cual es un rasgo natural de su amor.

Dando un paso más, diremos que el hecho de situar el amor sexual entre las necesidades físicas del hombre deriva igualmente de un equívoco. La verdad es que en el hombre no existe nunca un deseo sexual físico; en su sustancia, el deseo humano siempre es psíquico; el deseo físico no es más que una traducción y una transposición de un deseo psíquico. Unicamente entre los individuos más primitivos se cierra el circuito tan pronto que en su conciencia sólo está presente el hecho terminal del proceso, como una acre concupiscencia carnal coactiva, unívocamente ligada a condicionamientos fisiológicos y en parte también a los condicionamientos de orden más general que ocupan el primer plano en la sexualidad animal.

Conviene asimismo sostener a una crítica adecuada la mitología que crea la sexología corriente cuando habla de un "instinto de reproducción" y señala este instinto como el hecho principal del erotismo. El instinto de conservación y el instinto de reproducción serían las dos fuerzas fundamentales, unidas a la especie, que animarían al hombre, lo mismo que a los animales. La limitación de semejante teoría lúgubre y chata queda demostrada por esos biólogos y psicólogos que, como el mismo Morselli, llegan a subordinar un instinto al otro, pensando que el individuo se alimenta y lucha para conservarse, únicamente porque debe reproducirse, siendo su fin supremo "la continuidad de la vida universal".

No es cosa de pararnos ahora a meditar en el "instinto de conservación" y en demostrar su relatividad, ni en recordar cuántos motivos e impulsos, en el hombre como tal, pueden neutralizar o contradecir ese instinto, hasta el punto de llegar a su destrucción o a unos comportamientos que lo ignoran, y que no guardan ninguna relación con las "finalidades de la especie". Incluso en ciertos casos precisamente el otro instinto, el supuesto instinto de reproducción en el hombre o en la mujer, puede desempeñar ese papel neutralizante, entre otros, sin pensar ya en su salud ni en su conservación.

En cuanto al "instinto de reproducción", representa una explicación absolutamente abstracta del impulso sexual, sabiendo que psicológicamente, es decir, en relación con los datos inmediatos de la experiencia vivida, carece de fundamento. El instinto es un hecho consciente en el hombre. Pero el instinto de reproducción no existe como contenido de la consciencia; el momento "gemésico" no figura en

absoluto en el deseo sexual como experiencia, ni en sus consecuencias. El conocimiento de que el deseo sexual y el erotismo, cuando conducen a la unión del hombre con la mujer, pueden dar lugar a la procreación de un nuevo ser sólo existe a posteriori; es decir, resulta de un examen exterior de lo que la experiencia, en general, presenta frecuentemente como unas correlaciones constantes: correlaciones, tanto paró lo que concierne a la fisiología del acto sexual como a sus consecuencias posibles.

Confirma esto el hecho de que algunos pueblos primitivos, que no habían iniciado este examen, atribuían el nacimiento de un nuevo ser a causas no relacionadas para nada con la unión sexual. Sin embargo, es muy exacto lo que escribe Klages: "Es un error, es una falsificación voluntaria denominar instinto de reproducción al instinto sexual. La reproducción es un efecto posible de la actividad sexual, pero no está comprendida en absoluto en la experiencia vivida de la excitación sexual. El animal la ignora; sólo la conoce el hombre", y el hombre no la encara cuando vive el instinto, sino cuando subordina el instinto a un fin. Sería ocioso recordar cuántas veces la fecundación lograda en la mujer amada ni se la buscó ni se la deseó en absoluto. Resultaría ridículo que se quisiera asociar el factor "genésico" a los amantes considerados habitualmente como los más sublimes modelos del amor humano, las grandes figuras de la historia o del arte: Tristán e Iseo, Romeo y Julieta, Paolo y Francesca, y tantos otros, en una situación de "final feliz" y con un hijo, incluso con familia numerosa como coronación de su aventura. A propósito de una pareja de amantes que nunca tuvo hijos dice un personaje de Barbey d'Aurevilly: "Se amaban demasiado; el fuego devora, consume y no produce nada." Cuando se la interrogó para saber si estaba triste por no haber tenido hijos, la mujer respondió: " ¡No los quiero! Los hijos sólo son necesarios para las mujeres desdichadas."

Alguien acertó a expresar esta verdad con palabras humorísticas: "Cuando Adán se despertó junto a Eva no gritó, comc un senador contemporáneo le hubiera hecho decir: He aquí la madre de mis hijos, la sacerdotisa de mi hogar." Incluso cuandc el deseo de tener hijos es parte fundamental en el establecimiento de relaciones entre hombre y mujer, entran en juego unas consideraciones basadas en la reflexión y en la vida social, y este deseo no tiene nada de instintivo, como no sea en un sentido muy especial, metafísico, del que nos ocuparemos más adelante. Es más, en el caso de que un hombre y una mujer sólo se unen para traer hijos al mundo, no será esta idea la que les obsesione en el momento de su unión, ni será la que les anime y les transporte en su relación sexual.

Es posible que andando el tiempo cambien las cosas, y que como homenaje a la moral social, o incluso a la moral católica, en un camino que tenga por límite la fecundación artificial, se intente reducir, o incluso eliminar rotundamente ese factor irracional y perturbador constituido por el simple hecho erótico; pero con mayor razón no se podrá hablar en este caso de un instinto. El hecho verdaderamente primordial es la atracción que nace entre dos seres de sexo opuesto, con todo el misterio y la metafísica que ello implica; es el deseo del uno por el otro, el impulso irresistible a la unión y a la posesión, en el que se agita oscuramente —según hemos indicado antes y como veremos mejor más adelante— un impulso todavía más

profundo. En todo este proceso queda excluida la reproducción como nota consciente.

Vienen a cuento ahora unas observaciones realizadas por Solovieff: denuncia precisamente el error de quienes piensan que la motivación del amor sexual es la multiplicación de la especie, sirviendo el amor sólo de medio. Muchos organismos tanto del reino animal como del reino vegetal se multiplican de forma asexuada; el hecho sexual no interviene en la reproducción de los organismos en general, sino de los organismos superiores. Por ello el "sentido de la diferenciación sexual (y del amor sexual) no hay que buscarlo en la idea de la vida de la especie y de su multiplicación, sino únicamente en la idea de un organismo superior." Por si fuera poco: "Cuanto más asciende la escala de los organismos, más decrece el afán de reproducción, mientras que aumenta la fuerza de la atracción sexual. (...) En fin, en el ser humano la reproducción alcanza menores proporciones que en el resto del mundo animal, mientras que el amor sexual adquiere la mayor importancia e intensidad." Parece, por lo tanto, que "amor sexual y reproducción de la especie se hallan en relación inversa: cuanto más fuerte es uno de los dos elementos, más débil es el otro", y considerando los dos extremos de la vida animal, si en el límite inferior se encuentra la reproducción, la multiplicación, sin ningún amor sexual, en el límite superior, en la cima, en todas las formas posibles de una gran pasión, se encuentra un amor sexual aceptable después de excluir completamente la reproducción, como ya hemos señalado. Es fácil comprobar que "la pasión sexual conlleva casi siempre una desviación del instinto... En otras palabras, la pasión evita casi siempre la reproducción de la especie". Esto significa que se trata de dos hechos diferentes, el primero de los cuales no puede ser presentado como medio o instrumento del otro. En sus formas superiores típicas, el eros tiene un carácter que no se puede deducir, y cuya autonomía no se prejuzga por nada de lo que es necesario materialmente para su activación en el terreno del amor físico.

El mito del "genio de la especie"

Es curioso que una de las raras tentativas realizadas en los tiempos recientes para esbozar una metafísica del amor sexual, la de Schopenhauer, está basada en el equívoco que acabamos de denunciar. Para mantener la idea de que el fin esencial del amor es la procreación, la "formación de la generación siguiente", Schopenhauer tuvo que poner en juego a un mítico "genio de la especie" que despertaría la atracción entre los sexos y deter-minaría secretamente las elecciones sexuales sin saberlo las personas, incluso engañándolas y empleándolas como simples instrumentos. "Engendrar un hijo, ésta es la verdadera finalidad de todo romance amoroso, aunque sus protagonistas no tengan consciencia de ello: el modo de alcanzar ese fin es secundario", escribió Schopenhauer. En concreto, el fin sería la procreación de un nuevo ser, el más cercano posible al tipo puro y perfecto de la especie, y capaz de sobrevivir. Así, la "especie" empujaría a cada hombre a elegir la mujer más apta para realizar esta finalidad biológica, presentándola como su ideal, revistiéndola con la aureola de la belleza y la seducción, y haciendo concebir al hombre su posesión y el placer que puede darle como la esencia de la felicidad y el sentido de la vida. "Lo mejor para la especie está allí donde el individuo cree encontrar su máximo placer." De esta manera, tanto la belleza femenina como el placer serían ilusiones, serían

incentivos con los cuales juega el "genio de la especie" y engaña al individuo. "Por eso —añade Schopenhauer—, cuando el amante alcanza por fin su consumación, es decir, la satisfacción sexual, se siente decepcionado, porque se evaporó la ilusión con la que le había engañado e ilusionado la especie".

Vamos a ver en seguida, en un marco diferente, lo que tienen de utilizable estas ideas. Pero, en el fondo, se trata de simples especulaciones al margen del darvinismo, de una abstracción y unilateralidad manifiestas. En primer lugar, todo este mecanismo de finalidad biológica debiera ser englobado en el inconsciente (como lo hace claramente E. von Hartmann al recoger y desarrollar con coherencia las teorías de Schopenhauer); sería un instinto completamente inconsciente el que guiase al hombre hacia la mujer (o viceversa) que presente las cualidades más adecuadas para reproducir el arquetipo de la especie, ya que, repetimos, no hay nada parecido en la consciencia del que ama y desea. El hecho elemental de la atracción sexual y el fluido-embriaguez que se establece directamente entre hombre y mujer, ignora todo lo relacionado con ese instinto y su sabiduría oculta. Como veremos en seguida, incluso considerándolo desde fuera, es decir, abstrayendo cualquier hecho introspectivo, el problema de las elecciones sexuales es mucho más compli-cado de lo que suponían los partidarios de la teoría de la "selección natural". Desplazar incluso el examen del terreno de los datos de la consciencia al de los hechos de la experiencia, demuestra que en los asuntos del sexo ocurre algo parecido a lo que sucede en las cuestiones alimenticias. El hombre, como no sea un primitivo, no elige ni prefiere sencillamente los alimentos que su organismo considera los más convenientes, y ello no porque el hombre sea un "depravado", sino simplemente porque es un hombre.

Esto en el plano superficial. Es posible citar aún muchos casos en los cuales una atracción intensa, hasta "fatal", se origina entre seres incapaces de representar en absoluto un optimun para los fines de la procreación conforme a la especie; por eso, el impulso schopenhaueriano resulta relativo o completamente inexistente, incluso rechazándolo en el inconsciente. Hay algo más: según la teoría finalista indicada, en principio habría que encontrar una sexualidad reducida entre los ejemplares menos nobles de la especie humana, cuando, por el contrario, aunque en formas primitivas, es mucho mayor, y hasta resultan más fecundos. Tendríamos que decir verdaderamente que el "genio de la especie", con sus mañas ocultas y sus trampas, es bastante torpe y debe ir a la escuela, cuando vemos que, gracias al amor físico, el mundo se halla poblado esencialmente de subproductos de la especie humana. Eso no es todo: conviene recordar que, según las demostraciones genéticas, los caracteres psicosomáticos dependen de una cierta combinación de los cromosomas de los genes de ambos progenitores; estos cromosomas portan herencias complejas y lejanas que no siempre se manifiestan por completo en el fenotipo y en las cualidades visibles de los progenitores. En consecuencia, rigurosamente, debiera admitirse que tales cualidades visibles y aparentes —belleza, prestancia, fuerza, estado floreciente, etcétera— no son determinantes en las elecciones sexuales interpretadas de forma finalista, sino que el "genio de la especie" provoca el deseo del hombre por la mujer que posee los cromosomas más adaptados. No se adelantaría mucho con una teoría tan absurda, porque una vez conseguida la fecundación, sería necesario ver qué cromosomas masculinos y qué cromosomas femeninos prevalecían y se unían, con preferencia a otra mitad descartada, con el fin de formar el nuevo ser. Y en el estado

actual de los conocimientos biológicos, todo eso sigue rodeado de misterio y parece poco más o menos como si se debiera al azar.

Dejando eso aparte, es cierto que en los casos de las pasiones más vehementes y en el erotismo de los hombres más diferenciados (entre los cuales hemos de buscar la verdadera normalidad, la normalidad en el sentido superior, lo típico para el hombre como tal), se descubre raramente, incluso retrospectivamente, la unción del "finalismo biológico". Frecuentemente, y no por casualidad, las uniones de estos seres son infecundas. El motivo consiste en que el hombre puede terminar en el demonismo del bios y dejarse arrastrar por él; pero no naturalmente, a continuación de una caída. También en este marco se sitúa en general el hecho de la procreación, de la reproducción física. El hombre como tal tiene algo no biológico que activa el proceso del sexo incluso en el momento en que alcanza y anima al elemento físico, y que conduce a la fecundación. El instinto de procrear, sobre todo si se lo contempla según el finalismo selectivo imaginado por los derwinistas y por Schopenhauer, es un mito. No hay el menor enlace directo, esto es, vivido, entre amor y procreación.

Es una observación muy banal, pero válida sin embargo contra el finalismo biológico, que el amor físico comprende hechos múltiples no explicados por ese finalismo y que en consecuencia debiéramos considerar superfluos e irracionales. Por el contrario, tales hechos forman parte integrante de la experiencia erótica humana, hasta el punto de que cuando faltan la simple unión física puede perder buena parte de su interés para el hombre, y en ciertos casos ni siquiera se alcanza, o se vacía y se vuelve primitiva. Bastará mencionar el beso, que no está exigido ni por la naturaleza ni por la "especie" como elemento necesario para sus fines. Y si hay pueblos que no conocieron el beso en la boca o que lo han conocido en épocas recientes, es de advertir que contaban con actos equivalentes, como puede ser el "beso olfativo", el contacto frontal, etcétera; actos que, como el beso propiamente dicho, tienen una finalidad erótica, pero no biológica. Como la mezcla de los alientos o la aspiración del aliento de la mujer por el amante, estos actos tienen por finalidad real un contacto "fluídico" que exalta el estado elemental determinado en los enamorados por la polaridad de los sexos.

Por otra parte, es válida asimismo una consideración análoga respecto al frenesí que sienten los amantes por ampliar y multiplicar, durante el acto sexual, las superficies de contacto de sus cuerpos, casi con el vano impulso de compenetrarse o de ajustarse por completo ("como dos partes de un animal vivo que tratan de reunirse", de acuerdo con la imagen de Colette). No se entiende qué "finalismo" biológico tiene todo ello para la especie, que podría contentarse con un acto simple estrictamente localizado, mientras que estos y otros aspectos del amor físico profano presentan un contenido simbólico peculiar, si se los considera desde el punto de vista que indicaremos a continuación.

Eros y la tendencia al placer

Hemos de reconocer, pues, una prioridad al impulso elemental que empuja al hombre hacia la mujer, una prioridad y una realidad en sí frente a la simple biología; cosa que, sin embargo, no debe dar lugar a equívocos en el sentido opuesto.

Eso es lo que sucede, por ejemplo, con la teoría que expone la tendencia al placer en base al instinto sexual. Ciertamente, hay que reconocer que, en la mayor parte de los casos, cuando un hombre se siente atraído por una mujer y la desea no se esfuerza por descubrir las cualidades gracias a las cuales esté en condiciones de garantizar una prole en condiciones óptimas para cumplir la finalidad de la especie, sino que trata de presentir el "placer" que puede obtener de ella, imaginándose de antemano la expresión de su cara y su comportamiento general durante la crisis de la relación sexual. Sin embargo, hemos de advertir que cuando todo esto adquiere un carácter demasiado consciente, se aleja en otro sentido de la normalidad del eros. En su desarrollo natural, las experiencias de la pasión y las inclinaciones profundas se encaminan hacia lo que denominamos el "placer", pero no lo tienen como fm antepuesto y destacado. Cuando es así, puede hablarse de lujuria y libertinaje, tendencias que corresponden a disociaciones, degeneraciones y "racionalizaciones" del amor físico. En la "normalidad" del eros la idea del placer no es el motivo determinante, aunque existe el impulso que, despertado en unas circunstancias dadas por la polaridad sexual en sí misma, provoca sin más un estado de embriaguez hasta la crisis del "placer" en la unión de los cuerpos, o en otras situaciones semejantes a ese estado.

El verdadero enamorado, al poseer a una mujer, tiene tan poco en cuenta la idea del "placer" como la de la procreación. El freudismo cayó desde sus inicios en el error cuando puso el "principio del placer" —el Lustprinzip— no sólo en la base del eros, sino de toda la vida psíquica humana. En esto demostraba ser un producto de su época, ya que el erotismo se desarrolla principalmente en la forma disociada de simple "placer" en tiempos de decadencia, como los actuales, poniendo la sexualidad en función de él como Si se tratara de una especie de droga, usada, dicho sea de paso, no menos profanamente que las verdaderas drogas. Pero incluso el freudismo se vio obligado a abandonar rápidamente las posiciones del comienzo —y precisamente el título de una obra posterior a Freud es Más allá del principio del placer.

Las ideas expuestas, sin embargo, no deben inducirnos a juzgar cada ars amandi como depravado y decadente. En efecto, ha existido un ars amandi —un arte o cultura del amor— que no siempre se redujo a una suma de recursos y de técnicas en función de una simple lujuria. Este arte fue conocido en la antigüedad y lo es aún en algunos pueblos orientales. No obstante, entre estos últimos hubo mujeres que, maestras en ese arte, eran estimadas y respetadas tanto como quienes poseían los secretos de cualquier otro arte y sabía aplicarlos. En la antigüedad clásica, las hetairas fueron notoriamente estimadas por hombres como Pericles, Fidias o Alcibiades; Solón erigió un templo a la diosa de la "prostitución", y lo mismo sucedió en Roma por lo que respecta a ciertas formas del culto a Venus. En tiempos de Poli-bio, en los templos y edificios públicos se encontraban estatuas de hetairas junto a las de generales y políticos. En Japón, por su parte, algunas de estas mujeres han sido honradas con monumentos. Como ocurre en todas las artes, en el marco del mundo tradicional veremos que para el ars amandi también hay que sospechar la existencia de una ciencia oculta, sobre todo en los lugares donde son demostrables las relaciones de las mujeres que poseen ese arte con determinados cultos.

En efecto, es difícil que las posibilidades superiores de la experiencia del eros se manifiesten y se desplieguen cuando se deja a esta experiencia desarrollarse por sí misma, en sus formas vulgares, ciegas, determinadas por una espontaneidad primitiva. El punto esencial consiste en ver si en los desarrollos hacia formas-límites de sensaciones, cuya experiencia erótica es susceptible, se mantiene y predomina incluso la dimensión más profunda, psíquica, del eros, o bien si degeneran en una persecución libertina y exterior del "placer". Esto nos lleva a definir dos aspectos posibles y muy diferentes del ars amandi. Casi no hace falta indicar que a menudo en el segundo caso cualquiera se ilusiona ante los resultados: no hay técnica amorosa que, en el dominio mismo del "placer", pueda conducir a algo interesante, intenso y cualitativamente diferenciado, sin unas premisas de orden interior, psíquico. Cuando éstas existen, el contacto de una mano puede embriagar más a veces que cada activación sagaz de las "zonas erógenas". Pero ya volveremos sobre el tema.

Veremos más adelante por qué razón al tratar del "placer cuando se intenta designar lo que interviene normalmente en el auge del amor físico, hemos puesto entre comillas esta palabra Mientras tanto, quizá no sea inútil liquidar algunas opiniones sexológicas formuladas a este respecto; siempre con la finalidad de limpiar el tema del eros de las explicaciones materialistas.

En torno a la voluptuosidad

Escribe Piobb: "El espasmo (sexual) es uno de esos fenómenos que escapan a la fisiología propiamente dicha; debe contentarse ésta con señalar el hecho y mostrar únicamente el mecanismo nervioso". Así es, y cualquier tentativa de explicación científica, es decir, profana, del placer está condenada de antemano al fracaso. En este terreno, como en tantos otros, se han multiplicado los equívocos debidos al hecho de no distinguir entre el contenido de la experiencia en sí misma y las condiciones que en mayor o menor grado son imprescindibles para que se realice; los equívocos son mayores cuando se estudian esas condiciones no dentro de la psicología, sino sencillamente en la fisiología...

El colmo de la simpleza lo alcanzó el positivismo del siglo XIX al apoyarse en esta teoría: "La necesidad genética puede ser considerada una necesidad de evacuación; la elección está determinada por unas sensaciones que hacen más agradable la evacuación". El placer, pues, lo provoca la evacuación, el proceso de emisión de los productos sexuales. Es lícito preguntar por qué procesos análogos, como la evacuación de la vejiga durante la micción, no lo producen también. Es evidente, además, que esta teoría puede aplicarse como mucho al hombre, porque en la mujer el auge sexual no está ligado a una verdadera polución; en la mujer la aparición de raras secreciones es paralela al estado general de excitación erótica, e incluso puede faltar; si nunca se une en la mujer a la reducción y descongestión sanguínea de los órganos sexuales, y si en determinados casos ésta puede coincidir con el momento de la irrigación espermática, en otros, sin embargo, es independiente, y sea como fuere, no es más que el efecto final de un hecho psíquico y nervioso.

Ya se trate del hombre o de la mujer, hay un hecho sobre el cual se ha detenido poco, inexplicablemente, la atención de los sexólogos: es el placer que se puede experimentar durante el sueño, en los casos en que falta la contrapartida de la

eyaculación (es decir, cuando se produce la sensación sin polución). Algunos han señalado que con frecuencia este placer es más estático y totalizador que el ligado al acto físico, y ya veremos por qué. Y si se ha señalado asimismo que tanto en los hombres como en las mujeres suele interrumpirse frecuentemente a cierto grado de intensidad, y que en el mismo instante el soñador se despierta, la interpretación exacta de tales hechos es que la correlación habitual y predominante del placer con el hecho físico ha vuelto automáticamente al soñador en ese momento al plano físico condicionado de la experiencia de vigilia, interrumpiendo el proceso psíquico. Pero en principio el placer del sueño puede alegarse como uno de los argumentos que demuestran la posibilidad de un proceso erótico aparte de los condicionamientos fisiológicos habituales. En el caso de los hombres, entre otros, puede experimentarse el placer en sueños incluso cuando la capacidad genésica está agotada a causa de la senilidad, o cuando la eyaculatoria está anulada por algún traumatismo; esto constituye una confirmación ulterior precisa de nuestra tesis.

Puede apreciarse incluso entre los animales que el impulso hacia el acto sexual no es susceptible de la explicación vulgar antes indicada, y que en cierto modo es endógeno. Algunas experiencias realizadas en primer lugar por Tarchanoff demuestran que en determinados casos los vasos seminales del animal estaban vacíos antes de la copulación y se llenaron gradualmente en el curso de la misma, de suerte que la relación de causa a efecto está casi invertida: el impulso sexual, lejos de quedar determinado por el estado de repleción y de tumefacción de los órganos, causó ese estado. Si se hicieran análogas investigaciones en el hombre, podrían confirmar esto con mayor razón. Sí se ha observado que aunque es posible una cierta anestesia sexual en los eunucos privados de glándulas seminales, hay casos, sin embargo, en que subsiste el deseo sexual e incluso se agudiza. En segundo lugar, está demostrada la existencia de un deseo que realmente va más allá de la necesidad de eyaculación, poniendo en actividad los últimos recursos de los órganos genitales hasta violentar casi su naturaleza, aunque en el hombre la sustancia emitida acaba siendo sanguínea más que espermética. En tercer lugar, también se ha comprobado que hay casos en que una gran intensidad del deseo no provoca la eyaculación, sino que la inhibe, y ya trataremos después de ello. Finalmente, sucede muy a menudo en el amor-pasión la experiencia de que, una vez agotados todos los recursos del proceso físico en el acto sexual, se sienta que no basta con ello, que se necesita más, mientras que los condicionamientos psicológicos y en general los acervos de la carne no lo permiten, lo que causa una verdadera tortura.

Por eso Havelok Ellis, tras un examen de las diversas tentativas de explicación del fenómeno llamado "voluptuosidad", concluye reconociendo que el impulso que lleva al placer es, "en cierta manera, independiente de las glándulas germinales" y de su estado. En el campo fisioanatómico, se admite la existencia de unos centros sexuales cerebrales (ya sospechados por Gall) entre los espinales y los del simpático: es la contra-partida de lo que tiene un carácter evidente en el hombre, por ejemplo a causa del papel esencialísimo que desempeña la imaginación, no sólo en el amor en general, sino en el mismo amor físico; la imaginación que acompaña y a veces comienza y activa todo el acoplamiento, así como en otros casos, por el contrario, puede paralizarlo irremediablemente.

En el campo de las investigaciones más modernas se ha puesto en juego la teoría hormonal, intentando explicar la excitación sexual como efecto de una intoxicación hormonal; algunos han querido incluso conducir la base de las pasiones a esta causa. Sin embargo, para no entrar en un círculo vicioso, habría que aclarar de forma satisfactoria y completa cuál es a su vez la causa de la intoxicación hormonal, que podría ser un hecho psíquicamente condicionado, e incluso en el caso de que no lo fuera convendría distinguir lo que favorece una experiencia (aquí precisamente como "saturación hormonal" o "umbral hormonal") y lo que la determina y constituye su contenido específico. En cuanto a condicionar, en el sentido más sencillo de favorecer, de abastecer un terreno conveniente, algunas sustancias a partir de los alcoholes son capaces de desempeñar el papel atribuido a las hormonas. Pero es sabido que la reacción a estas sustancias depende de una "ecuación personal" y, a este respecto, el razonamiento causal sería tan ingenuo como decir que el hecho de elevar las esclusas de una presa es la causa que produce el agua que irrumpe a través de la abertura.

Puede inscribirse en el activo de la teoría psicoanalítica de la libido el haber reconocido el carácter psíquico autónomo y a su manera elemental del impulso que se manifiesta principalmente en el deseo de la unión sexual. Pero en el campo de las investigaciones psicoanalíticas se da por sabido también que no es obligada la relación de la libido con los procesos psicológicos: la posibilidad de que se desplacen las "cargas" de la libido está demostrada en casos múltiples y típicos, como por ejemplo cuando su realización hace desaparecer los síntomas mórbidos. También se han constatado unos estados progenitales de la libido y las formas de su satisfacción, en las cuales no existe la rela-ción con un proceso psicológico. El material recogido en torno a este asunto constituye un argumento ulterior contra cualquier teoría fisiológica del impulso sexual. A no ser que, respecto al hecho específico del "placer", se presente la teoría psicoanalítica como un equivalente de la de Féré, ya criticada. En cualquier caso se cae más o menos en el error de encarar cada tipo de placer como un fenómeno únicamente negativo, como el alivio causado por el cese de un estado doloroso o desagradable anterior. Esto es evidentemente lo que se piensa cuando se reduce el placer sexual al puro sentimiento de interrupción del malestar fisiológico debido a la turgencia de los órganos, sentimiento que se experimentaría en el momento de la detumefacción, de la depleción y de la eyaculación. Asimismo, el psicoanálisis no sabe ver más que procesos casi mecánicos e intercambiables en que el placer derivaría del cese, obtenido por cualquier procedimiento, de un estado de tensión, de la liberación de una "carga" coactiva (Besetzungsenergie) de la libido. En alemán, la palabra que designa principalmente la satisfacción o placer sexual, Befriedigung, es algo preocupante, porque contiene también el sentido de apaciguamiento, como la eliminación de un estado anterior de tensión, de agitación, de excitación, que debiera parecer desagradable. Considerada así, hay que volver a preguntarse si esta teoría no es un producto de su época, porque en un eros que se ha vuelto primitivo y completamente físico puede sentirse así la sexualidad y el "placer".

Debemos concluir estas consideraciones diciendo que el deseo sexual es un hecho complejo, del que lo fisiológico sólo es una parte; la excitación sexual, esencialmente psíquica, provoca la excitación física y pone en movimiento poco a poco todos los fenómenos fisiológicos que la acompañan, pero que suelen faltar antes

de esa excitación. A este respecto, una iluminación mayor sólo puede venir de una metafísica del sexo, no de una psicología ni de una fisiología del sexo. Pero ya se presiente que la unión coroporal en sí misma no es más que el mecanismo sobre el cual se apoya y que toma como vehículo un proceso de orden superior que la transporta y la tiene como parte de un todo. Reducido a este proceso, el "placer", como satisfacción grosera y carnal en estrecha dependencia de los condicionamientos físicos que pueden hacer de él un "incentivo para la procreación", ha de considerarse una solución problemática.

La teoría magnética del amor

Más adelante intentaremos explorar la significación trascendente del sexo. Por ahora prestaremos atención a un asunto intermedio que iluminará el estrato elemental de cada eros; para ello habremos de comenzar a utilizar las nociones de "metafísica" en el otro sentido de la palabra: conocimiento del lado hiperfísico e invisible del ser humano.

Según vimos, ni el finalismo biológico, ni el impulso genésico, ni la idea aislada del placer como fin explican el eros. Por encima de todo ello, hay que considerar al eros el estado directamente determinado por la polaridad de los sexos, lo mismo que la presencia de un polo positivo y de un polo negativo determina el fenómeno magnético y todo lo relacionado con un campo magnético. Mediante hechos empíricos, materiales y hasta sencillamente psicológicos se cree posible explicar ese fenómeno "magnético" elemental, cuando en realidad no se hace más que suponerlo y hace falta explicarlo por sí mismo, ya que no sólo está condicionado, sino también determinado.

Esto no es una especulación personal. Corresponde al saber de tradiciones antiguas. Puede referirse, por ejemplo, a la enseñanza tradicional del Extremo Oriente. Según ella, mediante la frecuentación de individuos de uno y otro sexo, incluso sin contacto físico, nace en el ser más profundo de cada uno de ellos una energía especial o "fluido" inmaterial llamado tsing. Deriva únicamente de la polaridad del yin y del yang —sobre estos términos volveremos en seguida, y vamos a darles provisionalmente el significado de principios puros de la sexualidad. Esta energía tsing es una especificación de la fuerza vital radical, tsri, y crece proporcionalmente el grado del yang y del ying presentes en cada uno de ellos como individuos. Esta fuerza especial magnéticamente inducida tiene como contrapartida psicológica el estado de vibración, de embriaguez difusa y de deseo caracte-rístico del eros humano. La intervención de tal estado origina un primer desplazamiento del nivel habitual de la consciencia individual en vigilia. Se trata de un primer estado que puede ser continuado por otros. La simple presencia de la mujer ante el hombre suscita, pues, el grado elemental de la fuerza tsing y del estado correspondiente. Por otro lado, en esto hay que ver la base, no moral, sino existencial, de las costumbres de algunos pueblos (también europeos), en los que permanece el sentimiento de la fuerza elemental del sexo. Así, por ejemplo, la norma de que una - mujer no pueda tratar a un hombre como no sea delante de otro, especialmente si se trata de un casado. Esta regla concierne a todas las mujeres, porque el sexo carece de edad, y el infringirla, aunque sea de la manera más inocente, equivale a pecar: el hecho de

encontrarse solo con una mujer, aun sin contactos íntimos, equivale a haberlos tenido. Todo esto nos lleva, en el fondo, precisamente al magnetismo elemental, al primer aviso de la fuerza tsing. El segundo, ya más intenso, interviene con el contacto corporal en general (desde la presión de las manos y el roce ligero hasta el beso y sus equivalentes o derivados). El tercer grado se alcanza cuando el hombre penetra en la mujer y queda envuelto por la carne de la mujer, o en los casos equivalentes de esta situación. En la experiencia amorosa corriente, este grado es el límite del desarrollo "magnético". En el régimen sexual propio de las formas sacralizadas y evocatorias, o en la magia sexual en sentido específico, éste no es el límite, sino que intervienen aún otros estadios. Unas modificaciones "sutiles" relativas sobre todo a la respiración y a la sangre, acompañan y sustentan esos diferentes grados. El correlativo psíquico se presenta esencialmente como un estado de vibración y de "exaltación" en el exacto sentido de la palabra.

Hay que hablar, por tanto, de una magia natural del amor como un hecho hiperpsíquico totalmente positivo, que interviene en la vida de los seres más vulgares, más materializados o más primitivos. Y si las opiniones indicadas hasta aquí pueden encontrar dificultades en los modernos psicólogos, la sabiduría popular las confirma. Aunque no se tenga un concepto claro del contenido del término, suele reconocerse que la atracción entre el hombre y la mujer nace solamente cuando se establece entre ellos "como un fluido". Incluso los casos del deseo brutal e inmediato por una mujer habremos de considerarlos en función de una especie de cortocircuito y de "caída de potencial" de esa relación fluidica inmaterial, faltando la cual también falta el arrebato de un sexo hacia el otro, desde sus formas más groseras hasta las más sublimadas y espiritualizadas. Suele hablarse corrientemente de la fascinación de una mujer; el uso de esta palabra lleva al hablante, sin que se dé cuenta de ello, precisamente a la dimensión mágica del amor: fascinum era el término técnico empleado antiguamente para designar una clase de encantamiento y de sortilegio.

Por otra parte, esta idea componía una teoría del amor profesada en Occidente sobre poco más o menos hasta el Renacimiento, pero que asimismo fue conocida por otras civilizaciones, especialmente en el Islam. Se halla expuesta, entre otros, por Lucrecio y Avicena, Marsilio Ficino y Della Porta. Así, Ficino dijo que la base de la fiebre amorosa consiste en una perturbado y en una especie de infección de la sangre provocada en las mismas condiciones que el llamado "mal de ojo", porque se realiza esencialmente por el ojo y la mirada. Esto, si no lo entendemos en el plano material, sino en el plano "sutil", es rigurosamente exacto. El estado fluídico, la fuerza tsing de los chinos, se enciende en principio por la mirada y a continuación invade la sangre. A partir de este momento, el enamorado lleva a la, amada en su sangre y viceversa, sin tener en cuenta la distancia que pueda separarlos. Al margen de las teorías, el lenguaje universal de los amantes demuestra espontáneamente este conocimiento: "Te llevo en la sangre", "te siento en mi sangre", "tu deseo me quema la sangre", I have got you under my skin, y tantas otras expresiones, son muy conocidas, están muy extendidas y casi estereotipadas; traducen un hecho mucho más esencial y positivo que todos los considerados por la sexología vulgar. Sin embargo, conviene recordar que cuando se habla de sangre en las antiguas tradiciones, casi siempre se alude a una doctrina transfisiológica. La idea tradicional está bastante bien expresada en los términos siguientes, aunque por el momento parecerán "sibilinos" a los

lectores medios: "La sangre es el gran agente simpático de la vida, es el motor de la imaginación; es el substrato animado de la luz magnética, o luz astral, polarizada en los seres vivos, es la primera encarnación del fluido universal; es la fuerza vital materializada".

Modernamente ha expuesto Mauclair una "teoría magnética del amor", ignorando las teorías que acabamos de indicar. Mauclair ha señalado que esta teoría ayuda a sobrepasar la vieja antítesis entre lo físico y lo espiritual, entre la carne y el alma, antítesis que en la experiencia erótica no existe, efectivamente, puesto que todo se desenvuelve en un plano intermedio en el que los dos elementos se funden y se atraen uno en función de otro. (Que los sentidos atraigan al alma o que el alma atraiga a los sentidos es algo que depende de la constitución particular de los individuos; pero en ambos casos el estadio final contiene, fundi-dos en uno, los dos elementos, y a la vez los trasciende.) Esta condición intermedia puede ser legítimamente calificada de estado "magnético" directamente percibido. La hipótesis magnética, advierte Mauclair, es la que mejor explica el estado insólito de hiperestesia de la pareja arrebatada por el amor, confirmando "la experiencia diaria de que el estadio amoroso no es espiritual ni carnal, y no entra en ninguna categoría de la moral habi-tual." Y añade: "Las razones magnéticas son las únicas verdaderas, y permanecen secretas y a veces ignoradas por los amantes, que no pueden facilitar los motivos precisos de su amor, y que si se les interroga ofrecen una serie de alegaciones... que no son sino razones subordinadas a la razón esencial, que es inexplicable. Un hombre no ama a una mujer porque sea bella, agradable o inteligente o simpática, o porque prometa una enorme, excepcional voluptuosidad. Todas esas explicaciones se dan sólo para satisfacer la lógica ordinaria... Un hombre ama porque ama, más allá de cualquier lógica, y ese misterio revela precisamente el magnetismo del amor".

Ya en el siglo pasado había distinguido Lolli tres clases de amor: el amor "platónico", el amor sensual y físico, y el amor magnético, y decía que el amor magnético partícipe del uno y del otro, es ferozmente poderoso, se extiende por todos los órganos del cuerpo, pero tiene su sede principal en el álito. Sin embargo, este último no es en realidad una clase especial de amor, sino el final de cada amor.

Es fácil integrar estas ideas en los conocimientos tradicionales expuestos hace un momento: aclaran un hecho que debemos considerar elemental, es decir, primario, en su terreno (sólo lo será ya para una consideración específicamente metafísica del argumento): la estructura "magnética" del eros. Y así como sólo hay atracción entre el hombre y la mujer cuando se establece entre los dos, de hecho o potencialmente, una especie de "fluido", así el amor sexual cesa cuando disminuye el mencionado magnetismo. En tal caso, todas las tentativas para conservar una relación amorosa serán tan vanas como el intento de mantener en acción una máquina cuando falta la energía motriz, o, por emplear una imagen más acorde con el simbolismo magnético, como el intento de conservar unido un metal a un imán electromagnético cuando falta la corriente creadora del campo magnético. Pueden mante-nerse las condiciones exteriores: juventud, prestancia, simpatía, afinidades intelectuales, etcétera; pero cuando cesa el estado de magnetismo, cesan también irremediablemente el eros y el deseo. Y si no acaba todo, si no decae todo el interés del uno por el otro, se pasará del amor en sentido propio y completo a unas relaciones basadas en el afecto, en la

costumbre, en los factores sociales, etcétera, lo que no representa una sublimación, sino, como ya indicamos, un sucedáneo, una suplantación, y en el fondo una otra cosa en comparación con todo lo condicionado por la polaridad elemental de los sexos.

Importa advertir que si bien resulta espontáneo entre los amantes el hecho magnético o mágico o de fascinación, también suelen éstos alimentar y desarrollar intensamente esta magia. Es muy conocida la imagen de Stendhal acerca de la "cristalización" en el amor: así como las ramas desnudas de un árbol se cubren a veces de cristales en la atmósfera salina de la región de Salzburgo, así el deseo del amante al concentrarse sobre la imagen de la amada hace que cristalice alrededor de él algo como una aureola, compuesta por varios contenidos psíquicos. Lo que llamamos fascinación magnética desde un punto de vista objetivo puede ser denominado en términos psicológicos con las palabras cristalización, monoideísmo o imagen coactiva —Zwangsvorstellung Este es un elemento esencialísimo en cualquier relación amorosa: el pensamiento de uno de ellos es cogido de una manera más o menos obsesiva por el otro, en una especie de esquizofrenia parcial (repárese en las expresiones comunes por el estilo de "estar loco de amor", "amar locamente", "estar loco por ti", etcétera, que son muy significativas). Este fenómeno de la concentración mental, como observa exactamente Pin, "es un hecho casi automático, aparte por completo de la personalidad y de la voluntad. Cuando alguien, abúlico o enérgico, sabio o ignorante, pobre o rico, ocioso o atareado, se enamora, siente que su pensamiento en determinado instante se encuentra literalmente encadenado a una persona dada, sin posibilidad de escape. La concentración es, pues, un fenómeno en cierta manera hermético, masivo, uniforme, poco discutible, poco razonable, poco modificable, extremadamente fuerte". Ahora bien, este hecho representa para los amantes una especie de barómetro. El "¿piensas en mí?", "¿pensará siempre en mí?", "¿has pensado en mí?" y preguntas semejantes pertenecen a su lenguaje habitual. Pero además se desea que ese hecho no sólo dure, sino que se intensifique, como si ello diera la medida del amor: y los amantes cuentan con varios recursos para aumentar y hacer continua la concentración durante el mayor tiempo posible. El "te tengo siempre en mi pensamiento" es correlativo del "te tengo en mi sangre". Así, inconscientemente, los amantes ponen en práctica una verdadera técnica que se incorpora al primer hecho mágico, provocando su desarrollo ulterior, con las variedades de la "cristalización" estendhaliana como consecuencia. En su Liber de arte amandi ya definía el amor Andreas Capellanus como una especie de agonía debida a una extrema meditación sobre una persona del sexo opuesto.

Un autor que, al contrario de los citados antes, se declara con mayor o menor razón especialista en ciencias ocultas y en la Cábala, Eliphas Levi, dijo que el encuentro de la atmósfera magnética de dos personas de sexo opuesto provoca una absoluta briaguez de "luz astral", cuyas manifestaciones son el amor y la pasión. La embriaguez especial causada por la congestión de "luz astral" constituiría la base de la fascinación amorosa. Tales ideas están tomadas de las tradiciones que ya hemos citado con anterioridad, y pueden aclarar otro aspecto del fenómeno aquí considerado; teniendo en cuenta que la terminología de Eliphas Levi sería sibilina para el lector medio si no le añadiéramos algunos comentarios por nuestra parte.

La congestión de luz astral es la contrapartida objetiva de lo que hemos llamado "exaltación". "Luz astral" es sinónimo de lux naturae, término empleado especialmente por Paracelso. El ákáza de la tradición hindú, el aor del cabalismo y muchas otras expresiones de las enseñanzas esotéricas tienen el mismo sentido. Con todas ellas se alude al fondo hiperfísico de la vida y de la naturaleza, a un "éter vital" comprendido como "vida de la vida" —en los Himnos órficos el éter es el "alma del mundo" de donde provienen todas las fuerzas vitales. Respecto a la expresión lux naturae, puede comprobarse que la asociación entre la luz y la vida es frecuente en las tradiciones de los más diversos pueblos, y se encuentra también en las primeras líneas del Evangelio de San Juan. Lo que nos interesa aquí es que esta "luz" a cierto grado puede ser objeto de una experiencia, sólo 'en un estado de consciencia distinto del estado ordinario de vigilia, en un estado correspondiente a lo que en el hombre vulgar es el sueño. Y lo mismo que en sueños la imaginación actúa en estado libre, cualquier desplazamiento de la consciencia, causado por una congestión o embriaguez de "luz astral", comporta una forma, mágica a su manera, de imaginación.

A este último lugar, por extraño que resulte para los que sólo conocen las ciencias modernas, hay que llevar los hechos fundamentales indicados antes. En los amantes actúa esta imaginación magnetizada o "exaltación" más que el pensamiento. Así como es muy significativa la expresión inglesa to fancy one another para describir el hecho de estar prendados uno de otro, así la definición del amor dada por Chamfort: "El amor es el contacto de dos epidermis y el intercambio de dos fantasías", roza involuntariamente algo esencial, porque mientras el contacto corporal lleva a un grado intensivo ulterior la fuerza ya despertada por la simple polaridad sexual, la acción de dos fantasías activadas por "exaltación" y por "embriaguez sutil", a un nivel de consciencia ya distinto al de la experiencia normal de vigilia, constituye un factor muy importante. (Ya veremos cómo sobre esto, entre otras cosas, se basa la magia sexual operativa.) También aquí son significativas las expresiones del lenguaje corriente de los enamorados, tomadas en general sólo desde una comprensión sentimental, romántica y blanda: en ellas suele darse una asociación frecuente entre soñar y amar. Husson no comprendió la profunda verdad que tocaba al decir que los amantes viven entre el sueño y la muerte. "Sueño de amor", "soñar contigo", "como un sueño", etcétera, son lugares comunes conocidos por todos. El típico aspecto de "soñador" es muy frecuente entre los enamorados. No cuenta la repetición estereotipada de esas expresiones yon las revistas del corazón. El contenido positivo, objetivo, es la sensación oscura, la sospecha de un desplazamiento del plano de la consciencia por "exaltación", desplazamiento unido en varios grados al eros. Estas expresiones, pues, son "índices intersticiales" lo mismo que el hecho de continuar empleando, a pesar de todo, palabras como fascinación "fluido", charme, encantamiento, etcétera, cuando se habla de las relaciones entre los dos sexos. Cualquiera puede comprender la extravagancia que representarían estos hechos si el amor no tuviese más que una pura finalidad biológica.

Los grados de la sexualización

Al comentar las enseñanzas tradicionales del Extremo Oriente dijimos ya que el estado de eros nace potencialmente de la relación entre la cualidad yang y la cualidad yin de dos seres humanos; el contacto de la "atmósfera magnética" de dos

individuos de sexo contrario, que según Eliphas Levi es la causa de ese estado, tiene el mismo sentido. Conviene profundizar este punto, lo que nos llevará a considerar también el problema de las elecciones sexuales.

Los conceptos de hombre y mujer que utilizamos corrientemente no son más que aproximados. En efecto, el proceso de sexualización tiene grados múltiples, y no se es hombre o mujer en la misma medida. Desde el punto de vista biológico, es sabido que en las primeras fases embrionarias existe el androginismo. Orchansky ya reconoció que la glándula genital primitiva, derivada del cuerpo de Wolff, es hermafrodita. En la formación del nuevo ser, pronto se hace siempre más precisa la acción de una fuerza que produce la diferenciación sexual de la materia orgánica; por consiguiente, mientras se desarrollan las posibilidades relativas a un sexo, quedan eliminadas las del sexo opuesto, o quedan en estado embrionario o latente, o bien quedan presentes en función de las que predominan desde entonces y que defi¬nen el tipo masculino o femenino final. Es análogo, pues, a lo que sucede en la ontogénesis: así como el proceso de la individualización del ser humano deja tras sí esbozadas las posibilidades a las que corresponden las diferentes especies animales, así el proceso de sexualización deja en el hombre y en la mujer tras de sí, igualmente esbozadas o corno rudimentos de órganos atrofiados, las posibilidades del sexo opuesto presentes en el estado originario.

Producida la sexualización, suelen distinguirse diversos órdenes en los caracteres sexuales: los caracteres primarios, que se unen a las glándulas genitales y a los órganos de reproducción; los caracteres secundarios, que atañen a los rasgos somáticos típicos masculinos y femeninos con sus correspondencias anatómicas y humorales; los caracteres terciarios, que la mayo¬ría de los sexólogos relaciona sobre todo con la esfera psicoló¬gica, la del comportamiento, las disposiciones mentales, morales, afectivas y similares del hombre y de la mujer. Todo esto se refiere a los efectos; la base es, por el contrario, el sexo como fuerza formadora diferenciante.

Puesto que ya han obtenido carta de ciudadanía en biología el vitalismo de Driesch y de otros autores, no resultará herético tener en cuenta las fuerzas de esta clase. Se ha recuperado —ha sido forzoso recuperar— el concepto aristotélico de la entelequia como principio heurístico biológico, y la entelequia es precisamente una fuerza formadora que actúa en el interior, biológica y física sólo en sus manifestaciones; es la "vida de la vida". Antiguamente se la consideró como el alma o "forma" del cuerpo; así, tiene un carácter hiperfísico, inmaterial.

Queriendo profundizar en el problema de la diferenciación sexual, Weininger se preguntó si no sería oportuno aceptar una teoría ya defendida por Steenstrup, quien había supuesto en las personas de uno y. otro sexo la existencia de un plasma diferenciado, para el cual ha propuesto el mismo Weininger las denominaciones de retroplasma y de teleplasma: el que produciría el sexo actual incluso en cada célula del organismo. Unas investigaciones más profundas de carácter biológico confirmarán o no estas hipótesis. Sea como fuere, con ella se ha aplicado una intuición indiscutiblemente exacta a un plano que no es el exacto; porque el sustrato del sexo es superfísico, reside en lo que los antiguos llamaron el alma del cuerpo, ese "cuerpo sutil" intermedio entre la materia y lo inmaterial, que figura con diferentes nombres

en los conocimientos tradicionales de muchos pueblos (por ejemplo, el súkshma-cartra de los hindúes y el "cuerpo astral" de Paracelso).

De nuevo hemos de pensar en algo comparable a un "fluido" que rodea, penetra y cualifica el cuerpo del hombre y de la mujer, no sólo en los aspectos físi¬cos, dando a todos los órganos, todas las funciones, todos los tejidos, todos los humores, una impronta sexual, sino también en los aspectos más íntimos, copo manifestación directa de una entelequia diferente. Si fuera real la diferencia del plasma en el hombre y la mujer, ahí tendría su origen. Por eso, cuando dijo Weininger que el sexo se halla presente en cualquier parte del cuerpo del hombre y de la mujer, tenía razón, con tal que no se reduzca sólo al plano biológico. En efecto, ya traspasó ese plano al alegar como prueba de su tesis el hecho de que cada parte del cuerpo de un sexo produce una excitación erótica sobre el otro; para explicarlo hay que poner en juego evidentemente un factor hiperfísico.

Con todo esto nos acercamos al concepto de "atmósfera magnética de los individuos de sexo opuesto" del que ya hemos hablado antes; en términos orientales, se trata del principio yang o del principio yin que penetra el ser interior y la corporeidad del hombre y de la mujer, bajo las especies de un fluido y de una energía formadora elemental.

Uno de los nombres dados al "cuerpo sutil" es el de "cuerpo aromático". La relación con el olor tiene una gran importancia sexológica. Es bien sabido el papel que desempeñó el sudor en los sortilegios populares. El olfato es muy importante en el magnetismo del amor físico y en la "intoxicación fluídica" de los amantes. En la antigüedad se pensó, y aún lo piensan algunos pueblos primitivos, que el fluido de una persona penetra hasta impregnar los vestidos además del cuerpo (con esta creencia se debe relacionar algún caso de "fetichismo de los vestidos"). De ahí vienen ciertas prácticas que se han mantenido en las costumbres de los amantes y de los pueblos primitivos (para estos últimos, aspirar el olor y ponerse los vestidos usados por uno u otro es un medio de mantener las relaciones y la fidelidad cuando los amantes deben separarse; así sucede en Filipinas, por ejemplo). Estas prácticas sólo ofrecen un carácter supersticioso o sencillamente simbólico si se desdeña el hecho "psíquico" que puede producirse en el olfato paralelamente al hecho físico. El caso extremo es una intoxicación erótica que además de realizarse por medio de la mirada se realice asimismo por el olfato: "El la miró y la aspiró, ella lo miró y lo aspiró", escribió Maugham.

Conviene resaltar, por otra parte, que la palabra latina fascinum tuvo en un principio y literalmente una relación especial con las cuestiones del olfato. Cualquier persona que posea una sensibilidad refinada reconoce el papel que desempeña, en las relaciones amorosas, una especie de vampirismo psíquico, una de cuyas bases está en el hecho olfativo. Ahí, el olor de un hombre y el olor de una mujer, en términos puramente materiales, secretorios, sólo importan de manera secundaria: cuando se trata de seres humanos, la posibilidad, bien demostrada, de un efecto psíquico correspondiente no puede explicarse más que en función de una contrapartida igualmente psíquica, "sutil". Este hecho presenta notoriamente unos caracteres instintivos más groseros, aunque con frecuencia mucho más acentuados, en las diferentes especies animales. En este caso, como en tantos otros, lo que en principio

pertenece en el hombre a un plano superior, se macroscopia y se concentra entre los animales con la forma de una especie de demonismo del bios. Y se puede también suponer el fondo que tal vez temía la creencia supersticiosa mexicana antigua, de que la fecundación era debida a una mezcla de las respiraciones del hombre y de la mujer.

Tras esta disgresión, muy útil, volvamos al problema de la sexualización. Ya hemos dicho que la sexualización tiene diferentes grados, y que es una realidad fisioanatómica que en cada persona de un sexo figuran también rudimentos del otro, por lo que es muy posible una sexualización incompleta de los sexos, lo que motiva la existencia de seres que no son puramente hombres o puramente mujeres, sino que son grados intermedios. Esto equivale a decir que en cada individuo determinado están presentes la cualidad masculina y la cualidad femenina juntas en dosificación diferente, aunque la fuerza vital, el fluido del ser de un sexo dado, en tanto que perteneciente a pesar de todo a ese sexo, es, por expresarlo en términos chinos, fundamentalmente yang o yin; es decir, fundamentalmente cualificada según el principio masculino o según el principio femenino. El mérito de Weininger reside sobre todo en haber puesto de relieve esto y haber formulado también un criterio metodológico correspondiente: hay que comenzar por definir al hombre absoluto y la mujer absoluta, lo masculino y lo femenino en sí, en estado puro, como "idea platónica" o arquetipo, a fin de determinar el grado de sexualización efectiva de los llamados en conjunto hombres y mujeres. Del mismo modo, el estudio del triángulo abstracto como pura entidad geométrica puede facilitar unos conocimientos susceptibles de aplicación a las numerosas formas triangulares de la realidad, que sólo son aproximaciones del triángulo perfecto, con objeto de su distinción y clasificación. La reserva que debe señalarse aquí, sobre la que volveremos en seguida, es que a diferencia del caso geométrico, el hombre absoluto y la mujer absoluta no deben ser concebidos únicamente a título heurístico, como medidas abstractas para la masculinidad y la femineidad de los hombres y de las mujeres, sino también en términos ontológicos y metafísicos, como potencias primordiales reales que, si en los hombres y las mujeres concretos poseen un grado de manifestación mayor o menor, sin embargo se hallan siempre e indivisiblemente presentes y activos en ellos.

De todas formas, excepto en los casos extremos (o en las experiencias límites, es muy importante añadir esto), el cuadro que presenta cada hombre y cada mujer ordinarios es una dosificación distinta de la pura cualidad masculina y de la pura cualidad femenina. Ya. Platón esbozó esta ley, al situar en su base un complemento, para el que utiliza la imagen del símbolon), nombre que designaba un objeto partido en dos mitades, como se usaba antiguamente para que sirviera de signo de reconocimiento entre dos personas, cuando la parte mostra¬da por una de ellas se adaptaba perfectamente a la conservada por la otra. De la misma manera, dice Platón, cada ser porta en sí un signo distintivo y busca instintivamente y sin cesar "la mitad que le corresponde, que lleva los mismos signos distintivos", es decir, los complementos que equiparan las dos partes.

Se encuentra la misma idea más detallada en Schopenhauer, quien dijo que para la existencia de una gran pasión es necesario que dos personas se neutralicen recíprocamente, como lo hacen un ácido y una base cuando forman una sal; puesto que la sexualización tiene diversos grados, se realiza esta situación cuando un cierto

grado de virilidad encuentra su pareja en un grado correspondiente de femineidad en el otro ser. Por su parte, Weininger ha propuesto una verdadera fórmula adecuada para el primer fundamento de la atracción sexual. Partiendo precisamente de la idea de que cuando se toma como modelo el hombre absoluto y la mujer absoluta hay en general algo del hombre en la mujer y de la mujer en el hombre, mantiene que la máxima atracción se da entre un hombre y una mujer tales que sumando las partes de masculinidad y de femineidad presentes en ambos, se obtiene como total el hombre absoluto y la mujer absoluta.

Por ejemplo, el hombre que tuviese tres cuartas partes de hombre (yang) y una cuarta parte de mujer (yin), encontraría su complemento sexual natural, que le atraería irresistiblemente y en contacto con el cual se desarrollaría una enorme intensidad de magnetismo, en una mujer que tuviese una cuarta parte de hombre (yang) y tres cuartas partes de mujer (yin): con la suma de esas partes se restablecerían el hombre absoluto completo y la mujer absoluta completa. En realidad, estos últimos son los que se hallan en la base de la polaridad primordial de los sexos y provocan en seguida la primera chispa del ecos; se puede afirmar que éstos son los que se aman y tratan de unirse a través de cada hombre y cada mujer, por lo que es cierta la máxima de que las mujeres aman a un solo hombre y los hombres aman a una sola mujer. La fórmula propuesta por Weininger fija, pues, una de las condiciones imprescindibles de las elecciones sexuales, que comprometen las capas más profundas del ser.

Sexo físico y sexo interior

Al llegar aquí conviene hacer una consideración primordial, que es la siguiente: donde quiera que no haya formas demos¬tradas de una superación real de la condición humana, el sexo debe ser concebido como un "destino", como un hecho fundamental de la naturaleza humana. No se existe más que como hombres o como mujeres. Hay que sostener esta opinión contra todos los que en la actualidad estiman que ser hombre o mujer es algo accidental y secundario ante el hecho de ser, en general, personas; que el sexo es una diferencia relativa casi exclusivamente a la parte física y biológica de la naturaleza humana, y que por ello sólo debiera tener sentido y comportar implicacio¬nes en los aspectos de la vida humana que dependen de esa parte naturalista. Este punto de vista es abstracto e inorgánico; en la práctica únicamente se puede aplicar a una humanidad disgregada por regresión y degeneración. El que lo sigue demuestra que no ve más que los aspectos finales más groseros y más tangibles del sexo. Pero la verdad es que el sexo existente en el cuerpo existe también y primeramente en el alma y, en cierta medida, en el mismo espíritu. Se es hombre o mujer en el interior antes de serlo exteriormente: la cualidad masculina o femenina primordial compenetra y empapa a todo el ser, visible e invisiblemente, en los términos antes explicados, lo mismo que un color se identifica con un líquido. Y si, como ya vimos, existen grados intermedios de sexualización, esto quiere decir únicamente que la cualidad-base indicada se manifiesta con una intensidad tanto menor y tanto mayor según los individuos. Esto no quita la condicionalidad del sexo.

Haciendo abstracción siempre de los casos excepcionales, en los que el sexo está superado sencillamente porque lo está la condición humana en general, suele tomarse frecuentemente por un "más allá del sexo" lo que, en efecto, concierne a un

campo de acción aparte de la vida y de las fuerzas formadoras profundas, un campo de superestructuras y de formas intelectualizadas y sociales, cuya hipertrofia caracteriza las fases degenerantes y ciudadanas de una civilización. Yendo más lejos, resaltaremos que todos los seres humanos se componen de dos partes. Una es la esencial. La otra es la exterior, artificial, adquirida, que se for¬ma en la vida de relación social y que crea la "persona" del individuo: persona entendida aquí en el sentido etimológico de la palabra, que como es sabido quiere decir máscara, la máscara del actor (en oposición a la "cara", que en cambio puede corres¬ponderse con la otra parte, la parte esencial). Según los individuos, pero también según el tipo de civilización, una parte puede desarrollarse más que la otra. El límite degenerativo corresponde a un desarrollo casi exclusivo, teratológico, de la parte exterior y construida, de la "máscara" del individuo "social", intelectual, práctico y "espiritualizado" que se constituye casi como un ser en sí y mantiene pocas relaciones orgánicas con el ser profundo y esencial. Sólo en estos casos el hecho constituido por el sexo puede ser considerado secundario y omisible; la contrapartida habitual y la consecuencia es una anestesia o una primitivización de la vida sexual. Sólo entonces podrá parecer poco importante el ser hombre o mujer, y se dará siempre menos valor a este hecho en lo relativo a la determinación de las vocaciones, a la formación personal, a la conducta vital y a las ocupaciones típicas, mientras que se la reconocerá siempre en cualquier civilización normal. Efectivamente, en esta situación quedará notablemente reducida incluso la diferencia entre la psicología masculina y la psicología femenina.

Al haber dado un relieve cada vez mayor a lo que no guarda relación con la parte esencial de los seres humanos, la civilización moderna, de carácter práctico, intelectualista y socializado, es inorgánica y potencialmente uniforme; estos valores derivan en parte de una regresión de los tipos, y fomentan y aumentan en parte esa regresión. La mujer moderna puede así ingresar rápidamente en todos los campos, rivalizando con el hombre: precisamente porque las cualidades, los talentos, los comportamientos, las actividades más características y las más extendidas en la civilización moderna, guardan escasa relación con el plano profundo, donde la ley del sexo se manifiesta en términos ontológicos antes que físicos, biológicos o incluso psicológicos. El error que se halla en la base de la competición femenina y que la ha hecho posible, consiste precisamente en la sobrevaloración, propia de la civilización moderna, de la inteligencia lógica y práctica, simple accesorio de la vida y del espíritu, que están diferenciados, tanto la una como el otro, en tanto que la inteligencia es informe y "neutra", desarrollable en una medida casi igual para el hombre que para la mujer.

Sólo de pasada merece la pena tratar ahora un resumen de la vexata quaestio de la inferioridad, paridad o superioridad de la mujer en relación con el hombre. Tal cuestión carece de sentido, ya que supone una conmensurabilidad. Por el contrario, dejando aparte todo lo construido, adquirible y exterior, y. excluyendo los casos indicados en los que no se puede hablar de sexo porque únicamente se ha superado la condición humana hasta cierto punto, si nos referimos al tipo, es decir, a su "idea platónica", preciso es reconocer que entre el hombre y la mujer existe una diferencia que excluye cualquier medida común; incluso las facultades o las cualidades de apariencia común y "neutras", poseen una funcionalidad y una impronta diferentes

según pertenezcan al hombre o a la mujer. Nadie puede preguntarse si "la mujer" es superior o inferior al "hombre", lo mismo que no es posible preguntar si el agua es superior o inferior al fuego. Esto es así porque el criterio de medida para cada sexo no puede estar dado por el sexo contrario, sino únicamente por la "idea" del sexo propio. Dicho de otra manera, lo único que se puede hacer es señalar la superioridad o la inferioridad de una mujer Concreta., según esté más o menos próxima al tipo femenino de la mujer pura o absoluta; y lo mismo aplicaremos al hombre. Las "reivin¬dicaciones" de la mujer moderna derivan de ambiciones erróneas, así como de un complejo de inferioridad: de la falsa idea de que una mujer en cuanto tal, en cuanto "sólo mujer", es inferior al hombre. Se ha resaltado precisamente que el feminismo no combatió en realidad por los "derechos de la mujer", sino (sin darse cuenta) por el derecho de la mujer a ser igual que el hombre: cosa que, si fuera posible, excepto en el plano externo práctico -intelectual antes señalado, equivaldría al derecho de la mujer a desnaturalizarse, a degenerar. El único criterió cualificativo es, repitámoslo, el grado más o menos perfecto de realización de su naturaleza propia. No puede ponerse en duda que una mujer que sea perfectamente mujer es superior a un hombre que sea imperfectamente hombre, lo mismo que un buen campesino que realiza perfectamente su trabajo es superior a un rey incapaz de cumplir el suyo.

En el orden de ideas que estamos tratando, es forzoso tener por cierto que la masculinidad y la femineidad son ante todo hechos de estructura interna, hasta el punto de que el sexo interior puede no corresponder al sexo físico. Es bien sabido que se puede ser hombre en el cuerpo sin serlo en el alma (anima mulleris in corpore inclusa virili) y viceversa, siendo válido el concepto también para la mujer, naturalmente. Son casos de asimetría debidos a factores diversos, análogos a los casos que se dan en el terreno racial (individuos que tienen los caracteres somáticos de una raza con los psíquicos y espirituales de otra). Esto, sin embargo, no debe prejuzgar la cualidad básica del fluido que posee un ser, según sea físicamente hombre o mujer, ni la unidad del proceso de sexualización. Se explica este fenómeno por el hecho de que en casos determinados el proceso se centró principalmente sobre un terreno dado, creando asimetrías precisamente porque el resto no se formó en la misma medida. Empero, desde el punto de vista tipológico, siempre es decisivo el hecho interno, el sexo interno: una sexualización visible sólo en las formas físicas, por desarrollada que esté, en cierto modo es una sexualización truncada y vacía. Conviene ponerlo de relieve para tenerlo en cuenta en la ley de la atracción sexual antes enunciada: el que no es hombre según el espíritu y el ánimo no es verdaderamente hombre, y lo mismo vale para la mujer. La "cantidad" de masculinidad y de femineidad se completan recíprocamente, según la expresada ley, por lo que han de entenderse en sentido completo, en toda su eventual complejidad.

En efecto, la virilidad espiritual es la que, aunque sea oscuramente, excita y alerta a la mujer absoluta: en el caso extremo, cuando esta virilidad además de ser la del guerrero y la del conquistador, tiende completamente a lo sobrenatural. Trataremos más adelante del lado metafísico, no sólo existencial, de este último caso. Es muy expresivo un ejemplo creado por el arte, el de la Salomé wildeana. Salomé no repara en el centurión prendado de amor por ella, que le ofrece cuanto tiene y que al fin se mata por ella. Está fascinada por Jokanán, el profeta, el asceta. Ella, la virginal, le dice: "Era casta, y me has contaminado; era pura, y me has llenado las venas de

fuego... ¿Qué haré sin ti? Ni los ríos ni los grandes lagos podrán apagar el fuego de mi pasión".

Respecto al hecho antes mencionado del eventual grado diferente de sexualización en lo físico y en lo espiritual, hay que añadir otro: el de la intercondicionalidad distinta entre el sexo interno y el sexo corporal. Esta intercondicionalidad sólo es rígida cuando se trata de individuos primitivos, es decir, degradados en comparación al tipo. Si, por el contrario, el sexo interno se halla suficientemente diferenciado, puede afirmarse en una cierta independencia de las condiciones físicas. Así, todas las manipulaciones hormonales de carácter auténticamente nigrománticas, a las cuales se entregan los biólogos modernos, basándose en la idea de que el sexo sólo depende de una cierta "fórmula hormonal", podrán producir importantes cambios de las verdaderas características del sexo sólo en los animales y en los seres humanos poco diferenciados interiormente: no en las mujeres y los hombres completos, "típicos". La relatividad de las condicionalidades ínfimas se confirma en el caso de algunos castrados: no sólo la mutilación física, según se dijo, puede no destruir el impulso sexual, sino que puede también no alterar la virilidad interior. Los ejemplos más conocidos son a este respecto, Narseto, uno de los mejores generales de la antigüedad; Aristónico; los ministros Fotino y Eutropo; Salomón, que fue uno de los lugartenientes de Belisario; Haly, gran visir de Solimán II; el filósofo Favorino, el propio Abelardo, y otros muchos.

Formas de atracción erótica

Para lograr una definición completa de los factores que intervienen en la elección sexual, es necesario considerar con mayor detalle la estructura del ser humano, relacionándolo más con las enseñanzas tradicionales que con los estudios modernos.

Si hace poco distinguíamos dos partes o capas principales del ser humano (esencia y persona exterior), ahora debemos dividir a su vez el primero de esos elementos, el de los estratos esenciales más profundos. En conjunto, resultarán tres niveles. El primero es el nivel del individuo externo como construcción social, individuo cuya forma es bastante arbitraria, "libre" y flotante, precisamente a causa de su carácter fabricado.

El segundo nivel ya pertenece al ser profundo o dimensión en profundidad del ser, y es el lugar que en filosofía se ha llamado el principium individuationis. Es ahí donde actúan las fuerzas mediante las cuales un ser es lo que es, física o psíquicamente, y se distingue de los restantes de su especie; además, también es la sede de la "naturaleza propia", o naturaleza innata de cada uno. En la tradición hindú se llama a estas fuerzas formadoras samskára o vásaná; no se reducen a los meros factores hereditarios o genéticos, sino que son concebidos de forma que incluyen herencias, causas, preformaciones e influencias, cuyo origen puede estar situado antes de los límites de una vida humana particular. Todo lo que es carácter y naturaleza propia del hombre, lo que llamamos su "cara" en oposición a su "máscara", en el terreno psicológico, se halla relacionado con este plano. Contrariamente a lo que es característico del primero de los tres niveles, del más exterior, todo cuanto se relaciona con el segundo tiene un notable grado de determinación y de fijeza. Eso fue

lo que indujo a Kant y a Schopenhauer a hablar de un "carácter trascendental" de cada individuo como de un hecho "nouménico", es decir, relativo a los asuntos que se hallan detrás de todo el orden de los fenómenos percibidos en el espacio y en el tiempo.

El tercer nivel, el más profundo, abarca las formas elementales superiores y anteriores a la individualización, que, sin embargo, constituyen el fondo extremo del individuo. Ahí se encuentra asimismo la primera raíz del sexo, y ahí se despierta la fuerza originaria del eros. En sí mismo, este plano es anterior a la forma, a la determinación. Cada proceso asume una forma y una determinación a medida que la energía aborda los otros dos planos o estratos para continuar en ellos el proceso.

Con este encuadre puede observarse en todos sus aspectos cuanto se produce en la atracción sexual. En el plano más profundo, esta atracción es algo que va más allá del individuo; las formas extremas de la experiencia erótica en la relación sexual, con traumatismo, alcanzan a este plano. Refiriéndonos a él, es válida la expresión ya citada de que todas las mujeres aman a un solo hombre y todos los hombres aman a una sola mujer. Existe ahí un principio de indiferencia o de permutabilidad. En virtud de las correspondencias analógicas que se producen entre el límite superior y el límite inferior, esté vigente este principio bien por lo que respecta al impulso ciego que empuja a un ser hacia otro del sexo opuesto, propio de las formas "bestiales" y brutales del eros (la llamada "carencia bestial de elección"), o bien en las formas positivamente desindividualizadas del eros que figuran, por ejemplo, en una experiencia dionisíaca. Sin embargo, no siempre es cierto que la forma más vulgar y bestial del amor sea aquella en que no se ama a una mujer, sino a la mujer. Puede darse exactamente el caso contrario. Otro tanto cabe decir acerca del hecho de que el hombre pierde casi su individualidad en la crisis del acto sexual: puede perderla de dos maneras opuestas, ya que hay dos posibilidades contrarias de desindividualización, relacionadas con una apertura "descendente" y otra "ascendente", con una ebriedad anagógica y con otra catagógica. La "sustitución de la especie al individuo" en tales momen¬tos es un puro mito. En fin, cuando se dice que el amor nace desde el primer momento o ya no nace nunca, cuando se habla de "flechazos", se alude a los casos en que la fuerza del estrato más profundo interviene de una manera directa, sin obstáculos, predominante, gracias a circunstancias especiales.

La primera ley que domina el proceso del sexo en el nivel más profundo, es la ya señalada del complementarismo, de la reintegración de la cualidad masculina pura y de la cualidad femenina pura, en la unión de un hombre con una mujer. Las condicionalidades o vínculos propios de la individualización o naturaleza propia de un ser dado, intervienen casi inmediatamente en el límite entre el tercer y el segundo estrato, entre el nivel profundo y el nivel intermedio. En esta nueva fase no es indiferente para avivar la pasión y la inclinación erótica todo lo que es una mujer dada, además de ser una mujer y además de presentar el complemento elemental ontológico del que ya hemos hablado. Aquí, por ejemplo, la elección está influenciada primero por los condicionamientos de la raza, después por otros condicionamientos más particulares, de orden somático y caracterológico individual, y el todo puede acentuarse y fijarse hasta el punto de parecer que es insustituible: es la creencia en el

"amor único", esto es, que se puede amar y que se puede haber amado sólo a una mujer dada como individuo, una mujer única muy determinada (un hombre determinado, en el caso de la mujer). Y cuando toda la fuerza elemental, propia del estrato más profun¬do y del proceso primario, se queda y se fija en ese plano interme¬dio, que es el de la individualización y el "carácter trascendental", se produce la "pasión fatal", que, según veremos, si se queda en la esfera humana y profana no es casi nunca feliz, porque se activan una fuerza y una "carga" que sobrepasan al individuo; de donde frecuentemente surgen verdaderos cortocircuitos y situaciones como las ilustradas por el Tristán e Iseo wagneriano.

En general, el nivel intermedio es también el de las "idealizaciones" de la mujer amada: ahí nace la ilusión de que se ama a una mujer por determinadas cualidades, cuando lo que se ama realmente, y lo que arraiga, es su ser, su ser desnudo. Por el contrario, cuando la fuerza profunda del eros no recae directamente en el plano intermedio y no se fija por completo en él (lo que sucede en la mayoría de los casos), queda cierto margen de indeterminación: en vez de la "mujer única" e irremplazable, la condición precisa para que se produzca una atracción suficiente¬mente intensa estará constituida por un tipo dado aproximativo ("el propio tipo") encarnado por más de un ser femenino (o masculino, según los casos). Pero esta mayor libertad de movimientos y de desplazamiento del eros puede tener también otra causa: la individualización imperfecta de un ser dado. Si el rostro interno de un ser no es muy preciso, en la misma medida será el objeto de su deseo más indeterminado y, entre los límites señalados, permutable. Por eso la multiplicación de las experiencias amorosas puede contribuir a que se pierda la fijeza adecuada en un primer período de la vida erótica. Así, Balzac señaló que en la primera mujer amada se ama todo, como si ella fuese lo único; más tarde se ama a la mujer en cada mujer.

Pasando al último nivel, el del individuo externo, cuando cae sobre él el centro de gravedad del ser, alcanzan un grado muy alto la permutabilidad y la indeterminación de su complemento sexual en las elecciones. Según dijimos, en este plano todo es inorgánico, sin raíces profundas. Así, por un lado, puede encuadrar el tipo del libertino que sólo busca el "placer" y valora a una mujer según la medida que supone capaz de proporcionarla a este respecto, por lo que una mujer equivale para él sobre poco más o menos a cualquier otra. En algunas ocasiones, los factores determinantes pueden ser sociales y ambientales: la clase, la moda, las tradiciones, la vanidad, etcétera. Surgen entonces nuevos condicionamientos para todo lo referente al eros que alcanza este plano y se fija en él: y el amor normal, "civilizado" y burgués, se define en buena parte por ellos. Basta, sin embargo, que el eros recupere de un golpe el carácter y siga los condicionamientos característicos de las capas más profundas, para que intervenga de forma catastrófica en todo lo que se haya formado respecto a relaciones intersexuales en ese campo más exterior del individuo social. Ya las afinidades determinadas por el plano de la propia naturaleza y de los samskára, en el caso de que se encuentre a la persona complementaria, pueden hacer explotar o minar todo lo que se ha creado el individuo social en el marco de las instituciones de la civilización y de la sociedad a la que pertenece. Tales son los casos que permitieron a Chamfort hablar de un "derecho divino del amor": lis s'appartiennent (los amantes) de droit divin malgré les lois et les conventions humaines. Y en la vida moderna tales casos son numerosísimos y han proporcionado la materia predilecta de una cierta

clase de teatro y de novela: precisamente porque en la civilización moderna se tuvo la ilusión de que era posible centrar y sistematizar en el plano externo, social, inorgánico y artificial, las relaciones entre los sexos.

En los mismos términos que las catástrofes ahora comentadas debemos explicar el caso de los libertinos que acaban convirtiéndose en víctimas de su juego y enamorándose de una mujer dada, lo que termina con la permutabilidad del objeto de su eros; o bien que sucumben a formas sexuales maníacas, por haber jugado con fuego, esto es, por haber provocado en cierto momento la activación del "voltaje" propio en el plano más profundo, tras el plano de los samskára y de la individualización.

Es claro que tales manifestaciones eventuales pueden intervenir de manera catastrófica en el mismo plano del "amor único", así como la ley de las afinidades que rige este plano —en el nivel intermedio— puede actuar desastrosamente cuando encuentra su complemento sobre el campo del individuo social y de sus conci¬liaciones. Entonces queda abolida la "unicidad" nuevamente, incluso la unicidad de la "pasión fatal". Pero en el terreno profa¬no estos casos son extremadamente raros, y casi nunca se les reconoce según su auténtica naturaleza cuando se verifican.

Otro caso que debe relacionarse con este concepto se refiere a una pasión y una atracción sexual elemental que puede ir acompañada de desprecio e incluso de odio entre los amantes: se debe a la energía del plano más profundo, que mina todos los factores de afmidad entre los caracteres y todos los valores que serían determinantes de haberse concentrado el proceso en el plano intermedio. El caso es simétrico de ese otro ya comentado en que las afinidades propias de ese plano, a su vez, pueden olvidar todo lo que pertenece al campo externo de la moral social y de las instituciones.

En este contexto, conviene aludir al hecho de que existen medios artificiales para despertar a un estado más o menos libre la fuerza elemental del dos, por exclusión de las capas menos profundas, donde sufre habitualmente los condicionamientos ya mencionados en la experiencia de los hombres y mujeres ordinarios, cuando atraviesa esas capas uniéndose casi a ellas. Podemos citar la acción del alcohol y de algunos estupefacientes, y desde ahora hemos de consignar que en el empleo sagrado del sexo (dionisismo, tantrismo), las sustancias de esta clase suelen desempeñar el papel de auxiliares. En la misma línea se encuentran los filtros de amor, cuya naturaleza es ignorada completamente por los contemporáneos, y desde ahí, según veremos, el camino puede conducir a ciertas formas de la demonología con base erótica aparte de la magia sexual en sentido estricto.

En todo lo que llevamos dicho no hay que confundir nunca el papel de lo que condiciona con el papel de lo que determina. Para que una máquina produzca determinados efectos y consiga un rendimiento es forzoso que esté compuesta de unas determinadas partes, y que tales partes se hallen convenientemente ajustadas; es imprescindible. Pero si falta la energía motriz, hasta la máquina más perfecta se mantendrá parada. Lo mismo hay que pensar de todos los condicionamientos que, en los dos planos menos profundos del ser, pueden corresponder teóricamente al optimum para la atracción sexual: hace falta que, aparte todos esos factores, la fuerza

primaria del eros se alerte, de acuerdo con un "voltaje" u otro, y que establezca el estado magnético o mágico que hemos definido como el sustrato de cualquier amor sexual verdadero.

En el individuo vulgar, y sobre todo en las civilizaciones occidentales, la experiencia erótica se alinea entre las que presentan un mayor carácter pasivo. Es como si los procesos correspondientes se pusieran en marcha y se desarrollasen solos, sin la intervención de la voluntad de la persona, que ni siquiera es capaz de concentrarlos en uno de los tres campos o niveles indicados. Esta situación se considera natural y normal, hasta el extremo de que cuando no se verifica, cuando falta la coacción, la impotencia de' sentir o actuar de otro modo, se duda de la sinceridad y de la profundidad de un sentimiento o de un deseo. Las palabras más usuales demuestran ese carácter: la "pasión" expresa en las lenguas de raíz latina precisamente la condición del que sufre. Lo mismo se puede decir respecto a la palabra alemana Leidenschaft, derivada de leiden, que significa sufrir.

Tal fenómeno adopta un carácter más o menos señalado según los individuos y su diferenciación interna. Además, convendría hacer unas inducciones respecto a la psicología diferencial, basándose en las diferentes instituciones. Por ejemplo, la poligamia tiene como condición primaria natural un tipo masculino cuyo Yo supere al eros (con un mayor grado de desplazamiento y un menor grado de fijeza como consecuencia); además, un tipo en el cual la experiencia erótica en sí misma tiene más impor¬tancia que la relación con una mujer u otra como persona (según un refrán árabe: "Un fruto, y en seguida otro"). Puesto que no se ha dicho que esto corresponde siempre a situaciones idénticas a las externas e inorgánicas, propias de la orientación libertina, es posible admitir que el paso de la poligamia (o del matrimonio antiguo que permitía el concubinato como su integración legítima) a la monogamia, a pesar de las vías conformistas que prevalecen en nuestros días, no indica de ninguna manera la sustitución de un tipo viril superior por uno inferior; sino exactamente lo contrario; es más bien el síntoma de una mayor servidumbre potencial del hombre al eros y a la mujer, y sin embargo no contradice la mayor civilización.

En cuanto a los elementos de una técnica dispuesta a actuar sobre los diferentes condicionamientos existenciales del eros, podemos encontrarlos especialmente en el mundo antiguo o en los pueblos primitivos. De momento no citaremos más que un ejemplo: la circunstancia de que a menudo en estos últimos se identifican los ritos matrimoniales con encantamientos amorosos que despiertan la fuerza de atracción entre los dos sexos como un poder irresistible. Según nuestro esquema, despiertan y hacen intervenir al eros en el plano elemental, incluso con peligro de alimentar una especie de demonismo o de posesión.

Antes de continuar, revisemos el camino recorrido. Hemos rechazado cualquier interpretación biológica finalista del hecho erótico, y en cuanto a la explicación según el freudiano "principio del placer", no la hemos juzgado satisfactoria, igual que esa otra que considera al "instinto de reproducción" el hecho inicial del impulso erótico. Nos ha parecido más real la teoría "magnética"; hemos profundizado en ella por medio de los datos extraídos de las enseñanzas tradicionales que hablan de un estádo o fluido capaz de impulsar "catalíticamente" a los amantes, por la presen¬cia de las fuerzas básicas (yin y yang) que delimitan la polaridad sexual

y la, sexualización en general; es correlativo un desplazamiento del plano de la consciencia, lo cual motiva a su vez una alerta mágica del podér de imaginación y un monideísmo más o menos intenso. La vieja teoría de que cuando alguien es dominado por el eros se produce un cambio invisible en su sangre, ha quedado revaluada. Por fin, hemos examinado los condiciona¬mientos unidos al complementarismo existencial de los seres enamorados, en el marco de una doctrina que tiene en cuenta las múltiples capas de la persona; sin embargo, resaltamos que siempre debe considerarse la base y la fuerza primaria de todo el proceso lo que proviene directamente de la relación de la masculinidad pura con la femineidad pura. Y a este respecto, el proceso será más intenso cuanto más neta sea la diferenciación de los sexos, es decir, la sexualización.

Pero al llegar a este punto se podría pensar que en lo concerniente a lo esencial apenas se ha avanzado algo. ¿Acaso no hemos reconocido que, por regla general, cuanto se alega para explicar el hecho erótico es inútil, porque en realidad se explica por sí mismo? Inevitablemente, hemos tropezado con el problema fundamental: por encima de todo, ¿por qué se sienten atraídos el hombre y la mujer mutuamente? Obligados a reconocer en el eros un hecho elemental e irreductible, hay que encontrar el significado de ese hecho. Esto equivale asimismo a preguntarse por el significado del sexo en cuanto tal. Hemos llegado al centro de la metafísica del sexo en sentido estricto. De ello trataremos en el capítulo siguiente.

Sobre la experiencia de la unión sexual

Diferentes autores consideran significativo el hecho de la seriedad que penetra a los amantes en el momento de la unión de los cuerpos. En estos momentos, cesa cualquier broma, cualquier futilidad, cualquier vana galantería, cualquier expansión sentimental. El libertino y la prostituta misma, cuando no está anestesiada por un régimen de prestación pasiva e indiferente desde el comienzo hasta el fin, no constituyen en esto una excepción. "Cuando se ama, no se ríe; quizá se sonríe apenas... En el espasmo se está serio corno en la muerte". Toda distracción cesa. Además de seriedad, la unión sexual comporta un grado de concentración particularmente elevado, aunque a menudo sea una forma de concentración involuntaria, impuesta al amante por el mismo desarrollo del próceso. Por esta razón, todo lo que a pesar de todo le distrae puede tener sobre él un efecto inmediato eróticamente inhibitorio, inclusive psicológicamente inhibitorio. Emotivamente, y figuradamente, es esto lo que implica el "don" de un ser al otro en la cópula; inclusive cuando el todo tiene el carácter de una unión fortuita y sin continuación. Estos rasgos, esta seriedad, esta concentración, son reflejos del sentido más profundo del acto de amor, del misterio en él incluído.

Ya hemos hablado en la Introducción de la dificultad de recoger testimonios a propósito de los estados que el hombre y la mujer experimentan en el límite de la unión sexual: no solamente es debida esta dificultad al natural escrúpulo en hablar, sino a menudo también al hecho de que el climax, el acmé, corresponde a condiciones de conciencia reducida, a veces inclusive a soluciones de continuidad, es decir, a interrupciones de la conciencia. Y es natural: no se puede esperar otra cosa de un estado de parcial, pero sin embargo brusca, "trascendencia", en el caso de seres en

los cuales toda conciencia equivale a la condición de ser conscientes como individualidades finitas, empíricas, condicionadas. La conciencia ordinaria sabe conservarse intacta en el momento de la unión casi tan poco como ella puede sobrepasar lúcidamente el umbral del sueño lleno de sueños con el que se realiza un cambio de estado semejante, una ruptura de nivel análoga. Entre los dos casos, habría sin embargo, en principio, la diferencia debida a la exaltación, a la embriaguez, al raptus propio del estado erótico en general y, por el contrario, ausente en el tránsito al estado de sueño, al que de costumbre se entrega uno presa de la fatiga y con disposición a perder la conciencia. Esta exaltación provocada en el punto de partida por el magnetismo sexual podría servir de punto de apoyo, podría constituir una condición favorable para la continuidad de la conciencia y, por tanto, para su "apertura" eventual a través de la unión. Pero cuándo ocurre esto, y en qué medida, en el amor profano, es difícil de precisar. Para un estudio desde el exterior, científico u objetivo, sobre bases diferenciales, es extremadamente insuficiente la documentación de que disponemos. A esto se añade que, en rigor, no habría por qué limitarse a las experiencias de los hombres y las mujeres de nuestra raza y de nuestro tiempo. Sería preciso igualmente tomar en consideración otros pueblos y épocas diferentes, en los cuales hay lugar a suponer que las posibilidades de experiencia interior no fueron idénticas a la de la humanidad moderna europeizada. Por otra parte, la utilización directa del material recogido personalmente por el autor no se ajusta al carácter de este libro. En las consideraciones que seguirán, no olvidaremos este material, pero lo haremos valer indirectamente. Hemos aludido al posible valor de documento que presenta cierta materia ofrecida por la literatura de tono eró¬tico. Pues bien, allí donde esta literatura nos ha parecido expresar de cerca lo que nos ha sido dado oir directamente de una u otra persona, y allí donde, por otra parte, ella parece resultar suficientemente atendible en base a consideraciones generales, recurriremos a ella.

Ya en los Upanishades se hace alusión al raptus extático, a la posibilidad de la "supresión de la conciencia del mundo exterior tanto como del mundo interior", cuando "el hombre es abrazado por la mujer"; de una cierta manera, se establece una analogía entre esta experiencia y aquélla que interviene con la manifestación del átmá, es decir, del Yo trascendente ("así el espíritu, cuando es abrazado por el átmá, que es el conocimiento mismo, no ve ya ni las cosas exteriores ni las cosas interiores"). Cuando, en Werther, el protagonista de la novela dice: "Desde entonces, el sol y la luna y las estrellas pueden continuar tranquilamente su curso, yo no sé si es de día o de noche, y todo el universo desaparece ante mí", estamos sobre el plano de la literatura romántica, pero hay también algo más, porque la dirección hacia el raptus indicada es idéntica a la que se concretiza y tiene lugar en la unión sexual, según este pasaje del Upanishad. Desde el principio del orgasmo sexual se produce un cambio —ulterior potencia de aquél que intervino tendencialmente con el enamoramiento— y, en el límite, con el espasmo, tiene lugar un traumatismo en el individuo, una intervención, sufrida en lugar de ser asumida, del poder "que mata". Es sin embargo algo que "atraviesa" el ser en lugar de ser asido y asimilado.

Respecto a los estados que se manifiestan en la constitución más profunda del individuo, en general es preciso establecer una diferencia entre el caso de la unión real de un hombre con una mujer según un magnetismo engendrado por su

existencialidad polarmente diferenciada, y el caso de, podríamos decir, un empleo consentido del cuerpo para un fin en el fondo autoerótico, poco diferente de la masturbación; es decir, para llegar al puro espasmo orgánico de una satisfacción individual del hombre o de la mujer, o de ambos, sin una comunicación o compenetración afectivas. Esta última es la situación que, en el fondo, se realiza cuando se está orientado hacia la simple "búsqueda del placer", cuando el "principio del placer" domina la unión, hasta el punto de darle ese carácter extrínseco al que hemos aludido cuando hemos negado que dicho principio sea el resorte más profundo del eros. En este caso, cada uno de los dos amantes es alcanzado por una especie de impotencia; goza sólo para sí, ignorando la realidad del otro ser, no llegando a ese contacto con la sustancia íntima, sutil y "psíquica" de lo que, solo, puede alimentar una intensidad disolvente y propiciadora del éxtasis. Es posible que, en la Biblia, la expresión "conocer" a una mujer, empleada como sinónimo de poseerla, haga alusión a la orientación de la unión opuesta a esa, mientras que es interesante que inclusive en el Káma-sútra la unión con una mujer de casta inferior que no dura más que hasta que el placer del hombre sea satisfecho, se llame "la cópula de los eunucos".

Un testimonio interesante es aquél de una joven que, en el espasmo sexual, tenía la impresión de "ser transportada, por así decir, a una esfera superior", "como al principio de una narcosis por cloroformo". La imaginación no tiene más que una parte accesoria en descripciones como la siguiente, que es una de las que podemos presentar como ilustración de testimonios directos recogidos por nosotros mismos: "El y ella eran, ahora, una sola persona... El no era ya él mismo. Era la mitad de un nuevo cuerpo; por esto, todo era tan extraño, arriba, arriba, arriba. Una luz cegadora brilla repentinamente con un rumor ensordecedor que no era enteramente un rumor; se encontraban lanzados en la eternidad, en un torbellino de colores y de formas; después tuvo lugar un choque súbito y cayeron hacia abajo, hacia abajo. El cerró los ojos con terror, hacia abajo, hacia abajo; ellos continuaron cayendo por siempre, hacia abajo, hacia abajo" (L. Langley). La noción de un "rumor ensordecedor" figura de hecho en la fenomenología de la conciencia iniciática, como asimismo figura en ella la sensación de hundirse. Pero es preciso hacer notar que frecuentemente esta sensación interviene de forma de provocar un sobresalto instintivo, como cuando se está a punto de quedarse dormido, y en una fase de tránsito de las experiencias provocadas por el haschich, como recuerda el mismo Baudelaire en Paraísos artificiales. Por la convergencia evidente del contenido, podemos añadir también el testimonio de una persona mortalmente alcanzada por una explosión, experiencia de encaminarse a un efectivo "abrirse" y "salir" en el caso de que la muerte hubiese sobrevenido: "La explosión fue tan próxima que no la sentí, casi podría decir que no me apercibí de ella. De golpe, la conciencia ordinaria de vigilia quedó interrumpida. La conciencia, bien clara, de un precipitarse cada vez más abajo: con movimiento acelerado, pero sin tiempo. Yo sentía que, al término de aquella caída, que no me suscitaba miedo, se abriría algo muy grande; como un hecho definitivo. Por el contrario, de improviso, la caída se interrumpió. En el mismo instante, volví en mí, me encontré en el suelo entre los escombros, los árboles arrancados, etc." Se trata aquí de las sensaciones típicas que acompañan el cambio de estado o de nivel de conciencia. Con la sensación referida un poco más arriba, concuerda la sensación

siguiente en la que, por ende, además de la caída es interesante la segunda fase, por la referencia a una iniciativa positiva de la mujer: "Le pareció que se precipitaba vertiginosamente con ella como en un ascensor cuyos cables de acero se hubieran roto. De un momento a otro, quedarían aplastados. Continuaban por el contrario hundiéndose en lo infinito, y cuando ella le enlazó el cuello con sus brazos, no fue ya un hundimiento, sino una caída y, al mismo tiempo, una ascensión más allá de toda conciencia" (F. Thiess).

He aquí otra cita a la que tenemos motivos para atribuirle igual valor testimonial: "Había dos cuerpos, después un solo cuerpo; un cuerpo en el otro, una vida en la otra vida. No había más que una necesidad, una búsqueda, una penetración hacia abajo, hacia abajo, cada vez más profundamente, hacia arriba, hacia arriba, cada vez más arriba, a través de la carne, a través de la blanda, ardiente tiniebla, que crecía ilimitada, In tiempo" (J. Ramsey Ullman). En más de un caso, en la penetración cada vez más profunda en el regazo femenino, en el hundimiento en él, está atestiguado un sentimiento de unión con una sustancia sin límites, con una oscura "materia prima", y es por esto por lo que, en una especie de embriaguez disolvente (y, en algunos, con una aceleración paroxística del orgasmo), se haya sentido arrastrado al límite de la inconsciencia. Veremos que el contenido de experiencias de este tipo, no del todo excepcionales, que se pueden discernir cuando se les presta un lenguaje adecuado y cuando se las despoja de hechos emocionales más superficiales, presenta una correspondencia significativa con los símbolos elementales activados en el régimen mágico e iniciático de la unión sexual. Quizá pueda ser interesante también esta otra cita: "Los latidos de mi corazón se hicieron cada vez más rápidos. Después sobrevino una crisis que me dio la sensación de un voluptuoso sofocamiento que se transformó, finalmente, en una terrible convulsión durante la cual perdí el uso de los sentidos y sentí que me hundía" (J. J. Le Faner. Se trata de una joven).

Novalis, en una de sus obras, dice que "la mujer es el supremo alimento visible que forma el punto de transición del cuerpo al alma" y hace notar que, en la experiencia erótica, convergen dos series en dos direcciones opuestas. Partiendo de la mirada, el lenguaje, la unión de las bocas, el abrazo, el contacto y así sucesivamente hasta la unión sexual, "son los grados de una escala por la cual desciende el alma" hacia el cuerpo. Pero simultáneamente —dice Novalis— hay otra escala, "a lo largo de la cual el cuerpo sube" hacia el alma. En el conjunto, se podría pues hablar de la experiencia tendencia) de una "corporeización" del espíritu que tiene lugar al mismo tiempo que una sutilización del cuerpo, hasta el establecimiento de una condición intermedia, ni espiritual ni corporal, a la que —como ya hemos dicho— corres¬ponde exactamente el estado de ebriedad erótica. Cuando esto se verifica, a través de la mujer se llega, en una cierta medida, a superar la frontera entre el alma y el cuerpo, en un principio de expansión integradora de la conciencia en las zonas profundas habitualmente obstruidas por el umbral del inconsciente orgánico. Sobre esta línea, la expresión "unirse con la vida" podría adqui¬rir un significado notable. En otro pasaje, el mismo Novalis habla efectivamente de la iluminación vertiginosa, comparable a la de la unión sexual, en la cual "el alma y el cuerpo se tocan" y que es el comienzo de una transformación profunda. En el amor profano, las experiencias de este género a través del uso de la mujer son raras y fugitivas, pero no por esto menos reales ni menos desprovistas de un valor indicativo. Transcribimos ahora un pasaje de

un escritor que encierra indicaciones que tienen un valor signalético positivo: "En él ocurrió algo misterioso, algo que jamás le había ocurrido... Esto penetró todo su ser, como si, en la médula de sus huesos, hubiesen vertido un bálsamo mezclado con un vino muy fuerte que le embriagaba al instante. Como en una borrachera, pero sin impurezas... Esta sensación no tenía ni principió ni fin; era tan poderosa que el cuerpo la seguía, sin ninguna relación con el cerebro... No eran los cuerpos los que estaban unidos, sino la vida. El había perdido su individualidad. Era transportado a un estado cuya duración no podía asir. No se ha inventado ningún lenguaje para expresar este momento supremo de la existencia, donde se podía ver toda la vida desnuda e inteligible... Después descendieron de nuevo" (Liam O'Flaherty).

La idea de que, bajo un otro aspecto, la idea liberada por el sexo en lá unión sexual puede actuar de una manera purificadora, catártica, pertenece al dionisismo y a toda otra corriente de la misma dirección. Pero a ello pueden corresponder también momentos que a veces intervienen en la misma experiencia del amor profano. De Lawrence, no se puede decir ciertamente que fuera un iniciado; pero él no hace sólo literatura ni se limita a teorizar cuando hace decir a uno de sus personajes: "Sentía haber tocado el estado más salvaje de su naturaleza... ¡Cuánto mienten los poetas y todos los demás! Os hacen creer que tienen necesi¬dad del sentimiento, cuando de lo que tienen verdadera necesidad es de otra sensualidad aguda, destructora, terrible... Inclusive para purificar e iluminar el espíritu es precisa la sensualidad sin frases, la pura, ardiente sensualidad." Ya hemos hecho notar que, en general, este escritor se queda en una mística aberrante de la carne, y las frases que acabamos de citar se refieren a la experiencia saludable que, para un tipo sexualmente desviado —cual corresponde a la gran mayoría de las mujeres anglosajonas modernas—, puede representar un uso del sexo sin frenos ni inhibiciones. A pesar de esto, aquí puede darse también un testimonio respecto a lo que experiencias de este género pueden otorgar, además, como purificación, como abolición o neutralización de todo lo que en la vida del individuo exterior, social, crea un obstáculo objetivo impidiendo el contacto con las capas más profundas del ser: inclusive cuando falta un verdadero elemento transfigurante, conviene hablar, justamente como lo hace Lawrence, de simple "sensualidad". Naturalmente, en una tal experiencia los aspectos positivos son fortuitos y raros, nunca reconocidos en su justo valor por el sujeto, por lo cual siguen no siendo susceptibles de un desarrollo ulterior, de cualquier "cultura". Antes bien puede nacer el equívoco de Lawrence, el de una religión "pagana" de la carne, mientras que en tal sentido es Spengler quien ha sabido ver con justeza, cuando dijo que la orgía dionisíaca tiene en común con la ascesis el hecho de ser enemiga del cuerpo.

Estudiando determinados testimonios suministrados por amantes, se encuentran frecuentemente situaciones que conducen a lo que ya hemos dicho respecto a un caso de hebefrenia referido por Marro. Personas que han intentado prolongar el espasmo sexual más allá de un cierto límite, insistiendo en uno u otro procedimiento de excitación, hablan de la sensación insoporta¬ble de una fuerza —"como una electricidad"— que viene de los riñones o corre a lo largo de la espina dorsal, con una tendencia ascendente. En este punto, la experiencia deja ya de ser deseable para la mayoría, parece presentar solamente un carácter físico doloroso, no se soporta, se interrumpe el acto. En estos casos, se debe pensar en las consecuencias

de un comportamiento interior tal, que no permite otra cosa que precisamente percepciones que se han vuelto físicas. Es como si, en un momento dado, en el individuo, el circuito psíquico de embriaguez sexual exaltada fuese sustituido por un circuito exclusivamente físico. De ahí la degradación del proceso: solamente sensaciones negativas llegan al umbral de la conciencia. Pero detrás de una tal feno¬menología, no es arriesgado suponer la de las formas parciales, esbozadas, del despertar de la kundalini, de la fuerza basal, al cual se dirigen sobre todo las prácticas del Yoga tántrico, pero que —se dice— pueden también manifestarse incidentalmente con ocasión de la unión sexual. Y "el estremecimiento, el fuego rápi¬do y devorante, más fugaz que el relámpago", del que habló J. J. Rousseau al referirse a sus experiencias más íntimas, no deja de guardar relación con hechos análogos vividos por más de una persona.

Es preciso hacer notar además, que esbozos de una acción, por así decir, evocadora e incitante, dirigida al despertar de la fuerza basal, están contenidos también en algunas costumbres de tradición no europea, por ejemplo, en lo que se llama la danza del vientre, en particular cuando es la mujer quien la ejecuta, con un trasfondo erótico. Es cierto que con esto nos encontramos ya más allá del dominio del eros simplemente profano, porque esta danza, de la que el Occidente no tiene más que una idea banal de café-concierto, tiene un carácter sacral y tradicional. Ella comprende tres tiempos marcados por la altura de los movimien¬tos de los brazos y por la expresión del rostro, que corresponden a otros tantos períodos de la vida de la mujer. El último tiempo hace alusión a la función erótica de la mujer, potencial desperta¬dora de la fuerza basal durante la unión sexual, y es en este últi¬mo tiempo en el que se figura el movimiento basal, típico, rítmico, del vientre y del pubis. Puede ser interesante conocer el siguiente testimonio de una persona (G. de Giorgio) que asistió a una ejecución de esta danza en sus formas auténticas: "Yo he asistido a' una verdadera danza del vientre: una árabe y varios árabes acuclillados que sincopaban el ritmo; yo, el único europeo.

Inolvidable. Esta danza, naturalmente sagrada, es un desenvolvimiento de la kundalini, con evasión hacia lo alto. Simbólicamente, es formidable, puesto que es la mujer la que la ejecuta y en ella sufre bastante, casi como (pues es dificilísima la verdadera danza) en un parto, y es que es un parto: pero la cosa más bella, más conmovedora, es el acompañamiento, con su canto, de la mujer misma; cantos que transportan, que acompasan la evasión, el ciclo de desenvolvimiento, la deificación ascensional, el tránsito de anillo en anillo, desde el primero hasta el último centro". Si el material etnológico no fuera recogido por gente incompetente, que tienen el mismo espíritu que un coleccionista de sellos, los testimonios de este género podrían multiplicarse fácilmente y los "civilizados" encontrarían probablemente razones para avergonzarse al constatar a lo que, por lo general, se reducen sus amores.

En el campo positivo, médico, se testifican casos en que, en el acmé de la unión física, las mujeres se desvanecen o caen en estados semicatalépticos susceptibles de durar horas y horas. Casos de este tipo fueron ya señalados por Mantegazza en el capítulo VIII de su Fisiología de la mujer; pero en los tratados de erótica hindú son presentados como normales y constitutivos en determinados tipos de mujeres. Algunas fatales consecuencias debidas a síntomas de este género,

semejantes a aquéllas de que habla Barbey d'Aurevilly en su novela Le rideau cramoisi, han dejado recientemente su eco en la misma crónica negra. No se trata aquí de "hechos histéricos" —término genérico que nada explica, y que a menudo no hace otra cosa que sustituir un problema por otro problema—, sino más bien de fenómenos que resultan perfectamente comprensibles en el marco, presentado por nosotros, de la metafísica del sexo. Pero allí donde no se verifica la interrupción de la conciencia, a menudo ciertos estados que incidentalmente acompañan el "placer" o que se muestran como repercusiones sucesivas del acmé de la unión sexual, son en sí mismos bastante significativos. Se trata de estados que el pasaje siguiente expresa bastante bien: "A veces, entre sus brazos, ella se sentía invadida de una especie de torpor casi clarividente, en el cual creía convertirse, por transfusión de otra vida, en una criatura diáfana, fluida, penetrada de un elemento inmaterial y muy puro" (D'Annunzio, en 11 Piacere). Ya Balzac, con un mayor margen literario idealizante, se refirió a una sensación de este género: "Cuando, perdido en el infinito del agotamiento, el alma separada del cuerpo voltea fuera de la tierra, estos placeres parecen un medio de abolir la materia y rendir el espíritu a su vuelo sublime." En realidad, en los amantes, es bastante frecuente una especie de trance muy lúcido, paralelo a un estado de agotamiento físico, después de la cópula. Es una especie de eco difuso posible del cambio de estado intervenido objetivamente, es decir, cuando no ha sido percibido como tal en el acmé de la unión: una especie de franja de resonancia de este acmé. De costumbre, el elemento sutil, hiperfísico, de este eco es sin embargo neutralizado súbitamente, porque se vuelve en sí, o bien porque es alterado por sentimientos de simple proximidad amorosa humana.

Conclusión

El sexo es "la más grande fuerza mágica de la naturaleza"; en él actúa un impulso que conlleva algo del misterio del Uno, incluso cuando, en las relaciones hombre-mujer, casi todo se degrada en caricias animales, se agota y se dispersa en una sentimentalidad ñoña e idealizante, o en el régimen habitual de las uniones conyugales socialmente autorizadas. La metafísica del sexo subsiste hasta en los casos en que ante el espectáculo de la miserable humanidad, y de la vulgaridad de infinitos amantes de infinitas razas —máscaras e individuaciones innumerables del Hombre Absoluto a la busca de la Mujer Absoluta, en una aventura siempre de nuevo sincopada en el círculo de la generación animal— difícilmente se consigue vencer un sentimiento de rebeldía y de disgusto, y se estaría tentado de aceptar la teoría biológica y física que hace derivar la sexualidad humana de la vida de los instintos y de la simple animalidad. No obstante, si un reflejo cualquiera de una trascendencia vivida toma forma involuntariamente en la existencia ordinaria, esto llega a través del sexo, y cuando se trata del hombre ordinario, a través del sexo solamente. No son los que se entregan a especulaciones, a actividades intelectuales, sociales o "espirituales", sino sólo los que se elevan hasta una experiencia heroica o ascética los que van más lejos en este sentido. Pero para la humanidad corriente, únicamente el sexo, ya fuese en el arrebato, en el espejismo o en el oscuro traumatismo de un instante, proporciona aberturas más allá de las condicionalidades de la existencia puramente individual. Aquí reside el verdadero fundamento de la importancia que el amor y el sexo han tenido y tendrán siempre en la vida humana, y que no iguala ningún otro impulso.

Podemos concluir este estudio con estas palabras. Somos de sobra conscientes de sus insuficiencias, especialmente en cuanto concierne a la fenomenología del amor sexual profano normal y "anormal", a propósito del cual, sólo el especialista convenientemente orientado —el psiquiatra, el neurólogo, el ginecólogo—habrá tenido oportunidad de recoger un material más rico, para corroborar ulteriormente muchas cosas que en estas páginas no han podido ser más que señaladas. Pese a ello, creemos haber alcanzado el fin principal que nos habíamos propuesto: dar el sentido de un conjunto que tiene tanto dimensiones metafísicas como hiperfísicas, en el cual debe integrarse todo cuanto se conoce habitualmente como amor y sexo, si se quiere comprender su aspecto más profundo.

A este fin, hemos tenido que abordar asimismo dos dominios inhabituales: el de las experiencias liminales que muchos se senti¬rían tentados de excluir del curso "sano y normal" de toda experiencia erótica, y el dominio de las enseñanzas secretas, de los mitos, de las tradiciones cultuales y rituales de civilizaciones alejadas de nosotros en el espacio y en el tiempo. Pero, en este conjunto, hemos podido recoger los elementos necesarios para explicar la parte por el todo, y para extraer de lo superior la clave para comprender lo inferior. De este modo, la consideración de estos dos dominios, del segundo particularmente, se ha llevado la parte más importante en la economía de nuestra investigación, y nos hemos adentrado en ellos, sin preocuparnos de las impresiones de extrañeza, incluso quizá de divagación y de extravagan¬cia que cierta categoría de lectores puede haber experimentado.

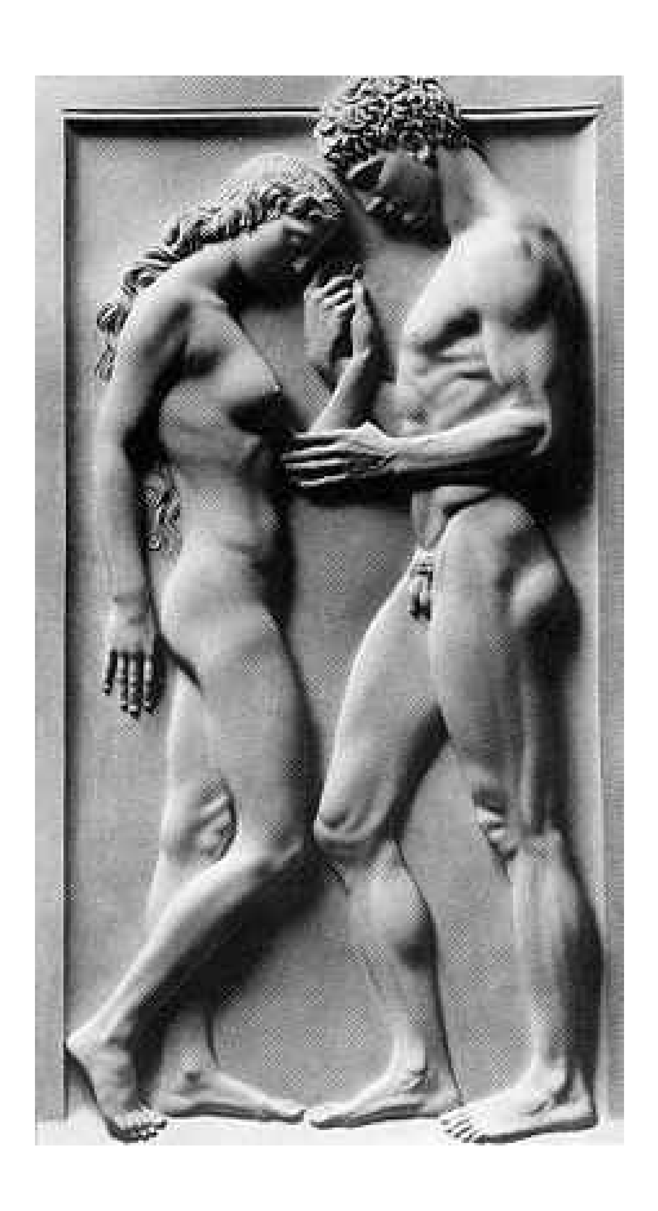
En realidad, respecto a lo que presenta un carácter aparente de "anormalidad", ya en nuestra Introducción señalamos el error consistente en tomar por "normal" lo que se presenta en la mayor parte de los casos. En el riguroso sentido de la palabra, debe ser por el contrario considerado como "normal" lo que es típico, lo que no tiene nada que ver con el número o la mayor frecuencia, porque, en general, no se lo encuentra más que muy raramente. En este mismo sentido, un hombre perfectamente sano, bien formado, poseyendo todos los rasgos morfológicos del tipo ideal, es empíricamente una aparición excepcional, pero no por esto es "anormal"; por el contrario, es justamente el que atestigua la normalidad. La misma idea se debe aplicar a los aspectos del eros, del amor y de la sexualidad que, inclusive cuando se les tiene por posibles, en nuestros días y para la mayoría se presentarán como anormales y excepcionales, de tal forma que sería preciso no tenerlos prácticamente en cuenta. Nuevamente, en una consideración de orden superior, pueden invertirse los criterios: lo anormal (lo típico) es lo normal, y lo normal (lo que se encuentra ordinariamente en la mayoría) es lo anormal.

Esta consideración encuentra una aplicación especial, si se comparan las formas de sexualidad universalmente difundidas hoy día con los horizontes enteramente diferentes que nos ha abierto el estudio de otros tiempos y otras civilizaciones. El hombre moderno se ha acostumbrado a contemplar su civilización como normal y, en consecuencia, el conjunto de los comportamientos que mejor la caracterizan. Y casi nadie pone en duda que cualquier otra civilización y cualquier diferente forma dada a la existencia en el pasado tenga que ser medida únicamente por la escala de lo que hoy en día resulta familiar. Si se persiste en esta singular infatuación, incluso en los aspectos del sexo se impondrá una idea completamente

deformada y mutilada respecto a lo que es "normal" y "real". En efecto, como en todo dominio que interesa espiritualmente, también en el dominio del amor y del sexo lo que nuestros días y la época moderna en general pone casi exclusivamente de relieve presenta un carácter regresivo. A la moderna "manía del sexo" a la que hemos hecho alusión en la Introducción, corresponden en general formas de una sensualidad primitivista, informe o rayana en la neurosis y en la corrupción más banal. De ahí el nivel de la literatura sexológica, erótica o criptopornográfica de nuestros días, como asimismo el de tantas obras que quisieran ser de divulgación y servir de guía para la vida sexual. Ahora bien, el desplazamiento y la ampliación de las perspectivas a que hemos intentado contribuir con nuestros trabajos sobre otros temas, este estudio se los ha propuesto en uno de sus principales aspectos, justamente por su relación con el dominio del eros y del sexo. Así como el mundo tradicional, y lo que se ha conservado de él hasta tiempos relativamente recientes, en civilizaciones distintas a la del Occidente moderno, conocía una imagen del hombre que, por no estar limitada a la materialidad, a la "psicología" y a la fisiología, era infinitamente más completa que la imagen moderna, de la misma manera, en ese mundo tradicional se considera íntegramente el sexo, se le estudia y se le practica en sus valores y en sus posibilidades superiores. Y no es sino refiriéndonos a las categorías, los conocimientos y las experiencias de este mundo diferente, como se puede alcanzar una comprensión real, es decir, genética de las formas mismas a las que hoy día el sexo se ha reducido y, en general, de las formas accesibles a la mayoría de los tipos humanos menos diferenciados, formas que muy bien podríamos considerar como subproductos del sexo.

He aquí pues las perspectivas que ha querido cubrir este ensayo, proponiéndose solamente una ampliación del saber: dar el sentimiento de que lo que ya nos hemos habituado a mirar y que casi sin excepción encontramos a nuestro alrededor, de manera que nos parece normal y evidente, no agota la totalidad, y de que en cuanto a las teorías sexológicas corrientes, especialmente las influenciadas por el biologismo evolucionista o por las ideas fijas psicoanalíticas, no dejan ver siquiera lo que más importa. Si el hecho de hablar de una metafísica del sexo no se le aparece ahora al lector como una extravagancia, será ya suficiente. Por lo demás, diferentes cosas de las que hemos dicho podrán servir a alguna persona más calificada y diferenciada para esclarecer sus experiencias y sus problemas. Respecto al dominio del sacrum sexual y de todo cuanto ha sido especialmente considerado en el último capítulo, con la referencia a enseñanzas secretas, la instrucción adquirida será eventualmente la idea de que un tal orden de cosas tiene posibilidades atestiguadas por tradiciones concordantes a menudo pluriseculares. Pese a que hayamos mencionado casos de prolongaciones de estas tradiciones hasta nuestros días, ha sido sólo para tomar conciencia de ellas, pero excluyendo a la mayoría de nuestros contemporáneos; y quizá lo mismo vale para esos dominios de frontera del mismo ecos profano ante el que a veces nos hemos detenido. El hombre es diferente, el ambiente es diferente, prácticamente no se puede contar más que con los casos excepcionales. De todas formas, como ya dijimos al principio, repitiendo lo que en otras ocasiones y en otras obras hemos escrito respecto al fin y a la aclaración de uno u otro aspecto de la concepción no-moderna de la vida y de los correspondientes comportamientos, es ya suficiente llegar a tener sentido de las distancias, a fin de

darnos cuenta de donde nos encontramos hoy. Igualmente, en lo que concierne al sexo, el redescubrimiento de su sentido primario es el más profundo, y el uso de sus posibilidades superiores depende de la reintegración eventual dél hombre moderno, de su enderezamiento y de la superación de los bajos fondos psíquicos y espirituales a los que le conducen los espejismos de su civilización material. En efecto, en estos bajos fondos, el sentido mismo del hecho de ser verdaderamente hombre o verdaderamente mujer está destinado a desaparecer; el sexo no servirá sino para arrastrar todavía más hacia abajo; inclusive fuera de lo que concierne a las masas, reducido a su contenido de simple sensación, el sexo será únicamente el lenitivo ilusorio, sombrío, desesperado, para el disgusto y la angustia existenciales del que se ha comprometido en un callejón sin salida.



EROTISMO Y SEXUALIDAD:
CEREBRO MASCULINO Y CEREBRO FEMENINO

Herminia Pasantes

En el cerebro también: *vive la différence!*

Las emociones tienen un sustrato orgánico en el cerebro, que en muchos casos está bien localizado y estudiado. Hay, sin embargo, un aspecto esencial de la emoción humana para el cual esta contraparte orgánica y molecular no ha podido identificarse. Se trata nada menos que del conjunto de emociones que pudieran asociarse con el sentimiento del amor. Difícil de definir —aunque fácil de experimentar— no sabemos siquiera si el amor es o no, una característica privativa de la especie humana. Y sin embargo, puede intuirse, aunque hay que admitir que sin contar con muchas bases científicas, el hecho que la emoción amorosa, asociada en muchas ocasiones con un profundo interés sexual, debe residir en alguna región del cerebro que hasta ahora ha conseguido escapar a la mirada escudriñadora de los neurobiólogos. Esta vez, la naturaleza no ha querido contribuir a esclarecer este punto y, por suerte o por desgracia, no existe el famoso filtro del amor, tan buscado desde siempre por el hombre, como la piedra filosofal o la fuente de la eterna juventud. No hay fruto, ponzoña o raíz que cumpla el sueño de convertir al indiferente en amante apasionado. Y sin embargo, el sentimiento amoroso tiene características muy similares a las de un fenómeno bioquímico y molecular: es específico, dirigido a una persona en particular, ignorando al resto. Ya lo dice sor Juana: "...Por quien no me apetece ingrato, lloro, y al que me llora tierno, no apetezco..." Presenta el rasgo de desensibilización, es decir, después de un tiempo de obtenerse el "estímulo" deja de tener el mismo efecto, igual que sucede con las neuronas que reciben estimulación continua por un mismo neurotransmisor. (¡Qué tal la pasión de Romeo y Julieta después de 14 años de matrimonio!) Es desplazado por agonistas más potentes, característica resumida por la sabiduría popular con aquello de que: "un clavo saca a otro clavo". En fin, que el sentimiento amoroso seguramente tiene un componente

bioquímico que actúa en el sistema nervioso, principio y fin de todos los sentimientos humanos, pero que hasta la fecha permanece perdido entre las circunvoluciones cerebrales. En tanto esto se descubre, los científicos han examinado con cierto detalle, y ciertamente con más éxito, los rasgos materiales del comportamiento sexual.

Es curioso constatar que, en estos temas, la participación del cerebro se ha invocado sólo muy recientemente. Y sin embargo hay muchísimas cuestiones, a cual más interesante, relacionadas con la vinculación entre sexo y cerebro. No digamos ya con el erotismo, una conducta emocional que, generada entre algunos vericuetos anatómicos o en intrincados circuitos funcionales no identificados aún, es esencialmente privativa de la especie humana. Mientras que el hombre comparte con el animal algunos patrones de conducta parasexuales que están muy alejadas de los esquemas estereotipados de la cópula en los animales. Ya lo dijo en una hermosa frase Octavio Paz: "... el erotismo es invención, variación incesante; el sexo es siempre el mismo...". El universo erótico del hombre se extiende hasta matizar una gran proporción de sus acciones, pensamientos y emociones. Alcanza en la especie humana una esfera de influencia mental y emocional sin paralelo entre sus congéneres animales. Parte de la gran diferencia en las características de la actividad sexual entre el hombre y los animales es su ubicación en el tiempo. Resulta divertido imaginar qué sucedería si, como en el caso de todas las especies animales, la humana tuviera también periodos restringidos para llevar a cabo su actividad sexual y, sobre todo, que el sexo le resultara atractivo e interesante solamente en estos cortos periodos. Resulta casi inconcebible. Habría que replantear, por ejemplo, todo el esquema de productividad laboral, ya que por supuesto, en estos lapsos, el individuo no tendría ojos ni oídos, ni mente ni concentración para otra cosa que no fuera encontrar la pareja, por efímera que ésta resultara. Y luego, "si te vi ni me acuerdo"... Bueno, pensándolo un poco tal vez no estaría tan mal.

Una situación desafortunada para los investigadores interesados en encontrar la contraparte orgánica del erotismo es que, como se mencionó, este fenómeno parece ser una característica exclusiva de la especie humana, por lo que no es posible echar mano para estas investigaciones de los socorridos modelos utilizando animales de experimentación. Tampoco se cuenta, como en otras situaciones, con fármacos capaces de manipular el proceso del pensamiento erótico. Aquí la naturaleza no ha sido pródiga en recursos, y a pesar de que existen extensas listas de productos naturales con presuntas propiedades afrodisiacas, la verdad es que ninguno de ellos ha resistido el rigor de una investigación seria. Claro está que, como en muchas otras situaciones relacionadas con la emoción, el erotismo surge a partir de un conjunto rico, complejo y variado de estímulos tanto exteriores como interiores. Sin embargo, cuando un fenómeno biológico es evocado por un fármaco, si éste es efectivo y suficientemente potente, originará casi indefectiblemente el fenómeno, a pesar de que no existan estímulos o epifenómenos externos que lo potencien o lo inhiban. Con excepción tal vez del alcohol en alguna de las primeras etapas de su efecto, los afrodisiacos no existen. Se conocen, sin embargo, algunas drogas que pueden tener efectos opuestos, es decir, que disminuyen el interés sexual. Pero se trata, en general, de una acción sobre el fenómeno primario del acto sexual y no sobre el complejo y elaborado proceso erótico.

Sin embargo, es posible que al examinar las características del conjunto de acciones muy definidas que acompañan el simple acto sexual en los animales, se pueda tener una primera aproximación al conocimiento de la relación erotismo-sexualidad. En la mayoría de las especies animales existe una serie de situaciones definidas, estereotipadas, que preceden el acto sexual (figura VII.3). Esto, en sí, podría proporcionar el material necesario para un libro completo y muy interesante. Pero el propósito de este capítulo no es tal. Es más bien identificar en el cerebro los sitios anatómicos y los mecanismos moleculares responsables de estas actitudes. Por supuesto, un objetivo importante de estas investigaciones, además de ampliar el conocimiento en sí de la conducta sexual en los animales, es llegar a conocer su equivalente en el ser humano.

Los estudios en animales, en particular en los mamíferos, en lo que se refiere a la relación de los centros nerviosos con los aspectos aparentes de la conducta sexual, han mostrado la existencia de núcleos cerebrales (recordemos que los núcleos son grupos de neuronas) que se activan cuando se despierta en el animal la motivación sexual, lo que ocurre generalmente en el macho ante la aparición de la hembra en celo. Estas investigaciones han hecho hincapié en la importancia del hipotálamo, una pequeña región cerebral que, como hemos visto anteriormente, desempeña un papel clave en la generación y la modulación de las emociones. Se ha observado, por ejemplo, en un estudio en monos, que si algunos núcleos bien identificados en el hipotálamo, se destruyen, los machos pierden todo interés sexual por las hembras. Por el contrario, si se estimulan eléctricamente, el animal muestra una conducta sexual activa, independientemente de las condiciones de estro en la hembra. Las células de esta región tienen un número muy grande de receptores de las hormonas, tanto de andrógenos (hormonas masculinas) como de estrógenos (hormonas femeninas). Esta interacción de las hormonas sexuales con las neuronas es el objeto de estudio de una rama de las neurociencias, la neuroendocrinología, que cada vez adquiere mayor importancia. Es posible que los avances en esta disciplina permitan más adelante identificar con certeza las vías nerviosas y los transmisores químicos involucrados en las respuestas sexuales de los animales y las del ser humano, en lo que a este aspecto se refiere.

La activación de neuronas en estas regiones del hipotálamo excita, a su vez, a otras que tienen a su cargo la iniciación y coordinación de un conjunto de movimientos musculares y viscerales, que se repiten muy consistentemente y culminan con la consumación del acto sexual. Una buena parte de estos estudios se ha llevado a cabo en los animales de laboratorio más comunes: la rata y el ratón; pero recientemente se ha comprobado que los primates, grupo al cual pertenece el hombre, tienen diferencias significativas con los roedores, en lo que se refiere al comportamiento sexual, y que posiblemente se acerquen un poco más a las características del ser humano. En efecto, estudios en monos han mostrado que estímulos externos, ajenos al sujeto mismo de atracción sexual, pueden modificar en algunos casos, sustancialmente, el esquema de comportamiento asociado con la cópula, lo cual nunca se observa en los roedores. Con esto es permisible suponer que el cerebro del mono, que en cierto modo es más evolucionado que el del roedor, ha modificado el mecanismo de comunicación entre las dos distintas áreas de las que se ha hablado, la de la motivación y la de la acción, posiblemente a través del

establecimiento de circuitos inhibidores, que le permiten manejar en forma independiente los estímulos exteriores de las acciones que llevan a la función copulatoria. Esto es obvio que ocurre en el ser humano, en quien la mente puede abandonarse a las más complejas fantasías eróticas, sin por ello tener que, necesariamente, culminar el proceso con un acto sexual. La interrupción de esta comunicación entre la visualización del objeto sexual y, más aún, la imaginación de los sujetos que motivan el acto sexual y los fenómenos puramente mecánicos asociados con el mismo, representa una diferencia abismal entre los animales y el hombre, y constituye un avance gigantesco en la evolución de la función del cerebro en relación con el comportamiento sexual. Desafortunadamente, no existe hasta el momento mucha más información en este sentido acerca del ser humano, pero las investigaciones en los animales del laboratorio avanzan, y aun cuando las hipótesis que se plantean en relación con el comportamiento humano no puedan probarse experimentalmente, como se acostumbra en neurobiología, es indudable que los estudios en animales pueden dar todavía mucha información.

Como en el caso de la mayoría de los temas tratados en este libro, la posibilidad de encontrar una relación entre el erotismo y la función cerebral, incluyendo la localización de alguna o algunas regiones específicamente responsables de este aspecto de la conducta humana, se complica por el hecho de que los estímulos que en el animal son muy simples y bien caracterizados (el olor de la hembra en celo, el color del plumaje o del pelaje de los machos, la expresión del canto en las aves de sexo masculino), en el hombre, además de la existencia de estos mismos estímulos sencillos, que le permiten funcionar en forma simple semejante a la de los animales, existe una multitud de otras motivaciones, externas pero más sutiles, como la representación escrita o plástica, y de manera muy importante, otras internas como la evocación o la imaginación. El problema para encontrar una contraparte orgánica de la actividad erótica es que no existe hasta ahora ningún indicio acerca de la localización anatómica o molecular de estas actitudes de evocación e imaginación.

Tampoco se ha dado, como en el caso de muchas funciones —la visión, el habla— que una lesión cerebral en un sitio específico, prive al hombre de la capacidad imaginativa y creadora que se manifiesta asociada con una conducta erótica.

Otra diferencia importante entre el comportamiento elemental de los animales en relación con el acto sexual y la complejísima conducta del humano en este sentido es el papel que desempeñan las hormonas sexuales en el proceso. Un amigo investigador, especialista en el tema, resume esta diferencia con esta simpática frase: "... no se puede confiar en los eunucos" (figura VII. 4). Mientras que en los animales la extirpación de las gónadas tiene como resultado la virtual desaparición de la actividad sexual, no ocurre así en el ser humano, en quien este procedimiento no sólo no elimina la capacidad para generar fantasías eróticas ni apetito e interés por materializarlas, sino que en muchas ocasiones permite el desarrollo de la actividad sexual en ausencia de las hormonas. El cerebro humano, entonces, mediante su plasticidad característica, puede, con base en la imaginación, suplir una carencia química tan específica como la de las hormonas circulantes. ¡Fantástico!

Lateralización del cerebro. ¿Existe un cerebro femenino y un cerebro masculino?

Un tema que ha apasionado por igual a feministas, antifeministas y machistas, y sobre el que tendríamos mucho que aprender para comenzar a entender la compleja interacción sexualidad-cerebro, es lo que se conoce como dimorfismo sexual cerebral, es decir, la posibilidad de que muchas de las características de la conducta distintiva de los individuos (humanos) de distinto sexo tengan su origen en el cerebro y no tanto en las famosas influencias culturales y sociales que por siglos han distinguido (discriminado) en su trato a la mujer con respecto al hombre. Esta interesante perspectiva surgió del descubrimiento iniciado con timidez hace casi 150 años, de que las dos grandes mitades del cerebro, los hemisferios, que aparecen ciertamente como indistinguibles con la observación superficial, no son tan similares como aparentan.

La historia de este fascinante tema comenzó cuando en 1836, un oscuro doctor de pueblo, Marc Dax, presentó en la reunión anual de la Sociedad Médica de Montpellier un texto en el que reportaba el resultado de sus experiencias en su larga carrera como médico familiar. En muchas ocasiones, Dax había observado la pérdida de la capacidad de hablar, conocida como afasia, por diversos accidentes cerebrales, los más comunes aquellos derivados del rompimiento de arterias cerebrales. Lo que llamó la atención a Dax fue la frecuencia de la aparición de la afasia cuando el daño cerebral ocurría en uno de los dos hemisferios. En más de 40 pacientes con afasia, Dax descubrió que el daño había sucedido en el hemisferio izquierdo. No encontró ni un solo caso en el que el daño hubiera ocurrido en el lado derecho únicamente. En su escueta comunicación ante la Sociedad Médica, Dax presentó sus observaciones y su conclusión, en la que sugería que los dos hemisferios cerebrales podrían no ser idénticos y que algunas funciones estarían preferentemente controladas por uno de ellos, ubicando el control del lenguaje en el hemisferio izquierdo. La ponencia de Dax no suscitó mayor entusiasmo, y el modesto médico rural murió al año siguiente sin saber que había iniciado una de las áreas más fascinantes de la neurobiología moderna: la lateralización del cerebro.

El cerebro está formado por dos hemisferios, dos mitades simétricas y aparentemente idénticas. Sin embargo, la asimetría funcional es evidente en manifestaciones tan comunes como la mayor habilidad que todos los individuos tienen en una mano con respecto a la otra. En realidad, muy pocas personas son efectivamente ambidiestras. La mayoría tiene mayor habilidad con la mano derecha (diestras), mientras que unas pocas la tienen en la izquierda (siniestras o zurdas). Desde hace tiempo se sabe que el control de esta habilidad se encuentra en el hemisferio cerebral contralateral, es decir, en el izquierdo para los diestros y en el derecho para los zurdos. Desde las primeras observaciones de Dax antes referidas, los ejemplos de esta lateralidad se han multiplicado a medida que se hacen investigaciones cuidadosas con respecto a esta peculiaridad en la organización de nuestro sistema nervioso. Los individuos con lesiones en el hemisferio izquierdo claramente tienen dificultades para el manejo de la expresión verbal, que se refleja no sólo en la incapacidad para expresarse por medio del lenguaje sino, asimismo, para comprender el lenguaje de otros.

Al contrario de lo que sucede con el habla, los individuos que sufren daño en el hemisferio derecho tienen problemas para la orientación en el espacio y en la memoria de la relación objeto-espacio, la manipulación de figuras geométricas, la organización de rompecabezas y cualquier otro tipo de pruebas que involucren la relación forma-distancia-espacio. A nivel práctico, un individuo con una lesión de esta naturaleza puede tener dificultades para orientarse en un edificio que no conoce o aun puede tener problemas para reconocer un camino que ya le era familiar.

El interés por esta asimetría o lateralización del cerebro se incrementó cuando se comenzaron a examinar con esta óptica a pacientes que tienen lo que se llama cerebro escindido. Los dos hemisferios cerebrales se encuentran unidos mediante un grueso haz de fibras, denominado cuerpo calloso. En algunos pacientes esta vía debe cortarse y, en estas condiciones, la comunicación entre las dos mitades del cerebro queda interrumpida. Esta circunstancia ofrece al investigador una oportunidad excepcional de conocer las habilidades de cada uno de los hemisferios en forma separada. Con este tipo de investigaciones se ha podido determinar que el cerebro izquierdo está vinculado predominantemente con procesos analíticos, y en especial con la generación y la comprensión del lenguaje, mientras que el hemisferio derecho tiene a su cargo preferentemente el manejo de situaciones relacionadas con ubicación espacial, la capacidad para la música y el procesamiento de información de manera integrada. Basados en estos y otros estudios, algunos investigadores en neurobiología han especulado acerca de la posibilidad de considerar que toda dicotomía conductual, es decir, el ser racional versus intuitivo, deductivo versus imaginativo, radique en una determinada predominancia de uno u otro de los hemisferios cerebrales. El considerar que el intelecto y la lógica tengan su asiento anatómico predominantemente en el hemisferio derecho, en tanto que la intuición y la poesía lo tengan en el izquierdo, es una hipótesis atractiva pero dista mucho de haber quedado demostrada con el rigor que exige la investigación científica. Sin embargo, como sustento de una hipótesis de trabajo de esta naturaleza, está la información clara que indica que sí existe una diferencia entre los dos hemisferios en cuanto al tipo de información que procesan en forma general.

Después del concepto de lateralización del cerebro, una siguiente etapa fue el reconocimiento de que, generalmente, uno de los dos hemisferios es el que domina en cuanto a la dirección de las actitudes conductuales. De este concepto de dominancia cerebral se ha derivado la posibilidad de que en ciertos individuos una de las dos mitades del cerebro pueda ser dominante sobre la otra mitad y, en relación con el tema que nos ocupa, que esta dominancia puede ser distinta en los hombres y en las mujeres, trayendo como resultado diferencias en la forma de manejar situaciones, en actitudes emocionales y posiblemente también en aptitudes diversas para resolver problemas intelectuales. Desde el punto de vista de las reacciones emocionales, las diferencias entre los sexos son, al menos en teoría, bastante claras. El punto entonces reside en que, si como se ha venido diciendo, las emociones se generan en el cerebro las diferencias entre los géneros en cuanto a esta conducta, deben radicar igualmente en el cerebro. Este aspecto no se ha aclarado todavía, excepto tal vez para el caso de la agresividad, como se vio en el capítulo IV; pero sí se tiene alguna prueba acerca de diferencias entre los sexos en ciertos aspectos del manejo intelectual de situaciones sencillas.

Si un hombre y una mujer viajan en automóvil por una carretera, en una región que no conocen, y si el hombre va al volante y la mujer trata de indicarle la dirección que debe tomar analizando un mapa, hay un gran riesgo de que equivoquen el camino varias veces. La mujer no parece encontrarse muy a sus anchas examinando el mapa y es posible que el hombre se impaciente. Sin embargo, cuando la situación es tal que la misma pareja ya ha recorrido el camino una o dos veces, la mujer no tendrá dificultad en señalar la dirección adecuada tomando como referencia señales que ya ha visto antes: una casa con ciertas características, un grupo de árboles, serán otras tantas señales que recordará con facilidad y que le permitirán orientarse sin problemas. Estas son observaciones que provienen de la vida práctica, pero que dan resultados muy semejantes a las que los investigadores obtienen realizando experimentos muy bien controlados en el laboratorio. Liisa Galea, de la Universidad Ontario en Londres, llevó a cabo un estudio de esta naturaleza con estudiantes universitarios y observó que, efectivamente, los hombres superan a las mujeres en la velocidad para localizar rutas en un mapa. (¡Esperamos que estos experimentos contribuyan a conservar la armonía entre las parejas durante las vacaciones!) Además de estos estudios, un número importante de otras investigaciones sobre el tema han permitido concluir que el sentido de orientación en abstracto es, en general, mejor en los hombres, mientras que las mujeres suplen esa deficiencia relativa con una mayor atención a señales específicas. Los especialistas en los aspectos antropológicos de este tema han llegado hasta a considerar la posibilidad de que estas diferencias pudieran haberse derivado de las distintas ocupaciones que durante cientos de miles de años en los grupos primitivos debieron asumir hombres y mujeres —el hombre cazando en lugares muy alejados de los asentamientos, la mujer trabajando en terrenos cercanos al núcleo familiar— y que la habilidad derivada de esta necesidad hubiera quedado después como un carácter biológico adquirido.

Otras diferencias señaladas por los especialistas indican que las mujeres recuerdan mejor, por ejemplo, la colocación de los objetos en un recinto, son más hábiles para encontrar semejanzas y diferencias entre los objetos y tienen mejores resultados que los hombres en las pruebas de lenguaje, como en encontrar palabras que comienzan con una letra. Las mujeres también superan a los hombres en la realización de cálculos aritméticos sencillos. También las mujeres se desempeñan mejor en las tareas que requieren coordinación manual fina, lo que claramente han detectado los encargados de contratar empleados para la industria de ensamble de piezas finas, en las que la gran mayoría de los que allí trabajan son mujeres, simplemente por el hecho demostrado de que son mejores que los hombres para ese trabajo.

Los hombres obtienen mejores resultados que las mujeres cuando se trata de resolver pruebas en las que el resultado implica imaginar un cambio en la posición espacial de un objeto; son mejores también interceptando proyectiles o dirigiéndolos hacia un blanco determinado (¿Qué tan buenos son, por ejemplo, los equipos de beisbol femeninos?) Finalmente, los hombres parecen resolver mejor pruebas matemáticas en las que se requiere un razonamiento lógico. Por supuesto, estamos hablando aquí de resultados estadísticos para el análisis del comportamiento de grupos de individuos. Es evidente que habrá individuos que se alejen más o menos de la respuesta promedio y que se acerquen mucho o poco a la respuesta del grupo con

el que se establece la comparación. ¡Por supuesto, hay mujeres que pueden seguir magistralmente las indicaciones en los mapas!

Para los propósitos de este libro, estas pruebas sencillas que pueden medirse con bastante objetividad, son sólo un indicio de lo que nos interesa, que es la manera como el sexo puede determinar características anatómicas y funcionales en el cerebro, que a su vez incidan sobre el comportamiento emotivo de los individuos.

Las observaciones acerca de las diferencias entre los individuos de distinto sexo para resolver ciertas cuestiones, junto con el concepto de lateralidad del cerebro, parecen sustentar este punto de vista y han llevado a los neurobiólogos a buscar inicialmente posibles diferencias anatómicas o de organización celular en el cerebro de hombres y mujeres, o en animales hembras o machos. En relación con la anatomía, existen diferencias muy obvias en características, como el volumen y el peso del cerebro entre hombres y mujeres, pero esto no tiene mucho significado en relación con la inteligencia o con la emoción. El cerebro del elefante es docenas de veces más grande que el del ratón y sus respuestas no son correspondientemente ni más inteligentes ni tampoco cualitativamente distintas en cuanto a emoción se refiere. Las señaladas diferencias en el conjunto de las respuestas emocionales entre hombre y mujer podrían encontrarse entonces, tal vez, en pequeñas diferencias anatómicas que apenas estamos empezando a sospechar o, quizá más lógicamente, en la consecuencia de la más importante diferencia entre los sexos: la acción de las hormonas sexuales. Esto implicaría, para ser congruentes con lo que se ha mencionado constantemente a través de los capítulos anteriores, que las hormonas modifican la función cerebral. Y así es, en efecto, y tal vez más de lo que imaginamos. Los neuroendocrinólogos se han ocupado de esto y sus investigaciones son muy interesantes. Tal vez lo más novedoso es el hallazgo de que hay un cierto dimorfismo sexual, es decir, una diferencia en el cerebro de hombres y mujeres que se establece en etapas muy tempranas durante la gestación bajo la influencia directa de las hormonas y que va a determinar una conducta de tipo masculino o femenino en el individuo mucho antes de la pubertad.

Esto es interesante porque durante mucho tiempo se consideró que esta conducta era esencialmente una consecuencia de la influencia sociocultural, que espera del niño o de la niña un determinado patrón de comportamiento y que lo determina activamente mediante actitudes y expectativas muy claras y bien definidas. Los resultados de la investigación en neuroendocrinología muestran, sin embargo, que al menos en parte esta conducta está predeterminada por mecanismos biológicos que se desarrollan y se modulan en el cerebro. Por supuesto, las características biológicas y las que provienen del entorno no son independientes sino que se influyen recíprocamente, y la plasticidad del cerebro va a permitir modificar, bajo las circunstancias externas, las directrices que el individuo recibe de su ente biológico.

Existe información, aunque escasa, acerca de cómo las hormonas influyen en el desarrollo del cerebro para determinar las características femeninas o masculinas del individuo desde su nacimiento. En relación con cambios anatómicos, lo que se sabe hasta ahora es que una pequeña zona, el área preóptica del hipotálamo, es visiblemente mayor en los machos que en las hembras, y su extensión se incrementa bajo la influencia de las hormonas masculinas alrededor del nacimiento. En el

embrión, los órganos sexuales masculinos y femeninos se forman bajo la dirección de los cromosomas sexuales —el cromosoma Y en el caso de los machos y el X en el caso de la hembras—, desarrollándose hacia las nueve semanas de vida intrauterina. Una vez diferenciados, los órganos sexuales masculinos empiezan a producir hormonas, las cuales a su vez van a influir en la diferenciación del propio sistema genital masculino y también en la diferenciación sexual del cerebro. Los embriones que llevan el cromosoma X femenino, desarrollan genitales femeninos, pero no producen hormonas femeninas, ya que la madre las proporciona en grandes cantidades. Se piensa, así, que la mayor influencia para la diferenciación sexual que tiene lugar en el cerebro en etapas tempranas del desarrollo está a cargo de las hormonas masculinas, las cuales dirigen la diferenciación sexual hacia el desarrollo de propiedades de tipo masculino. Si no tiene lugar la influencia de estas hormonas masculinas, el organismo se desarrollará en forma de un individuo de sexo femenino. Los experimentos hechos en animales de laboratorio muestran que la castración en individuos recién nacidos o en gestación, eliminando así las influencias hormonales tempranas, lleva a modificaciones profundas en el comportamiento sexual típico de los adultos. Estos efectos tempranos de las hormonas, que en cierto modo determinan el comportamiento sexual de los individuos adultos, se ejercen solamente en periodos muy restringidos del desarrollo del cerebro. Una vez pasados estos periodos críticos no tiene lugar la influencia de las hormonas y no es posible ya modificar las conductas sexuales.

Este tipo de observaciones, en particular las que derivan de la manipulación experimental, sólo pueden obtenerse, obviamente, en animales de experimentación. En el humano, sin embargo, hay situaciones anormales que en cierto modo son equivalentes a las condiciones a las que se someten los animales en el laboratorio, y que dan resultados muy similares. Se conocen ejemplos en los que, por diversas circunstancias, las madres gestantes tuvieron concentraciones muy elevadas de andrógenos circulantes, alcanzando al embrión en desarrollo. En estos casos, cuando los bebés eran niñas, se observaron, desde el nacimiento, alteraciones en los genitales, con ciertas características de masculinización que pudieron ser corregidas fácilmente y muy rápido mediante la administración de hormonas femeninas. Sin embargo, la influencia en el cerebro de las hormonas masculinas que las niñas recibieron durante la etapa de gestación no pudo ser revertida y muchas de estas niñas manifestaron una conducta de tipo masculino fácilmente evidenciable tanto en el comportamiento diario, regular, como en pruebas de tipo psicológico.

Los efectos de las hormonas en el cerebro se deben a la presencia de moléculas (proteínas) capaces de interactuar con las hormonas de la misma manera que lo hacen los neurotransmisores. Igual que en el caso de la transmisión sináptica, estas proteínas se llaman receptores, aunque una diferencia importante es que muchos de éstos no se encuentran en la superficie de la célula nerviosa sino adentro de ella, en ocasiones en la vecindad del núcleo. Cuando la hormona masculina interactúa con este receptor pueden producirse modificaciones en el material genético del individuo que se piensa son responsables de la diferencia en la organización del cerebro en los distintos sexos y que da como resultado las diferencias anatómicas observadas en el propio cerebro. Se piensa que la testosterona circulante podría ser la responsable del menor tamaño

del hemisferio izquierdo observado en los varones, que a su vez favorece un mayor crecimiento del hemisferio derecho.

Un ejemplo interesante en relación con la influencia de las hormonas masculinas durante la diferenciación del cerebro es el que proporciona el llamado síndrome de Klinefelter, en el cual individuos del sexo masculino tienen dos cromosomas XX apareados con un cromosoma Y, en lugar de tener, como todos los otros varones, un solo cromosoma X y un cromosoma Y. Como resultado de esta alteración, los individuos no desarrollan adecuadamente los caracteres sexuales secundarios, como la aparición de barba o el enronquecimiento de la voz y muestran genitales anormalmente pequeños. Sin embargo, las características del dimorfismo sexual en el cerebro si corresponden exactamente a las de un individuo del sexo masculino, señalando que los andrógenos producidos durante el desarrollo por la influencia del cromosoma Y fueron suficientes para determinar las propiedades del cerebro como masculinas. La influencia del doble cromosoma femenino X sería responsable de las características de feminización, fuera del cerebro, desarrolladas por estos individuos durante la pubertad.

Cerebro y homosexualidad

Las diferencias señaladas en el cerebro de hombres y mujeres han llevado a considerar la posibilidad de que exista un estado intermedio, correspondiente al de individuos con características de homosexualidad. Recientemente se ha iniciado la búsqueda de bases orgánicas en el cerebro para explicar la orientación sexual hacia individuos del mismo sexo que se presenta en un segmento de la población humana.

Los hallazgos más notables en este sentido son las diferencias anatómicas en el cerebro de homosexuales masculinos, en comparación con el de los heterosexuales, también masculinos, que se han encontrado en el laboratorio del doctor Simon LeVay, en los Institutos Nacionales de Salud, en Bethesda, Estados Unidos. El antecedente de los estudios del doctor LeVay en este campo, lo constituye un trabajo en ratas en el cual se observó que un grupo de células situado en la parte anterior del hipotálamo, conocida como área preóptica media, es varias veces más grande en el macho que en la hembra. Lo interesante, en relación con la diferencia encontrada en este grupo de células, es que, como se menciona en otra parte de este capítulo, precisamente esta minúscula región del cerebro es la que tiene a su cargo la generación del comportamiento sexual masculino. Recordemos que la interacción de las hormonas masculinas con receptores en el cerebro determina en un momento dado del desarrollo, las características "masculinas" o "femeninas" en el cerebro de los individuos.

Previamente al estudio de LeVay, un grupo de neurobiólogos de la Universidad de California descubrieron que uno de los núcleos neuronales del hipotálamo anterior, el INAH3, es claramente más grande en los hombres —hasta tres veces mayor— que en las mujeres. De acuerdo con lo que se mencionó en el párrafo anterior sobre la influencia de las hormonas masculinas en el desarrollo del cerebro, esta diferencia en las células INAH3 se produce como consecuencia de la exposición a los andrógenos del cerebro de un embrión del sexo masculino. Esta observación se ha confirmado después por muchos grupos de investigadores y resulta muy claro que,

en efecto, este grupo de neuronas de la región preóptica del hipotálamo es más grande en los hombres que en las mujeres. La aparición del SIDA, y el reconocimiento de que la enfermedad causa alteraciones en el sistema nervioso, hizo que los neurobiólogos se concentraran en el estudio de las características del cerebro de los individuos muertos por la enfermedad. Como el síndrome se presentó con mayor incidencia en los grupos homosexuales, durante el estudio de las características del cerebro de los individuos muertos a causa de esta enfermedad, se examinó también el hipotálamo. Fue entonces que el grupo del doctor LeVay descubrió que el conjunto de neuronas en el área preóptica a la que nos hemos referido, el INAH3, tenía menor tamaño en los individuos homosexuales masculinos, en comparación con los hombres heterosexuales, aunque era en promedio todavía mayor que el de las mujeres.

Otra diferencia interesante, en relación con este mismo tema, es la encontrada en el tamaño de la comisura anterior, un haz de fibras nerviosas que corre justo arriba del hipotálamo, que es menor en los heterosexuales que en las mujeres, y mayor en los homosexuales varones. Al hacer la corrección por el tamaño del cerebro, esta estructura es similar en tamaño en las mujeres y en los homosexuales.

Estas observaciones sugieren la posibilidad de que algunas características anatómicas del cerebro de los homosexuales varones sean intermedias, entre las de las mujeres y las de los heterosexuales hombres, y como consecuencia lógica de esto surgiría la pregunta de si estas características determinan o más bien son consecuencia de las diferencias en su orientación sexual.

El estudio de LeVay despertó gran interés, como es de suponerse, pero fue también sujeto de crítica muy rigurosa por parte de los científicos. Uno de los argumentos que resta solidez a la interpretación de LeVay es, esencialmente, que la mayor parte de los individuos en los que se observó el decremento en el núcleo hipotalámico habían muerto de SIDA, por lo que no puede excluirse la posibilidad de que el virus tenga influencia específica sobre ese núcleo. Esta crítica, sin embargo, no parece tener fundamento, a la luz de los hallazgos más recientes acerca de las características del daño neuronal causado por el virus del SIDA de las células que ataca preferentemente, no son del tipo de las que se encuentran en el INAH3. Otra crítica, que podría tal vez tener mayor solidez, es que la mayoría de los pacientes con SIDA, en las etapas terminales de la enfermedad, tienen niveles de testosterona circulantes mucho más bajos que los individuos sanos. Esta deficiencia hormonal podría, con el tiempo, llevar a la disminución del número de células en la región específica del hipotálamo en la que sí se sabe que las neuronas tienen un gran número de receptores de los andrógenos. La validez de estas críticas podrá ser evaluada en el futuro, cuando se examinen muchos más casos de homosexuales muertos por causas diferentes al SIDA y, en forma correspondiente, de heterosexuales varones muertos por SIDA. Como siempre ocurre en investigación, las interpretaciones se van consolidando cuando las observaciones se confirman en un gran número de muestras.

¿Cuál podría ser la razón de estas diferencias? Por una parte se ha pensado en posibles diferencias cualitativas o cuantitativas en la interacción de los andrógenos con receptores en el cerebro durante etapas tempranas del desarrollo. Otra posible

causa que ha sido considerada por los científicos es una diferencia genética, aunque los estudios en este sentido están aún en etapas muy preliminares. De cualquier forma, es aún prematuro obtener algún tipo de conclusión acerca de estas diferencias. Podría pensarse, por una parte, que las diferencias observadas existen desde etapas muy tempranas del desarrollo del cerebro y que están relacionadas con la orientación sexual del individuo. Una segunda posibilidad, que no tiene sustento muy sólido por lo que conocemos acerca de la magnitud de los cambios anatómicos que se desarrollan como consecuencia de la plasticidad funcional del cerebro, es que el comportamiento y las reacciones sexuales y emocionales de los individuos con distinta orientación son las que originan estos cambios. Y una tercera posibilidad es que no existiera ninguna relación entre las diferencias observadas y los patrones de conducta sexual. Ésta es un área de investigación que apenas se inicia y que seguramente se desarrollará vigorosamente en los próximos años.



Erotismo, pornografía y psicopatología

Dr. Manuel Zambrano

Si se revisa el mito griego de Eros se concluye que no es fácil precisar lo que realmente encarna, pero en nuestra cultura predomina la idea del filosofo y moralista Hesíodo de que Eros surgió del caos como una fuerza misteriosa para armonizar los elementos y asegurar la continuidad de la vida a la manera del Eros versus Thanatos del psicoanálisis. Pero otras leyendas lo acreditan como hijo de Afrodita, diosa del amor y dios él mismo, quien animó con su compañía a la bella Venus y a las Gracias tanto en culto cuanto en arte. Eros pues es amor, pero ese amor que Eros imagina no es la inspiración romántica que lo sublimiza, sino el interés más carnal como lo presenta Platón en El banquete desde el discurso de Apolodoro hasta el de Sócrates y, según parece, no tenía mucho de espiritual.

La mitología clásica no ayuda tampoco a la diferenciación del erotismo y al buscar el apoyo en la Biología y la Sicología, no exenta de ambigüedades en relación a este asunto, se puede entender en un primer intento, que el erotismo es el conjunto de sensaciones y reacciones de todo tipo que de algún modo se relaciona con la atracción sexual.

De otro lado, la Real Academia Española define el erotismo como "pasi¢n de amor" o "amor exacerbado" y en una de las acepciones de sensual (adjetivo) de esta misma estirpe la precisa como "perteneciente al apetito sexual". Se trata, pues, de un elemento fundamental de lo sexual y caracteriza un dominio biológico incluido en la sexualidad, "separándose a veces en limites demasiado inciertos", como dice Lo Duca.

Al erotismo hay que referirlo sobre todo a las sensaciones excitantes y propias para desear el acto carnal, pero no necesariamente identificarlo con la sexualidad. El erotismo al suponer algún grado de excitación es una manifestación más bien de la sensualidad que es el placer de los sentidos corporales o conforme al Diccionario de la Real Academia Española, "la propensión excesiva a los placeres de los sentidos" a la manera del melómano para la música o el "gourmet" a la buena comida.

Hay que aclarar, pues, que erotismo tampoco es genitalidad así como no es sexualidad conforme había anotado anteriormente. A menudo puede quedarse en sí mismo, complaciéndose en acciones o pensamientos voluptuosos no sexuales o en sensualidades parasexuales que no constituyen propiamente actos de sexo; pero ello no implica que haya un "erotismo intelectual" (sin grado alguno de excitación) que más parece uno forma de estrategia para escamotear lo que Eros tiene de biología. El erotismo pide enérgicamente el concurso de la sensualidad, pero la exacerbación de los sentidos, por razones biológicos, al estimular en la persona la tendencia hacia lo erótico lo desdibuja. En efecto, los sentidos de la vista y del tacto están particularmente dispuestos para el erotismo. Las sensaciones visuales ocupan un lugar prominente en tanto que son el vehículo fundamental de captación de formas; ello explica así mismo que lo sea, también, de la emoción erótica, toda vez que se encuentra muy directamente vinculada a la morfología del cuerpo humano. Además, porque el instinto sexual se vale mayormente de la vista que de los distintos sentidos restantes para captar las posibilidades sexuales existentes en los otros y de ahí su importancia en la atracción erótica. En cambio, el valor erótico del tacto parece tener mejor calidad, pero lo que ocurre es que la mirada se expande casi sin fronteras llegando a todas partes, en tanto que la sensación táctil requiere necesariamente del contacto directo con el objeto y, por ende, es mucho más difícil y menos frecuente ya que requiere casi obligadamente de la anuencia del otro; pero una vez producida en las zonas erógenas o "mapas de la ternura", como llaman algunos, la respuesta erótica o francamente sexual suele adquirir una fuerza superior a la voluntad, mucho más notable y fina que la que caracteriza al sentido de la vista.

Al lado del erotismo se encuentra la voluptuosidad aunque , esta no sea la meta necesaria del proceso erótico. Es cierto, sin embargo, que la voluptuosidad es la complacencia de los deleites sensuales, estimulada por la sensualidad, ingrediente del erotismo, pero capaz de destruirlo por su propia identidad. Así, a manera de historia, hay que recordar que desde el período helenístico, la diosa Voluptuosidad, hija de Psique y Cupido, es decir, del alma y del amor, se ha imaginado siempre como una hermosa mujer desnuda, en actitud lasciva y con manifestaciones propias del estado libidinoso, pero bella y aceptada mas que bien; no sucede lo mismo con la imagen masculina de Príapo, hijo de Venus y de Baco, protector de los jardines, que representan su ardentía en el erecto miembro viril, es considerado con frecuencia como obsceno. Es así que la expresión artística muchas veces toma la Voluptuosidad y la lleva a un estado libidinógeno que incluía la mística, pero en lo referente al hombre su representación se llega a catalogar hasta de indecente.

De otro lado, el erotismo no solamente es una respuesta a los estímulos reales sino que, también, tiene sus hontanares en la imaginación y la fantasía, sin las cuales no podría sobrevivir. Las incitaciones puramente imaginarias en que lo psicológico colabora estrechamente con lo fisiológico, animándolo mediante la representación mental de personas, objetos o escenas, en ausencia de ellas o, incluso, sin su existencia previa, pues la imaginación alcanza lo que no alcanza la realidad y acaba muchas veces triunfando sobre cualquier tipo de realidad.

La fantasía, riqueza del arte, lo es, también, del fenómeno erótico: fantasías eróticas que como un soñar despierto, son frecuentemente el manantial de quienes

desvían, por una u otra razón, la vida sexual hacia la imaginativa, cosa que debe suceder a menudo por aquello de que "las mejores cartas de amor han sido escritas por quienes nunca se enamoraron" como ha sentenciado alguien.

En fin, es el erotismo de las más típicas y notorias manifestaciones de lo humano. Participa por igual del amor y de la sexualidad. A aquel le pone la carne y a esta le quita la animalidad y le pone la trascendencia. Así, por el erotismo, la sexualidad queda dignificada; y el amor energizado.

A contrapunto hay que hablar de pornografía porque los límites son sutiles e inciertos, tanto que la polémica reverdece muy a menudo con la participación de moralistas, médicos, literatos, artistas, educadores, juristas, legisladores, autoridades civiles y eclesiásticas, padres de familia y, en resumen, de todos porque al fin y al cabo se trata de una humana cuestión y de un asunto de interés social.

Hay que partir, en primer lugar, de que el erotismo es una tendencia natural del ser humano y la pornografía, en cambio, es un vehículo externo, creado por la civilización como medio para estimular artificialmente el erotismo y la satisfacción sexual. Recuérdese, por ejemplo, los programas televisivos computados como son "Fantome" y "Lit rond" que se ofrecen en Francia.

No puede confundirse de modo alguno el erotismo con la pornografía. Lo que suele confundirse con el nombre de erotismo con la erotografía o actividad gráfica (escrito o imagen visual) cuyo tema, contenido o propósito se relacionan con el erotismo, que ella si puede entrar fácilmente en la órbita pornográfica.

Dejando de lado la etimología de la palabra pornografía hoy se acepta que lo pornográfico es lo obsceno, lo vergonzoso, con relación a lo sexual. Los estudiosos de este problema distinguen a la pornografía solamente para lo escrito; porno plástico para los dibujos, fotografías, esculturas y porno cinética para las imágenes en movimiento como el cine y la televisión.

Obscenidad viene del latín obc'cum en que c'cum significa cieno, lodo, suciedad; de tal manera que lo obsceno produce repugnancia. Esta repugnancia atrae a muchos se dirá y, justamente, ah¡ comienza lo psicopatológico. Lo que sería interesante es saber desde cuando la idea de lo obsceno como sucio o vergonzoso se fue vinculando a la vida sexual. Tal vez algo, o a lo mejor mucho, tiene que ver los padres de la iglesia ya que ellos fueron sexofobos por antonomasia. Hay que aceptar, pues, lo que ya es común, que la pornografía es obscena y que obscenidad es indecencia sexual.

Indecente, a su vez, es lo que la mayoría de la gente no acepta de acuerdo a las normas de comportamiento establecidos en un determinado tiempo y lugar. Por ello algunos afirman que la moral es cuestión de geografía. Pudor en cambio es un género de decencia limitado al campo de la sexualidad.

La pornografía es obscena porque atenta contra el pudor, según el nivel de pudor imperante; y en la medida que este atentado acuse daño a la sociedad, de acuerdo a determinada concepción moral, se considera punible; entonces deber ser vedada y castigados sus difusores. Creo que se asume que importa el ámbito de la moral social y de jurisprudencia; pero el interés se dirige ahora al hecho pornográfico en función de lo patológico.

Cuando el carácter erótico de lo escrito o de lo plástico se rebaja hasta lo obvio, traspasa sus propios límites y se adentra en la pornografía.

Cuando se hace torpe en la expresión hasta el punto de ensuciar todo lo relativo a la sexualidad, se convierte en obsceno y pornográfico.

Cuando busca la excitación sexual de manera directa sin exaltar los demás valores de la obra, la erotografía por ejemplo, deja paso a la pornografía.

En consecuencia, la pornografía se nos presenta como una degradación del erotismo o como una erotografía de baja calidad, que ofende y disgusta precisamente por su infravalor y por su torpeza.

Mal puede hablarse de un arte pornográfico cuando muchos ni siquiera aceptan un arte erótico sino más bien el erotismo en el arte.

Lo psicopatológico de lo pornográfico radica, también, en que las emociones de este tipo desde un punto de vista humano se basan en un error, pues es error que una actividad natural del hombre cual es lo erótico y sexual sea en parte alterado en su desarrollo y en su satisfacción normal, que es en últimas, la cópula, por una satisfacción artificial que en gran parte de los casos supone el resultado de la pornografía.

Si lo normal es que la satisfacción de un deseo debe realizarse en el mismo plano real en que se origina la excitación del mismo para que esa satisfacción tenga una validez relativa, la contemplación voluntaria e interesada de cualquier objeto o actividad que puede tenerse como sexualmente excitante y en algún modo vergonzosa, pornoscopia, es actitud psicopatológica.

¿Habrá una porno manía? Posiblemente sí y, entonces, como impulso irresistible es un clásico fenómeno psicopatológico.



El sexo desplegado o la carne caída

Philippe Forget

Por todas partes cuerpos y más cuerpos: desnudos, ofrecidos, expuestos… Éste es el problema: «cuerpos»-materia. Todo lo contrario de la «carne», todo lo contrario de este encuentro estremecido, ya sea conyugal o libertino, que abre a un mundo. En su lugar, la infantilización regresiva y la histerización de la sexualidad. En su lugar, arrinconando cualquier embriaguez carnal, hombres y mujeres se buscan bajo el imperativo del humor, la seguridad material y la diversión, en tanto que, almibarada, la ternura sustituye al apasionado amor.

Pulposas bocas, sugerentes muslos, exuberantes nalgas, huecas o voluptuosas miradas, enhiestos senos tapizan publicitariamente las paredes de nuestras ciudades o el mobiliario urbano. Cada semana, numerosas revistas de sexo, o de salud, ofemeninas exhiben titulares relativos a la sexualidad, al orgasmo, a incontables recetas para «seducir», «disfrutar del sexo» y obtener grandes éxitos sexuales.

Así como se supone que disfrutamos de una plenitud de «derechos» y de «democracia», así también se supone que todos nosotros, y en primer lugar las mujeres, hemos llegado al feliz puerto de la emancipación y la libertad sexual. Queda aparentemente lejos el tiempo en que los situacionistas, denunciaban en 1967 la miseria sexual en los medios estudiantiles. La revolución sexual ha pasado por aquí, y la mediatización del sexo, su obscenización, tienen que convencernos de que el mundo feliz en el que vivimos es también el de Eros.

El sexo degradado en un simple mecanismo de bienestar

Sin embargo, la realidad no es tan de color de rosa. ¡Curiosa sociedad la del sexo liberado, esa sociedad en la que no deja de aumentar el consumo de psicotrópicos; en la que se incrementa la clientela de los psicólogos y sexólogos; en la que arrecia moral e ideológicamente la guerra de los sexos; en la que sigue siendo sospechosa la experiencia erótica; en la que perece el arte erótico; en la que el sexo se comprende como un simple mecanismo de bienestar; en la que la expansión del sida,

su dramatización, acaba proscribiendo toda exuberancia carnal e integrando la experiencia sexual en el proceso general de objetivación técnica y mercantil.

Es cierto que desde hace más de veinte años se ha producido una revolución sexual; pero ésta no ha modificado tanto las prácticas sexuales como nuestra cultura del encuentro amoroso y erótico. Ha transformado sobre todo la relación entre el hombre y la mujer, la relación de los jóvenes con su sexualidad, así como el rostro de la familia. Nada prueba, en efecto, que se haga mucho más el amor, y de más variada manera, que en los años sesenta o que en el siglo XVIII. Heredera del siglo pasado, burgués y puritano, ¿por qué nuestra sexualidad ultramoderna sería mucho más viva que la de otros tiempos? Herodoto, Safo, Ovidio, Apuleyo, Marcial, Margarita de Navarra, Bocaccio, Brantôme, Bussy-Rabutin… atestiguan, cada uno a su manera, la vivacidad amorosa de su época: cuando las gentes intrigaban, se encontraban, fornicaban, pecaban, jubilaban. Vivían, en suma.

Emplazado bajo los auspicios de la ternura, de la normalidad higiénica y de la seducción mercantil, el sexo contemporáneo no procede de un arte de vivir ni de una cultura del espíritu. No traduce la experiencia viva de un mundo con su hondura espiritual, moral y estética. La gente cree sin duda que está más allá del bien y del mal… cuando donde está es debatiéndose más acá. La erosión del sentido que caracteriza a la sociedad occidental afecta al corazón mismo de su sexualidad. Así como el hombre y la mujer de hoy no tienen por destino afirmarse como ciudadanos a través de la temporalidad de una polis y de una historia por construir, así tampoco están destinados a crecer como seres eróticos a través del acontecimiento carnal. La carne…. He ahí lo que caracteriza ese momento y ese lugar en el que la relación sexual no puede constituir un acto disperso y parcial, sino un acontecimiento que sitúa a cada uno de sus protagonistas en una identidad y los dirige hacia un mundo. Ya sea conyugal o libertina, la carne manifiesta el crecimiento de una existencia que, superando la pulsión, se realiza como libertad. Ahora bien, la vivencia sexual ultramoderna, lejos de hacer signo hacia un mundo, lejos de transcribir la experiencia de una totalidad moral y espiritual, expresa muy al contrario la descomposición del sujeto encarnado, engendrado por una infantilización regresiva y una histerización de la sexualidad, así como por el descomedimiento narcisista del individualismo.

Esos factores de descomposición, por lo demás, no afectan tan sólo al vínculo sexual, sino también al social y político. Son las consecuencias lógicas de una sociedad que, enseñándole al hombre a concebirse a sí mismo como un ser de necesidades e intereses, lo entrega cada vez más al fetichismo de la mercancía y a la objetivación técnica. Como la líbido se vierte ahora en la competición laboral y el consumo, el sexo no tiene que constituir el crisol de una rica intersubjetividad que se interpondría entre el individuo y el objeto mercantil. La expansión ilimitada de la economía-mundo induce ahora la desvalorización de la ley y de la simbología paternas: al carecer de semejante eje unificador, legislativo y judicial, el ser-en-común se disuelve en la inmanencia de los antojos.

Desde muchos aspectos, la sexualidad siempre ha concentrado en sí misma el espíritu y las prácticas sociales de una época; la nuestra lo refleja abundantemente, bastando ver hasta qué punto el sexo –troceado- se produce en campos de explotación comercial, mediática, técnica y política. La sexualidad actual sufre así la

ingeniería del capital que, so pretexto de emancipación, la expropia del mundo de la vida *(Lebenswelt)* y la arroja a la ciega circulación del valor y del signo. Como en tantas otras dimensiones de nuestra existencia, la sexualidad es condenada por las fuerzas de la Técnica a su definitiva debilitación. También en el ámbito sexual está vigente nuestro destino de alienados.

Pero semejante destino no es tan sólo el fruto de una historia social y política. Abandonando sociología y psicología, dejándonos guiar por una fenomenología antropológica y moral, veremos cómo la sexualidad ultramoderna es originariamente elaborada por el trabajo del resentimiento: la civilización occidental que ha ambicionado en demasía lo verdadero, se dedica por ello a neutralizar la carne del mundo y a escamotear la intimación a emplazarse entre Cielo y Tierra, Origen y Promesa.

Gusto, carne y sentido

La atracción que los amantes se inspiran está determinada en primer lugar por el gusto. Las cualidades que esperan el uno del otro ponen de manifiesto su gusto y su vivencia preferenciales, al tiempo que suscitan las modas por las que se expresa sentimiento amoroso. Así es como, tradicionalmente, el amor de una mujer hacia un hombre se expresaba las más de las veces a través de la admiración. Las cualidades que una mujer esperaba encontrar en un hombre y por las cuales le admiraba eran, entre otras, las de brillantez y audacia (ideal griego), de valentía e hidalguía (ideal caballeresco), de elegancia y mordacidad (ideal libertino), de probidad y orgullo (ideal republicano), de conocimiento y trabajo (ideal burgués), de lucha y de solidaridad (ideal revolucionario)… Por su parte, la atracción que un hombre experimentaba por una mujer podía pasar por la emoción del corazón, no sólo por la de los nervios; el hombre siempre se veía impresionado por cualidades como la belleza y la voluptuosidad, la gracia y la pureza, el espíritu y la astucia, la bondad y la virtud, la discreción y la entrega, el compromiso y la generosidad.

Hombre y mujer se acercaban así el uno al otro por medio de todo un patrimonio moral y estético, lleno de cualidades intersubjetivas y personales que parecen haberse esfumado de la psicología y del vocabulario ultramodernos. Caracteres y personas trataban de encontrarse; el temple y la delicadeza, la autoridad y la amabilidad, la elegancia y la lujuria constituían un cosmos moral y estético, principalmente ordenado en torno a la belleza del alma y del cuerpo en cuanto al vínculo carnal en el que habitaban hombres y mujeres.

En su calidad de seres-afectados los amantes se conocían y se sentían. La sexualidad se comprendía dentro de un destino personal, de un proyecto existencial en el que estaban en juego la dignidad y la indignidad, la libertad como aceptación o como transgresión. El sexo se vivía así dentro de una tematización hermenéutica de la existencia, a la vez que se manifestaba en él el sentido de una vida interpelada por la decisión y la responsabilidad.

Lo que está en juego no es el cuerpo. Es la carne exaltada

A través de la sexualidad yo me comprometo también ante el mundo y ante el otro.Pero la palabra «sexualidad» es impropia para designar la experiencia mundana

del sujeto. De lo que se trata es de la carne, de una carne que me asigna entre Cielo y Tierra, elevación y perdición, contemplación y consumación. Hay carne porque, arrojada como cuerpo entre los cuerpos, la existencia, al tener que conocer la opacidad de los elementos, se ve obligada a iluminar, dándoles una dirección, al sujeto, al mundo y al otro. La existencia es una encarnación en la que se enfrentan el Sentido y lo Oscuro, lo Enunciado y lo Enigmático. La carne es este cuerpo habitado por el sentido, esta instancia en la que se muestra en la materia y el espíritu el vínculo fundador de una persona y de una historia. Más que un cuerpo, soy una carne. Por ello, si no quiere perecer, el sexo es envuelto por la carne, y ésta me convoca como sujeto moral y erótico.

Eros es en efecto este dios que nos lleva a buscar la presencia del otro. Pero si yopuedo dar muestras de gusto, es porque yomismo estoy encarnado. Los amantes se encuentran como carne; carne contra carne, carne dentro de la carne, se buscan, se sienten como presencia encarnada. La proximidad del otro y del mundo es posibilitada por la carne que concita a la vez al espíritu y a la materia, al alma y al cuerpo. Cuando se rehúsa carne, la existencia se queda desgarrada, dividida entre retos contradictorios, entre visiones del mundo opuestas y estalladas.

El *Homo sapiens* es también el hombre del gusto *(sapor)*. Conocer y buscar el bien y el mal, lo bello y lo feo, proceden ante todo de una sola y misma experiencia antepredicativa. En este sentido, las fecundas, y ya citadas, cualidades morales de la relación amorosa no hacen sino expresar el movimiento de una carne que puede anhelar tanto la altura del abismo como la plenitud o la simple linealidad del sujeto. Cuando los amantes se eligen, es que han reconocido compartir una misma dirección, por una noche o por una vida, o que uno de ellos, desgarrado entre dos direcciones, sucumbe al otro, aunque luego sufra quizás hasta la muerte para restaurar el sentido inicial quebrantado: pensemos por ejemplo en la Presidenta de *Las amistades peligrosas*.

Caída nocturna o redención solar, serenidad, quemadura o glaciación, mancilla o pureza: el sexo siempre es interpretado según el rasero del «gusto», es decir, de una tradición metafórica en la que el espíritu y la materia se compenetran, en que la experiencia moral es vivida como dirección, en la que, en definitiva, la existencia es aprehendida como carne. Por ello, poco es lo que se puede comprender de la sexualidad si se la desvincula de la carne. Por ello también, si no remite a los retos de la carne, el amor corre el riesgo de convertirse en una palabra huera. La seducción pone en presencia a seres encarnados y no a existencias objetivadas.

Penuria afectiva: no se busca ni belleza moral, ni tensión existencial, ni embriaguez carnal

Este largo análisis antropofenomenológico del encuentro carnal puede permitirnos ahora evaluar los actuales criterios de la seducción y el comportamiento amoroso. La acción seductora se desarrolla hoy bajo el imperativo del humor, de la seguridad material y de la diversión. Son, por cierto, las mujeres quienes buscan sobre todo tales cualidades en un hombre: que las haga reír, que salga con ellas, que les posibilite comodidad material y tranquilidad burguesa. Sin embargo, los hombres tampoco se quedan atrás en materia de prosaísmo materialista, estando simplemente su demanda más centrada en la satisfacción de la pulsión sexual.

Así resulta instructivo constatar que nadie espera del otro ni belleza moral ni cualidad espiritual, como tampoco halle ningún profundo anhelo de embriaguez carnal. Ambos sexos o sea del frente se aprecian según el orden de los placeres ponderados por el dispositivo mercantil: se trata de consumirse un poco buscando un buen «equilibrio psicosexual», de relajarse juntos participando ambos en el circuito del ocio. La seducción ultramoderna está programado por una antropología de las necesidades que determinan las elecciones sentimentales de cada cual.

Frente a frente ambos, el hombre y la mujer ultramodernos se descodifican mutuamente según una tabla de los servicios que pueden prestarse el uno al otro; prestaciones sexuales, prestaciones de entretenimiento, prestaciones de seguridad (en el plano de la imagen social, del cuerpo o del yo narcísicos) constituyen los argumentos del contrato que, sin declarárselo nunca abiertamente, conciertan el hombre y la mujer que supuestamente se gustan. No son, pues, unos seres de carne que se abordan, sino unos individuos funcionales que buscan la buena conexión. El otro, concebido como un complemento funcional, gustará si trae consigo la imagen y las recetas de la felicidad. La selección de las parejas se efectúa especialmente según el ritmo y la jerarquización de las prestaciones por cumplir. ¿Qué esperan al encontrarse? ¿Compartir lo mejor y lo peor de sí mismos y de la vida? No, desde luego: esperan que su «conexión» les proporcione un ambiente bueno y «simpático», una atmósfera en la que puedan «expandirse» como productores y consumidores fuera de cualquier riesgo de compromiso.

Dentro de esta perspectiva debemos insistir en este «humor» que tanto se solicita. Se tiene que reír porque, aparte de la sobrevivencia material y financiera, nada debe tomarse en serio; cualquier dimensión moral, histórica y política de la vida intersubjetiva o bien es ridiculizada, o bien es considerada aburrida o fútil. Es preciso desterrar cualquier sentimiento fuerte, cualquier sentimiento noble, cualquier gravedad, cualquier elaboración crítica: amenazarían con comprometer a la gente en un rumbo y una responsabilidad comunes. Ahora bien, el individuo ultramoderno está condicionado a cultivar tan sólo su pequeño ego; por ello, payasadas y jugueteos le resultan necesarios para evitar ser responsable de sí mismo y del otro, así como para abolir cualquier horizonte polémico y decisivo.

La mujer europea, que siempre ha dado el tono de las relaciones sociales, y que mediante la promesa de sus favores empujaba al hombre a la gloria, la audacia, el saber, el deber o la revuelta, se ha convertido ahora en esta occidental que lo selecciona según sus capacidades humorísticas y sus ridículos talentos de ahorrador. Pero ¿no será acaso que esta mujer, vaciada de cualquier transmisión, está expresando su zozobra al no querer aclamar otra cosa que gesticulaciones? ¿No será que al hombre sólo le queda el papel de payaso, cuando se sabe impotente para asumir la ley vertical del Padre?

Y la ternura sustituye, almibarada, al apasionado amor

A la seducción efectuada mediante el humor corresponde el amor definido por la ternura. La demanda de ternura caracteriza el vínculo amoroso de nuestra época, estando ambos sexos persuadidos de amarse cuando son cariñosos el uno con el otro. Se aman en función la de la ternura obtenida; con otras palabras, se intenta obtener

gracias a la «pareja» un ambiente tierno y almibaradamente algodonoso que tranquiliza y protege. El acto carnal, por lo tanto, sólo tiene que expresar la ternura en medio de una blandengue intimidad cuyo calor hace oficio de acuerdo entre las carnes.

Lejos de constituir un encuentro con el otro, este amor centrado en la ternura traduce una vivencia profundamente infantil de la relación carnal. Como lo observa muy atinadamente Tony Anatrella, «la ternura no es el amor. La ternura es la actitud afectiva mediante la cual el niño tiene necesidad de ser protegido para vivir en seguridad Con su entorno y consigo mismo».

A este respecto conviene añadir que la educación sexual en la escuela no desalienta esta tiranía de la ternura. Es cierto que instruye acerca de la «naturaleza de las cosas» y de los procesos biológicos; pero, por otra parte, proporciona estas informaciones al niño ignorando demasiado a menudo la fase de evolución de su vivencia psíquica, como si el niño pudiera asimilarlas intelectualmente al igual que un adulto; y, por otra parte, al privilegiar el aspecto naturalista, científico y médico de la sexualidad, se olvida su dimensión antropológica y simbólica, reduciéndola de tal modo a una funcionalidad parcial de un cuerpo dominado por la técnica.

Lejos de rechazar cualquier educación sexual en favor de una mojigatería oscurantista, sería mejor que, manteniendo su enfoque fisiológico, se la dotara progresivamente de sentido mediante toda una pedagogía de la relación humana. La infantilización de la sexualidad y el imperativo solipsista del cariño están esencialmente ligados a la infantilización de nuestra cultura.

Detrás de la obnubilación de la ternura, gobiernan emociones y humores caóticos. «Al estar condenada la pareja a mantenerse adolescente y sometida a lo aleatorio de la emotividad, de ellos se derivan frágiles relaciones las que, ante la menor dificultad, quedan disueltas en la nada.» Esta reflexión de Tony Anatrella se ve confirmada por el creciente número de divorcios y por la expansión de la familia monoparental. En 1999 la cifra de divorcio superó los 100000 casos, mientras que en 1900 era de aproximadamente 7000, y en 1970 de 37500. En la actualidad, aproximadamente uno de cada tres matrimonios corre el riesgo de acabar en divorcio, cuya iniciativa toman generalmente las mujeres.

Esta crisis de las parejas ilustra su dificultad para situarse y actuar en una temporalidad y en una dirección comunes.Han creído poder repetir la atmósfera algodonosa de la ternura de los padres, y han fracasado en la confrontación de sus anhelos y de su narcisismo. El artista crea su obra en torno a un motivo, y éste le insta a abrirse y crecer como energía creativa; la pareja ultramoderna, que no actúa ni en pro de un linaje ni de una polis, y ni siquiera en pro de una negatividad libertaria, no dispone de ningún poderoso motivo para conjuntar los acontecimientos de su vida.

El creciente número de hogares monoparentales se deriva de esta temporalidad rota entre hombres y mujeres. Puesto que ya no hay ningún proyecto que asumir, ningún linaje que proseguir, ningún progreso trasgeneracional que sostener; puesto que el dispositivo social pretende quebrantar cualquier búsqueda espiritual destinada a superarse a sí mismo, al igual que cualquier utopía social; puesto que la procreación ya sólo se la considera desde el punto de vista de la necesidad fisiológica y sentimental,

los hombres tienen escasos motivos para querer ser padres; y si lo son, no lo son en absoluto como palabra de axiología y de autoridad. En la esfera de las costumbres -y no del poder económico y científico-, los hombres saben que han perdido el poder de regular las conductas, y que esta regulación pasa en lo sucesivo por el discurso de lo femenino o de lo juvenil.

Su valor lo experimentan en sus competencias profesionales y en las recompensas del consumo. Así pues, ya no tienen por qué molestarse con los deberes del cabeza de familia, ya no tienen por qué preocuparse de defender su autoridad ante todos; es incluso lógico que traten de deshacerse de la mujer y de sus necesidades (entre otras, del niño) a fin de dedicarse mejor a las exigencias del trabajo o de la distracción. Como la ley simbólica del Padre ya no ordena el vínculo social, los más lúcidos de los hombres no se sienten obligados a ejercerla como una competencia particular dentro del matrimonio funcional. Por lo que atañe a la mujer, al aceptar su liberación como sexo, al liberarse del cosmos masculino, sabe que su nueva soberanía reposa en la prohibición de cualquier regreso del Padre. Le resulta, pues, necesario vivir ahora en un mundo sin transmisión patrimonial y sin historia. ¿Qué experiencia del mundo le queda por vivir, fuera de cualquier tradición o de cualquier utopía? Su único bien es el fruto orgánico de su vientre, y la mujer no tiene ningún motivo de compartirlo con un hombre cuyo regreso se dedica a impedir constantemente. Por lo que atañe al niño, demasiado a menudo sólo constituye el teatro vivo del luto inconcluso del Padre y de su ley, tanto por lo que concierne a la familia como por lo que respecta al cuerpo social, ese ersatz de un mundo perdido y de un alba sin promesa.

Desde que todos los ideales del progreso moral y político han sido conquistados por las potencias de la economía y la técnica, la inversión del sentido causa estragos por doquier. El sexo liberado no significa la gloria de la carne, sino la fetichización mercantil y técnica del cuerpo. La sexualidad se hizo visible el día en que el sistema del «consumo dirigido» se apropió de ella como campo de explotación. En la antropología liberal y puritana del capitalismo, la verdad de las cosas reposa, en efecto, en su valor añadido, procedente de su producción por el trabajo y de su circulación como bienes mercantiles. Por consiguiente, cosas y seres no tienen derecho a reposar en el lugar que es el suyo, en el secreto de su vivencia y en la guardia de un emplazamiento identificado y comprendido como lengua, gusto, narración e historia. Tienen que ser exteriorizados y expuestos como objetos, es decir, como «material de signos que se intercambian» bajo la norma de un equivalente soberano: el dinero.

[©EL MANIFIESTO núm. 8, marzo-abril de 2007, www.elmanifiesto.com]